

110

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA  
LEY  
NATURAL

2

BV4620

P4

v. 2

32953



1080015337



ITER PARA TVTVM

ALERE FLAMMAM  
VERTATIS

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

MADE IN  
CENTRAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA LEY NATURAL

DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

POR LA LEY EVANGELICA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CAPILLA ALBINO GARCÍA Y GARCÍA DE LA UNIVERSIDAD  
4-18-83 MICROTILADO R-53



# LA LEY NATURAL

MANIFESTADA Y PERFECCIONADA

POR LA LEY EVANGÉLICA.

OBRA DEL SEÑOR ABATE PEY,

CANONIGO DE PARIS.

QUE TRADUXO DEL FRANCÉS AL CASTELLANO

UN MODERADO FILÓSOFO.

TOMO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VICH

IMPRENTA DEL EJÉRCITO,

AÑO 1813.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CIVITAS LIBERTATIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

VALVERDE Y TELLEZ

Septiembre 13 del  
año 1888.

AGAD... Y PARL...

BV 4620



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE...

VALVERDE Y TELLEZ  
132953

Eduardo Ayllon. S. C.

LA LEY NATURAL  
MANIFESTADA Y PERFECCIONADA  
POR LA LEY EVANGELICA.

SEGUNDA PARTE.  
DE LA LEY EVANGÉLICA.

CAPITULO PRIMERO.

*Del Legislador de la Ley Evangélica,  
y de los Misterios que nos ha reve-  
lado.*

Este hombre Justo, del qual un an-  
tiguuo sabio acaba de pintarnos el qua-  
dro, este modelo lleno de todas las vir-  
tudes, probado por las humillaciones y  
los tormentos, este Justo el mas digno  
objeto de nuestra veneracion y de nues-  
tro amor, yo le busco por todas partes  
sobre la tierra, y en todos los siglos, y

012003

Septiembre 13 del  
año 1888.

AGAD... Y PARL...

BV 4620



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE...

VALVERDE Y TELLEZ  
132953

Eduardo Ayllon. S. C.

LA LEY NATURAL  
MANIFESTADA Y PERFECCIONADA  
POR LA LEY EVANGELICA.

SEGUNDA PARTE.  
DE LA LEY EVANGÉLICA.

CAPITULO PRIMERO.

*Del Legislador de la Ley Evangélica,  
y de los Misterios que nos ha reve-  
lado.*

Este hombre Justo, del qual un an-  
tiguuo sabio acaba de pintarnos el qua-  
dro, este modelo lleno de todas las vir-  
tudes, probado por las humillaciones y  
los tormentos, este Justo el mas digno  
objeto de nuestra veneracion y de nues-  
tro amor, yo le busco por todas partes  
sobre la tierra, y en todos los siglos, y

012003



4  
solamente le encuentro sobre un monte de Judéa, crucificado por una nacion ingrata, á la qual habia colmado de beneficios. El se ha llamado el enviado del cielo para enseñar á los hombres una ley nueva. Yo paro aqui mi atencion, y á fin de conocer bien á este Sabio extraordinario, del qual el universo no habia jamas visto exemplo, considero desde luego su persona, y medito seguidamente las verdades que ha venido á revelarnos.

### ARTICULO I.

#### *De la Persona de Jesu-Christo.*

Los antiguos sabios aspiraban á la celebridad, por la ostentacion de las virtudes, por la superioridad de los talentos, por la brillantez de la reputacion, por el credito de sus discipulos, y muchas veces tambien por la singularidad de sus costumbres. Afectaban menospreciar el fausto de los grandes, para elevarse sobre su grandeza misma:

5  
Censuraban los vicios de los hombres, sin tener compasion de sus flaquezas; y suplían así la realidad de la virtud, por la aspereza y vanidad del orgullo. El Justo que yo veo espirar aqui sobre la cruz, muere con el carácter de una sabiduría eminente, que no pertenece sino á él solo. Bueno, justo, dulce, bienhechor, reúne las mas sublimes virtudes, á la mas noble simplicidad; predica la mas alta sabiduría, y habla el lenguaje de los niños. Dirige principalmente á los pobres sus instrucciones, y escoge de entre ellos sus Apostoles. Su vida está repartida entre la oracion y los penosos trabajos de su mision divina. Corre el país de la Judéa, para instruir al pueblo, y aliviar á los infelices; perdona sus propias injurias; defiende con intrepidez los derechos de la verdad, y de la inocencia; huye al desierto, quando se le quiere proclamar Rey (1); y viene á abrazar su cruz, en el momento en que se le ha de clavar en ella (2). El falso heroísmo no puede

(1) Juan 6. v. 15. = (2) Marc. 10. v. 33.



sostener las grandes pruebas, sino por la vanidad de la ostentacion: Si aparenta despreciar los suplicios, es mostrando un valor feróz, y afectando una insensibilidad, que siendo meramente simulada, porque es contraria á la naturaleza del corazon humano, descubre una falsa virtud, y una flaqueza real. El verdadero Heroe se manifiesta aqui tal como es, y tal como debe ser: Sin disimular la sensibilidad de la naturaleza, hace ceder el dolor al amor de la justicia. El Justo que atrae mis atenciones por un heroísmo del qual el mundo no habia aun conocido exemplar, y que tampoco imitará jamas, porque no sabia renunciar á su propia gloria, habla en las circunstancias en que el filósofo habria callado, y calla quando el filósofo no habria tenido valor de callar. En el punto de ser entregado á los mas crueles tormentos, el sabio habria disimulado sus temores: Este Justo confiesa que su alma se halla triste hasta la muerte (1), y quiere que sus mismos

(1) *Math.* 26. v. 38. (1)

discipulos sean testigos de su terror, y de su agonía. Sus enemigos le acusan, le calumnian, se contradicen (1): El sabio no habria dexado de hablar, y Jesu-Christo no pronuncia una sola palabra para defenderse (2). La nacion á quien ha colmado de beneficios, pide su muerte á grandes gritos, y nada le replica. El Soberano Pontifice le pregunta, y su respuesta debe hacerle juzgar digno de muerte; pero él responde para dar testimonio á la verdad, y para obedecer al Pontifice, que le habla en el nombre de Dios vivo (3). Uno de sus Jueces se esfuerza para salvarle, y él no rompe el silencio sino para advertirle, que es responsable de su poder al soberano Señor del universo (4). El otro se apresura á oirle, y hallandose dispuesto á absolverle, él calla en su presencia. Su silencio le atrae burlas y desprecios; es tratado de insensato, y continúa en su silencio (5). Cargado con

(1) *Marc.* 14. v. 56. y sig. (2) *Jd.* v. 67.  
 (3) *Math.* 26. v. 63. y sig. (4) *Juan* 19.  
 4. 10. 11. (5) *Luc.* 33. v. 28.

la cruz, se affige tambien por los males de Jerusalém, que ha pedido su muerte (1). Pendiente en la cruz ruega aun para los verdugos que le hacen morir (2); y á fin de obtener su perdon, emplea la voz de la misma sangre que ellos le hacen derramar.

A estos caracteres manifiestos de una virtud tan extraordinaria se añaden los testimonios públicos, que no parecían hallarse en el órden de lo posible, para atestiguar una vida del todo exenta de reprehension. El es condenado á la muerte de los malvados, y es reconocido justo por el Apostol que le ha vendido (3); por el Juez que le condena; por el Centurion que le guarda (4); por este pueblo barbaro, que despues de haber pedido su sangre, espectador de su suplicio, se acusa èl mismo de haber crucificado al *Justo* (5). El se halla justificado aun por el odio de sus per-

(1) *Id.* 19. v. 41. c. 23. v. 18. = (2) *Id.* 23. v. 34. = (3) *Math.* 27. v. 4. = (4) *Luc.* 23. v. 47. *Marc.* 15. v. 39. *Math.* 27. v. 54. = (5) *Luc.* 23. v. 48.

seguidores, que buscan inutilmente testigos para hacerle parecer culpable (1), y que no pueden acusarle sino calumniando sus virtudes (2). Pero este Justo, que parece abandonado á la malicia de sus contrarios, este Justo cubierto de oprobrios como el mas debil y el último de los hombres, se presenta al propio tiempo en medio de sus humillaciones y de sus tormentos, con toda la grandeza y el poder de un Dios. Entregandose á sus enemigos, los confunde con una sola palabra (3). El sana por el solo tacto la oreja de uno de los que vienen á prenderle (4), y detiene la mano del discipulo que le quiere defender (5). Trastorna, en fin, la naturaleza muriendo, y nunca exerce mayor imperio sobre el universo, que en el momento en que espira todo el poder del resto de los hombres (6).

Sus discipulos, testigos de sus vir-

(1) *Math.* 26. v. 59. = (2) *Luc.* 23. v. 5. = (3) *Juan.* 18. v. 6. = (4) *Luc.* 22. v. 51. = (5) *Juan.* 18. v. 11. = (6) *Math.* 27. v. 51. *Marc.* 15. v. 38. *Luc.* 23. v. 45.



tudes, y de sus prodigios, publican por todas partes la historia de su vida. Ellos le han visto mandar á la naturaleza entera; dar vista á los ciegos, oído á los sordos, habla á los mudos, salud á los enfermos. Ellos han visto los demonios huir á su precepto, y declarar huyendo, que él era verdaderamente el hijo de Dios (1): Le han visto andar sobre las aguas (2), y multiplicar los panes en el desierto (3): Le han visto circuido de gloria en el Tabor (4), y han oído la voz del cielo, que les anunciaba su filiacion eterna (5). Él se les ha aparecido despues de su muerte, ha conversado, y comido con ellos (6); han puesto el dedo en sus llagas (7). Mas de *quinientos testigos* (8) lo afirman como ellos mismos. La

(1) Marc. 3. v. 11. 12. = (2) Math. 14. v. 25. y sig. = (3) Math. 14. v. 19. y sig. Marc. 6. v. 37. y sig. = (4) Math. 17. v. 2. y sig. Marc. 9. v. 1. y sig. = (5) Math. 17. v. 5. Marc. 9. v. 6. 2. Ped. 1. v. 17. 18. = (6) Luc. 24. v. 42. 43. Juan 21. v. 12. = (7) Juan 20. v. 27. = (8) 1. Cor. 15; v. 6.

aparicion ha durado *quarenta dias* (1). Él se ha subido al cielo en su presencia, y al dexarles les ha prometido su Espiritu Santo (2). Baxa realmente sobre ellos el Santo Espiritu, les llena de fuerza, de luz, de sabiduría; les comunica el dón de lenguas (3) y de milagros (4); y estos dones extraordinarios que ellos transmiten á sus discipulos por la imposicion de las manos (5), atestiguan de nuevo á toda la tierra, que este mismo hombre que ha espirado sobre la cruz, es aun vivo á la derecha del Padre celestial. Asi el poder que este Justo exerce muriendo, y el que manifiesta despues; la prediccion que hace de su muerte, y de su resurreccion, y las promesas que cumple resucitado, prueban igualmente la verdad de lo que habia dicho, que *nadie podria quitarle la vida* contra su

(1) Hech. 1. v. 3. = (2) Hech. 1. v. 8. = (3) Hech. 2. v. 4. y sig. = (4) Hech. 4. v. 10. = (5) Les enviaron á Pedro y á Juan, los quales. . . ponian las manos sobre ellos, y recibian el Espiritu Santo. Hech. 8. v. 14. y sig.

voluntad, pero que él la daría por sí mismo (1).

Una multitud de Judios de todas las naciones, que se habian juntado en Jerusalém para celebrar la fiesta de Pentecostes, corren á este último prodigio: Cada uno oye hablar los Apostoles en su lengua nativa (2). Estos hombres, ántes tan groseros y tímidos, son transformados en hombres nuevos. Sus primeras predicaciones se reducen á publicar que han visto á Jesu-Christo resucitado, y toda su elocuencia, á la intrepidez de su valor, publicando lo que han visto.

Los testimonios de todos los referidos prodigios están consignados en quatro Historias: sus autores son, ó los Apostoles, que cuentan lo que han visto; ó los discipulos de los Apostoles, que refieren lo que han oido de la boca de sus maestros, y lo que ellos habian podido ver por sí mismos. Estos quatro Historiadores publican sus Evangelios á la vista de todos los Apostoles, de los

(1) Juan 10. v. 18. = (2) Hech. 2 v. 6.

quales muchos señalan tambien en sus Epistolas, los principales hechos que han relacionado en sus Historias: Ellos los publican á la vista de todos los discipulos, que contestan la autenticidad, por su creencia: Los publican por toda la Judéa en una época en que viven aún los testigos, y en que ninguno se atreve á contradecirlos. Ellos escriben en diversos tiempos, en distintos lugares, en diferentes lenguas, y no se necesita mas que una simple lectura, para convencerse de que no han podido copiarse, ni concertarse. Los hechos que refieren, son conformes al testimonio de las Iglesias, que siendo de nuevo fundadas por los Apostoles, ó por sus discipulos, se han constituido las depositarias inmediatas de la doctrina Apostolica. La vanidad, el interés personal, el respeto humano hacen algunas veces disfrazar la verdad: Pero aqui los Historiadores sagrados se hallan tan lexos de todas las consideraciones humanas, que ellos mismos nos enseñan sin disfraz, como sin afectacion, la baxeza de su linage, su ignorancia, sus flaquezas, su timidez



y su desercion en el momento en que su Maestro se ha entregado á las manos de sus enemigos : No hay uno que omita el crimen del Apostol que le ha vendido ; no hay uno que pase en silencio la cobardia de su Cabeza que le ha negado. Ellos publican por todas partes, que su Maestro es el Hijo de Dios, y el soberano Señor del universo. Sus milagros confirman estos augustos titulos : Sus ignominias y su muerte parecen hacerlos increíbles ; y contra todos los consejos de la prudencia humana , cuentan casi siempre sucintamente los milagros de su omnipotencia , y todos refieren con la mayor extension las ignominias y los tormentos de su pasion y muerte. Tres nos instruyen de la tristeteza que ha sentido en el huerto de Getsemaní, y de los combates de su agonía. En fin casi todos los Apostoles sellan con su sangre el testimonio que dán á su Maestro.

Refiriendonos su historia , los autores sagrados , recuerdan al mismo tiempo los oraculos que habian ya muchos siglos antes señalado las principales circunstancias de su vida : Oraculos

que habian sido publicados por hombres eminentes en santidad , y ardientes en zelo para la gloria de Dios : Oraculos, que se nos han transmitido con la mas escrupulosa fidelidad , por una nacion enemiga , que los reverencia aun como á divinos , despues de haber perseguido á los Profetas que los habian pronunciado , y muerto al Justo que ellos habian vaticinado. Nunca hubo tradicion mas autentica , ni menos sospechosa.

Yo abro estos sagrados oraculos , y veo que los mismos deseos que habian sido inspirados por las solas necesidades del hombre , á un sabio de la antigüedad , Dios los habia ya prevenido, prometiendo desde el principio del mundo , un Redentor que debia ilustrar al genero humano , instruirle , y santificarle. Yo veo las señales por las cuales se le debia conocer, y estas señales anunciadas , las encuentro reunidas todas en la persona de este Justo crucificado. Yo leo en los Profetas el lugar (1) y el tiempo de su nacimiento ; encuentro la

(1) Mich. 5. v. 2.

virginidad de la que habia de serle Madre (1), la llegada de los Magos que debian venir á adorarle (2). Encuentro su predicacion (3), su santidad (4), sus milagros (5). El debe entrar á Jerusalem montado sobre una borrica (6); un Apostol le ha de vender (7), y el precio de la traicion está ya determinado (8). Las circunstancias de su pasion (9), su resurreccion (10), la mision de su Espiritu Santo (11), se encuentran ya anunciadas. El debia parecer en el mundo quatrocientos noventa años despues del edicto del restablecimiento de Jerusalem (12), y quando el cetro habria salido de Judá (13), es decir, precisamente en la propia época en que este Justo ha parecido: Epoca tan evidentemente señalada, y tan generalmente reconocida en el tiempo de su llegada, que la

(1) *Isai.* 7. v. 14. = (2) *Ps.* 71. v. 10. *Is.* 60. v. 6. = (3) *Is.* 55. v. 3. 4. 5. *cap.* 65. v. 1. *Os.* 2. v. 24. = (4) *Is.* 11. v. 1. = (5) *Is.* 35. v. 6. = (6) *Zach.* 9. v. 9. = (7) *Ps.* 54. v. 13. 14. 15. = (8) *Zach.* 11. v. 12. = (9) *Ps.* 21. *Is.* 53. = (10) *Ps.* 15. v. 10. = (11) *Joel* 2. v. 28. = (12) *Dan.* 9. = (13) *Deut.* 49. v. 10.

nacion misma que le crucifica, habia publicado por los quatro angulos del mundo, la próxima venida del Mesias que le estaba prometido (1). Al favor de esta opinion, muchos falsos Mesias habian tomado las armas para hacerse declarar Reyes, y todos habian sido puestos en fuga (2). El solo Mesias que habia quedado sometido á los Señores de la tierra, el solo que habia mandado pagar el tributo, que habia prohibido sacar la espada, que habia encargado la dulzura y la humildad, que habia declarado venir, no para ser servido, sino para servir á los demás (3); que habia dicho de sí mismo, que no reynaria sobre el universo sino despues de haber sido elevado en la Cruz (4), este Mesias es el solo que ha obtenido el imperio de la tierra: El reyna en ella despues de mas de diez y

(1) *Hist.* 15. *Suet. Vit. Vesp.* = (2) *Joseph. de Bell. Judaic.* = Yo he demostrado muy extensamente todos estos puntos, en *La Verdad de la Religion Christiana, probada á un Deista.* = (3) *Math.* 20. v. 28. (4) *Juan.* 3. v. 14.



ocho siglos : Recibe verdaderamente , sobre su misma Cruz , los homenajes de todos los pueblos , segun lo habia vacinado . Yo os envio , dixo á sus Apostoles , como corderos entre los lobos (1) ; y en efecto , conservando toda la dulzura de los corderos , transforman sus Apostoles los lobos , en ovejas ; derramando su propia sangre para sus enemigos , los convierten . ¿ El espiritu humano habria jamas imaginado un medio tan extraño , para formar un imperio tan hermoso ? ¿ Todo el poder humano se habria nunca atrevido á probarlo ? Pero el Enviado del Cielo tiene en su poder recursos que son desconocidos á los Conquistadores de la tierra . El manda á doze Dicipulos pobres é ignorantes , y estos van sobre su palabra á enunciar á toda la tierra lo que han visto , y lo que han oído . Propagan el Evangelio aun mas por sus virtudes , que por sus continuos milagros . Se entregan á la muerte , testificando lo que enseñan , y el suce-

(1) *Math.* 10. v. 16.

so justifica las promesas que se les habian hecho .

A la voz de estos hombres extraordinarios , y en medio de naciones las mas depravadas , nace de todos lados un pueblo de Santos , que se forma , que se perpetúa , que se engrandece en la humildad , en la dulzura , en la justicia , por la sola virtud de la palabra Evangelica ; y este nuevo Imperio , el mas vasto que haya jamas existido , el unico que se haya establecido sin algun medio humano , y el solo que las revoluciones de los tiempos no hayan podido nunca limitar , este Imperio es el Imperio de este Justo , cuyas virtudes y prodigios han pasmado á toda la Judéa ; de este Justo , que despues de haber espirado sobre la Cruz , despues de haber predicho , que él reynaria por la Cruz , se ha elevado en el Cielo á la derecha de su Padre , para proteger su pueblo y reynar sobre el universo .

Mientras que los siglos se pasan , y que sus milagros y el cumplimiento de las predicciones acerca las circunstancias de su vida , parecen borrarse ale-

andose de nosotros, el Cielo las confirma, y las proclama por un milagro continuo: Milagro sobre manera brillante, que llama todas las atenciones: Milagro, que es el cumplimiento de la mas autentica de todas las profecias: Milagro, que lexos de perderse en la obscuridad de los tiempos, adquiere al contrario, todavia mayor esplendor y celebridad, por la serie de las generaciones, para anunciar á todas las naciones, y á todos los siglos, la mision divina de este Justo crucificado.

Los Profetas habian predicho, que la nacion Judaica seria fulminada de anathemas, por haber desconocido al Mesias que debia serle enviado (1); y que los Gentiles, que la reemplazarian en el culto del verdadero Dios, serian iluminados por una nueva luz (2). Este Mesias habia renovado las mismas predicciones, en terminos aun mas for-

(1) *Is.* 29. v. 10. y sig. *Cap.* 9. v. 2. *Cap.* 8. v. 14. 15. = (2) *Is.* 55. v. 3. 3. 4. 5. *Cap.* 65. v. 1. *Oo.* 2. v. 24. *Josepg.* 3. v. 9. *Jerem.* 3. v. 17.

males (1). El habia anunciado la próxima desolacion de Jerusalém, la ruina de su templo, la dispersion de su pueblo, todo en castigo de su incredulidad (2): Habia predicho asimismo, que otro pueblo vendria á reemplazarle en el seno de Abraham, y que este nuevo pueblo, heredero de las promesas, seria asistido de su Espiritu hasta la consumacion de los siglos. Y luego despues que la nacion Judaica ha llenado el cumulo de su endurecimiento, entregando á la muerte el Mesias, el nuevo pueblo, heredero de las bendiciones de Israel, empieza á parecer; se propaga, y se extiende en menos de un siglo, hasta las extremidades del mundo. Jerusalém, que habia pedido que la sangre del Justo cayese sobre ella y sobre sus hijos, vió levantarse la tempestad de la maldicion divina que habia invocado. Sus desgracias empiezan por las sediciones y guerras que este

(1) *Math.* 15. v. 7. 8. = (2) *Math.* 23. v. 33. y sig. *Cap.* 8. v. 11. 12. *Cap.* 23. v. 38. 39. *Cap.* 24.



mismo Mesias habia predicho, y acababan por su entera destruccion (1). En vano tres siglos despues, un Emperador apostata emprende reedificar el templo; la tierra agitada por violentas convulsiones, se subleva contra su empresa, vomita torbellinos de llamas, que dispersan los materiales, y devoran los operarios (2). Los Judios, que han arrancado los fundamentos de las antiguas ruinas, despues de haber ellos mismos cumplido á la letra, sin saberlo, la prediccion que habia hecho el Mesias, de que no restaria piedra sobre piedra, se ven obligados á desistir. El templo no se ha restablecido, ni debe serlo jamas, porque hallandose abolidas por una nueva ley, las ceremonias legales á que estaba consagrado, se hace ya inutil. Entre tanto el tiempo, que de otra parte lo muda todo, lo destruye todo, confunde el origen de los Pueblos, y bor-

(1)<sup>2</sup> *Joseph. de Bell. Jud.* — (2) *Socrat. Hist.* 1. 3. c. 17. *Amm. Marcel. Chris. Hom.* 4. in *Math. Orat.* 2. in *Judeos. Theod. Hist.* 1. 3. c. 17. *Sozom.* 1. 5. c. 21.

ra hasta la memoria de las generaciones pasadas, respeta aquí constantemente los decretos del Eterno sobre el destino de dos pueblos, que debian perpetuarse hasta la fin de los dias, para perpetuar las señales permanentes del Justo crucificado. Despues de diez y ocho siglos que los Judios han atraído sobre ellos la maldicion de Dios, esta nacion, sin Principe, sin templo, sin altar, sin Pontifices, sin centro alguno de reunion, sin pertenecer á ningun pueblo, á ningun país, se manifiesta de todas partes sobre la tierra, siempre distinta de las demas naciones, á pesar del interes que tendria en incorporarse y confundirse con ellas; y al lado de esta nacion, el nuevo pueblo que la ha sucedido en el reyno del Cielo, este pueblo que tampoco pertenece á nacion, ni á familia alguna, que no se propaga sino por la doctrina, que se forma sucesivamente de todos los pueblos de la tierra, este nuevo pueblo despues de mas de diez y ocho siglos que tuvo nacimiento en la sangre de su divino Legislador, se perpetúa en el mundo, y

conserva constantemente el mismo espíritu, el mismo dogma, el mismo gobierno; de suerte, que estos dos pueblos, que por su propia constitucion debian tener menos consistencia, son los unicos de todos los antiguos pueblos, que han adquirido una especie de inmortalidad sobre la tierra; pero cada uno de ellos subsiste con caracteres propios, que demuestran la diversidad de su destino. El primero, que debia ser en oprobio entre las naciones, que debia ser echado en las tinieblas exteriores, que debia andar á tientas en medio del dia, este pueblo que se había visto tantas veces honrado, el solo que habia hasta entonces gozado de la luz, solo vive en el envilecimiento con un carácter personal de ignominia que se hace indeleble: Si conserva aun los libros Santos en su integridad, porque deben servir de testimonio al Evangelio, desfigura la doctrina por lo absurdo de sus tradiciones. El otro, á quien el Mesias había predicho sus persecuciones y sus victorias, atacado inmediatamente de todas partes, y destituido de to-

dos los medios humanos, para evidenciar que su existencia, ni su perpetuidad, no deben ser obra de los hombres, triunfa por fin, y se manifiesta sobre la tierra con un nuevo esplendor. Este Mesias había dicho, que él era *la luz y la vida del mundo*; y en donde su pueblo se propaga, en donde su religion es enunciada, lleva realmente la vida y la luz, destruye los ídolos, hace callar los oráculos, y brotar las mas sublimes virtudes.

Los Filósofos disputaban despues de muchos siglos, acerca la existencia y la naturaleza de un primer *Sér*, acerca el fin y los deberes del hombre; y sus disputas solo habian servido para desviarlos; semejantes á los laberintos, que á excepcion de algunos rayos de luz que se introducen por intervalos, estan cubiertos de todas partes de una profunda noche. El nuevo Sabio, en vez de disertar, habla como Maestro: Enseña verdades que llevan la luz á lo mas íntimo del corazon. Sus maxîmas, simples y sublimes, sembradas segun las ocurrencias, quedan al pronto



como aisladas, pero luego despues unidas, forman un solo cuerpo de doctrina, el mas santo, el mas sabio, el mas brillante, el mas bien coordinado que se pueda imaginar.

Este nuevo Maestro no se limita á hacer salir, por decirlo asi, la ley natural de los sombríos abismos en que las pasiones y las preocupaciones de los hombres la habian sumergido, y de donde no la habría podido sacar toda la sabiduria humana: El la perfecciona aun, como luego se verá, por la revelacion de los grandes misterios, que á primera vista parecian un delirio á los ojos de los sabios, pero que, bien meditados, presentan al hombre los motivos mas poderosos, le inspiran la mas noble generosidad, le infunden el mayor valor, y le elevan á un grado de perfeccion, al qual todas las virtudes humanas no serian capaces de llegar, ni toda la razon de los sabios podria descubrir. Por fin, se hace él mismo el modelo mas cumplido de la ley santa que enseña; y este nuevo Sabio, el mas justo de todos los hombres, este Sabio, anunciado

desde tan remotos siglos, designado por tantos oraculos, probado por tantos tormentos, tan poderoso en sus palabras y en sus obras, como fiel en sus promesas; este Sabio, que tiene toda la naturaleza debajo su mano, que la sujeta á su voluntad, para hacerla servir al cumplimiento de sus vaticinios; este Legislador de todas las naciones, que ilumina todos los pueblos, que los santifica por la mas sublime de todas las leyes; este Sabio, este Justo, es este mismo Jesu-Christo á quien adoramos hoy sobre la cruz, y cuyo nombre es celebrado por toda la tierra.

## ARTÍCULO II.

*De las verdades que Jesu-Christo nos ha revelado.*

Las dos primeras verdades que se presentan al hombre, son la existencia de sí mismo, y la existencia de Dios. ¿ Pero quien es Dios? ¿ Quien es el hombre? De estas dos questões depende la regla de las costumbres.

como aisladas, pero luego despues unidas, forman un solo cuerpo de doctrina, el mas santo, el mas sabio, el mas brillante, el mas bien coordinado que se pueda imaginar.

Este nuevo Maestro no se limita á hacer salir, por decirlo asi, la ley natural de los sombríos abismos en que las pasiones y las preocupaciones de los hombres la habian sumergido, y de donde no la habría podido sacar toda la sabiduria humana: El la perfecciona aun, como luego se verá, por la revelacion de los grandes misterios, que á primera vista parecian un delirio á los ojos de los sabios, pero que, bien meditados, presentan al hombre los motivos mas poderosos, le inspiran la mas noble generosidad, le infunden el mayor valor, y le elevan á un grado de perfeccion, al qual todas las virtudes humanas no serian capaces de llegar, ni toda la razon de los sabios podria descubrir. Por fin, se hace él mismo el modelo mas cumplido de la ley santa que enseña; y este nuevo Sabio, el mas justo de todos los hombres, este Sabio, anunciado

desde tan remotos siglos, designado por tantos oraculos, probado por tantos tormentos, tan poderoso en sus palabras y en sus obras, como fiel en sus promesas; este Sabio, que tiene toda la naturaleza debajo su mano, que la sujeta á su voluntad, para hacerla servir al cumplimiento de sus vaticinios; este Legislador de todas las naciones, que ilumina todos los pueblos, que los santifica por la mas sublime de todas las leyes; este Sabio, este Justo, es este mismo Jesu-Christo á quien adoramos hoy sobre la cruz, y cuyo nombre es celebrado por toda la tierra.

## ARTÍCULO II.

*De las verdades que Jesu-Christo nos ha revelado.*

Las dos primeras verdades que se presentan al hombre, son la existencia de sí mismo, y la existencia de Dios. ¿ Pero quien es Dios? ¿ Quien es el hombre? De estas dos cuestiones depende la regla de las costumbres.



El universo entero publicaba ya el poder, la bondad, la sabiduría, la providencia de un primer Sér; de modo que bastaba abrir los ojos para convenirse de ello; bastaba exâminarse á sí mismo, para reconocer dentro de sí un sér pensador, cuyas operaciones eran totalmente distintas de las modificaciones de la materia; bastaba consultar su propia conciencia, para aprender de ella los primeros principios de la moral, y los debéres generales de honestidad, de justicia, de moderacion, de humanidad, &c., que la misma nos prescribia. Estas primeras nociones nos conducian naturalmente al conocimiento de una vida venidera, en que un Dios, soberanamente equitativo, debe exercer sobre los malos y los buenos, la justicia que no exerce en la presente: Y de ahí era facil concluir, que el hombre no perecia todo en la muerte. Pero la razon se paraba aqui, y habiendo los Filósofos querido penetrar adelante, todos los pasos que han dado mas allá, han sido marcados por otras tantas caídas.

Como no tenian nocion alguna de

las substancias espirituales, han considerado un cuerpo en la Divinidad, quando han querido entender su naturaleza: La han colocado, ahora en los elementos, ahora en los astros: Algunos la han mirado como á un alma incorporada con todos los séres del universo: Casi todos le han atribuido una figurá humana. En fin, la imaginacion, que ha visto dioses por todas partes, no ha jamas visto al verdadero Dios.

Por la misma razon, quando el hombre ha querido formarse una idea de este sér viviente que piensa dentro de él, solo se ha imaginado una materia sutil y viviente. Luego ha dicho ¿ esta materia podria ser mas indisoluble, que el cuerpo que ella anima? ¿ Como pues se escaparia de la muerte, quando el cuerpo será disuelto? Y hé aqui, que las penas y las recompensas de una vida futura, no han sido en su concepto mas que problemas; y el hombre se ha hecho á sí mismo el enigma mas incomprehensible de la naturaleza.

Una vez hubo el Filosofo puesto los pies fuera del camino, ha continuado

en desviarse sobre la moral. En lugar de contenerse en los principios de las costumbres que le estaban indicados, ha querido analizar el corazón humano; y desde entonces, tomando por verdadera ley natural sus inclinaciones desarregladas, ha intentado aliarlas con los estímulos de su conciencia; desde entonces, midiendo la extensión de sus deberes, sobre sus propias fuerzas, porque no conocía los socorros de la gracia, ha buscado en la vanidad de su orgullo, las fuerzas que le faltaban de parte de la naturaleza, á fin de llegar á las grandes virtudes que su conciencia le hacia conocer, y poner por decirlo así, su moral al alcance de la humanidad. De ahí todos los sistemas absurdos, en que la ley natural ha sido tan frecuentemente ultrajada, y en que el vicio ha tan amenudo usurpado los honores de la virtud.

Mas, habiendose levantado sobre la tierra el Sol de justicia, todas las nieblas han sido disipadas; y para hacernos conocer la naturaleza de este sér primero, Jesu-Christo no ha dicho mas

que una palabra: *Yo soy la verdad* (1). Pero ¿que cosa es la verdad? Quanto mas profundizo esta idéa, mas se engrandece en mi espíritu, mas se eleva sobre de mí, mas me admira. Yo siento, que la idéa de la verdad excluye la de la materia; que la verdad es absolutamente necesaria; que sin ella la razon misma no sería nada, porque solo consiste en el conocimiento de lo verdadero. Yo siento, que la verdad se halla presente en todas partes, pues que se manifiesta á todos los espíritus; que es una, indivisible, indestructible; que existe necesariamente, y existirá por toda la eternidad, siendo esencialmente la misma en todos tiempos, y hablando á todos el mismo idioma. Pero esta verdad, que yo veo por todas partes dentro y á fuera de mí, esta verdad que me es imposible negar, me es tambien imposible definirla y conocerla. Tales son pues los atributos de este primer Sér, que habiendo precedido al tiempo, y debiendo subsistir despues de los si-

(1) Juan. 14. v. 6.



glos, debe arreglarlo todo, gobernarlo todo y dominar igualmente sobre todo. Este es, pues, el Sér infinito en perfecciones, este Dios unico á quien debemos adorar, y él qual se nos manifiesta por sus obras, aunque no podremos jamas comprehenderle. Teniendo los mismos atributos, debe tener tambien la misma naturaleza.

La fé descubre despues esta primera idéa, por las nociones particulares que nos dá de las perfecciones divinas. Dios es un puro espiritu (1), y unico en su naturaleza (2). Todo ha sido hecho por él (3): Nada puede existir sin él, nada puede resistir á su omnipotencia (4). Principio de todas las cosas (5), no puede haber tenido principio (6). Todo es gobernado por su providencia: Nada acontece sin su permiso (7). Es verdadero en sus palabras,

(1) Juan. 4. v. 24. = (2) Marc. 12. v. 29. Juan. 17. v. 22. 1. Cor. 8. v. 6. y sig. = (3) Juan. 1. v. 3. Apoc. 21. v. 6. = (4) Hech. 4. v. 24. 1. Cor. 8. v. 6. y sig. = (5) Apoc. 1. v. 8. = (6) Juan 1. v. 1. al 3. Apoc. 21. v. 6. = (7) Juan 5. v. 17. 2. Cor. 3. v. 5.

fiel en sus promesas, lleno de bondad y de misericordia para con los hombres (1). Cubre de su inmensidad todo el universo (2); y presente en todas partes (3), viendolo todo por su inteligencia infinita, es invisible á nuestros ojos (4). Infinitamente santo (5), el solo bueno por esencia (6), Padre unico (7), en quien residen y de quien derivan todo el amor, y todos los derechos de la paternidad, en el Cielo y sobre la tierra (8); él lo arregla todo por su sabiduría (9), lo gobierna todo por su voluntad (10), aborrece los malos, halla sus complacencias en los justos (11), y el honor, poder, y gloria en los siglos de los siglos, solo pertenecen á él (12).

(1) Rom. 3. v. 4. 1. Cor. 1. v. 9. 11. 1. v. 2. 1. Juan. 1. v. 9. = (2) Ps. 138. v. 8. 9. 10. Math. 5. v. 35. = (3) Math. 6. v. 4. Hech. 2. v. 24. (4) 1. Juan. 4. v. 12. Juan. 6. v. 46. = (5) Is. 6. v. 3. Jer. 3. v. 12. Apoc. 3. v. 7. = (6) Math. 19. v. 16. = (7) Math. 23. v. 9. = (8) Eph. 3. v. 15. = (9) Math. 10. v. 19. Rom. 11. v. 33. = (10) Ps. 32. Sab. 9. v. 1. = (11) Ps. 33. v. 16. v. 17. = (12) 1. Tim. 1. v. 17.

A estas verdades, que son confesadas por la razon, añade Jesu-Christo otras á las quales no podia la razon llegar.

Dios, unico en naturaleza, existe en tres personas distintas, el Padre, el Hijo, el Espiritu-Santo; y estas tres personas no son sino un solo Dios (1), porque la divinidad, siendo esencialmente una é indivisible, debe de necesidad ser la misma en cada una de las tres personas divinas. La segunda persona, sin sufrir variacion, ha tomado naturaleza humana; y por esta union inefable, la naturaleza divina, y la naturaleza humana han subsistido en una sola persona, que es la del hijo de Dios, Dios y hombre todo junto: Union misteriosa y real, que llamamos *hipostatica*, para distinguirla de todos los demas generos de union; y que por ser la unica en su especie, no puede tener perfecta se-

(1) Tres son los que dan testimonio en el Cielo: el Padre, el Verbo, y el Espiritu Santo; y estos tres son una misma cosa. 1. Juan. 5. v. 7.

mejanza, ni con la union de los cuerpos entre sí, que consiste en la mera aproximacion de las partes; ni con la union del alma con el cuerpo, que sujeta reciprocamente las dos substancias, y no produce mas que una sola naturaleza; ni con la union de los santos con Dios, que se obra por la caridad, y la qual dexa subsistir la diversidad de las personas.

En virtud de esta union incomprehensible, los atributos y las operaciones de las dos naturalezas se hacen propias de la persona de Jesu-Christo, que es juntamente pasible, é impassible; que ha nacido en el tiempo, y ha existido de toda la eternidad; que es verdaderamente hijo de Dios, é hijo del hombre; de suerte, que su santissima Madre, aunque lo sea solo de la humanidad de Jesu-Christo, es sin embargo efectivamente *Madre de Dios*.

Es cierto que la razon humana no penetrará jamas estos misterios; pero la razon dicta al hombre, que Dios, debiendo ser infinitamente superior á toda la inteligencia humana, no sería



— Dios si pudiese ser conocido; y la misma razon manda creerle, quando él ha hablado. Ah! ¿El hombre mismo no encuentra dentro de sí la semejanza de los misterios que no puede concebir? ¿Las operaciones de su alma, su conocimiento, y su voluntad, aunque en sí diferentes, no son una misma cosa con su alma? ¿Su alma y su cuerpo, aunque tan distintos entre sí, no componen en él una misma persona? ¿Pues, si el hombre no sabría poner en duda las verdades de que se halla asegurado por su intimo sentimiento, aunque él no pueda comprenderlas, podría negarse á creer las verdades que Dios le revela, porque no puede concebirlas?

Mas el Hijo de Dios, que no se ha desdeñado de tener á una muger por Madre, no ha querido tener otro Padre que el que le habia engendrado de toda la eternidad; y su santidad, que no era incompatible con las aflicciones y los oprobios del hombre, que eran la pena del pecado, no podia sufrir la menor lesion del pecado del hombre que venia á expiar.

De estas primeras verdades incomprehensibles á la razon humana, nacen otras que están al alcance de la misma razon, pero que nunca se habian perfectamente conocido.

— Mi imaginacion, mis pensamientos, mi voluntad, y las demas operaciones de mi alma, no podrian ser modificaciones de la materia. Hé aqui, por decirlo de esta suerte, el primer apercibimiento de la razon. Mas hoy que la razon ilustrada por la fé, vé un Sér infinito en perfecciones, cuya esencia es espiritual, reconoce, que él puede haber creado seres espirituales á su semejanza; y concluye, que todas las operaciones del alma que parecian incompatibles con la naturaleza del cuerpo, son realmente modificaciones de una substancia espiritual, del todo distinta de la materia.

Luego pues, esta alma no es una sombra que se desvanesca, ni un vapor que se disipe, ni nada de todo quanto se asemeja á los seres corporales. Es una substancia de una naturaleza eminente, que no puede percibirse por los sentidos. La muerte, lexos de disolver-

la; no hará mas que romper los vinculos que la atan con la tierra, que la entorpecen, que la sugetan al imperio de los sentidos, y á estos mismos organos que parecen darle la vida; y poniendola en libertad, le dexará toda su energía en una nueva vida, que será propiamente la vida de los espiritus. De consiguiente, la inmortalidad del alma no es un misterio. La razon se confirma en la certeza de una vida futura, y en la esperanza de las recompensas venideras. Y si por motivo del cuerpo, pertenecemos todavia á la naturaleza de las criaturas terrestres, nos hallamos infinitamente superiores á ellas por la dignidad de un alma que el primer *Ser* ha creado á su semejanza.

† Pero ¿habria aun sobre nosotros criaturas puramente inteligentes, superiores á la naturaleza humana? La razon calla; y Jesu-Christo nos enseña, que en efecto existen estas inteligencias sublimes, cuya naturaleza se aproxima al *Ser* supremo, á proporcion de sus calidades eminentes; que las unas son Angeles de pureza, perfectamente

dichosos por la vision de Dios, de quien son los embaxadores, para instruirnos de su voluntad, y executar en su nombre las misericordias y las venganzas; de los quales debemos respetar la presencia, é invocar la proteccion; que las otras son Angeles de malicia y de tinieblas, que habiendo sido condenados á suplicios eternos, en castigo de su orgullo, se esfuerzan á arrastrarnos á su desobediencia, para hacernos participar de sus tormentos; y que por lo mismo debemos resistir á sus sugestiones, y guardarnos de caer en sus lazos. †

La oposicion que experimentamos entre nuestras inclinaciones, y la conciencia, nos forma un genero de ilusion acerca la regla de nuestros deberes. Pero esta oposicion se explica tambien por las luces de la fé; y Jesu-Christo nos descubre la causa en un pecado original, que habiendo corrompido nuestra naturaleza, ha pervertido asi mismo nuestras primeras inclinaciones. Sin embargo, la violencia de nuestros apetitos, ni la debilidad del corazon, no deben hacernos desmayar.



Jesu-Christo, que se ha sacrificado para expiar nuestros pecados, no nos abandonará en la impotencia de cumplir con la ley que nos impone.

Relevandonos estas verdades, la fé corre el velo, y nos introduce en un nuevo órden de cosas: Tres diferentes mundos se nos presentan luego; el Cielo, en que la posesion de Dios forma la felicidad de los justos; los abismos de fuego, en que los malos son atormentados con los demonios; y el mundo presente, destinado á formar los elegidos para el Cielo.

Asi, en este mundo visible, que tiene sus leyes y su camino particular, que se renueva, que se muda á cada paso, vemos tambien un mundo moral, todo espiritual, compuesto de séres inteligentes, iluminado por una distinta luz, que es la de la verdad, gobernado por otras leyes, que son las de la justicia, movido por otros agentes, que son, ó las inclinaciones de la naturaleza, ó las inspiraciones de la gracia. El mundo fisico, que solo existe para formar el mundo moral, siendo hoy todo

lo que debe ser, acabará quando estará llenado su destino, esto es, quando el segundo mundo habrá adquirido su perfeccion por la formacion de todos los miembros de Jesu-Christo, reünidos á su Cabeza en su reyno (1). El mundo moral, que hoy se halla oculto en el corazon del hombre (2), debe, al contrario, *crecer* (3), y perfeccionarse por las operaciones secretas de la gracia, hasta el dia en que habiendose llenado el número de los elegidos, se mostrará, tal qual es en sí, para subsistir por toda la eternidad. Entonces, destruido el primer mundo, la muerte, despues de haber exercido su imperio

(1) El mismo dió á unos ciertamente Apostoles, y á otros... Pastores y doctores, para la consumacion de los Santos, en la obra del ministerio, para edificar el cuerpo de Christo: Hasta que todos lleguemos en la unidad de la fé, y del conocimiento del Hijo de Dios, á varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Christo. *Eph. 4. v. 11. 12. 13.* = (2) Vuestra vida está escondida con Christo en Dios. *Col. 3. v. 3.* = (3) *Eph. 2. v. 21. 22.* (1)

sobre todo lo perecedero, perecerá también (1), no teniendo poder alguno en el nuevo orden de las cosas, en que todo debe ser inmortal.

## CAPITULO II.

### *De los primeros Preceptos de la Ley Evangelica.*

**A**l propio tiempo que Jesu-Christo nos enseña las verdades esenciales acerca la naturaleza de Dios, los destinos del hombre, y la certeza de una vida futura, que forman la base de las verdades practicas, pone de manifiesto los preceptos de la ley natural, los eleva al mas alto grado de perfeccion, los apoya sobre los misterios que parecian extraños á la moral, y se conserva él mismo al lado de su ley, para servirnos de modelo. Esto es lo que conviene ahora demostrar; y á este fin consideraremos al hombre en el orden de la re-

(1) 1. Cor. 15. v. 26.

ligion, casi de la misma manera que lo hemos hecho considerandole en el orden de la naturaleza.

## ARTICULO I.

### *Primer Precepto de Jesu-Christo: Amar á Dios sobre todas las cosas.*

**H**emos visto, que habiendo Dios enviado al mundo su Unigenito para volver á camino, por la humildad de la fé, al hombre que se habia desviado por el orgullo de la presuncion, era preciso empezar por creer en él, para ser ilustrados con su luz; que habiendo su hijo aparecido sobre la tierra con las señales manifiestas de una mision divina, no podriamos negarnos á creer su palabra, sin *acusar de mentira* al Padre que le habia enviado (1); y que hallandonos circuidos, de los misterios de la naturaleza, no nos debia sorprender, quando nos hablaba de las co-

(1) 1. Juan 5. v. 10.



sobre todo lo perecedero, perecerá también (1), no teniendo poder alguno en el nuevo orden de las cosas, en que todo debe ser inmortal.

## CAPITULO II.

### *De los primeros Preceptos de la Ley Evangelica.*

**A**l propio tiempo que Jesu-Christo nos enseña las verdades esenciales acerca la naturaleza de Dios, los destinos del hombre, y la certeza de una vida futura, que forman la base de las verdades practicas, pone de manifiesto los preceptos de la ley natural, los eleva al mas alto grado de perfeccion, los apoya sobre los misterios que parecian extraños á la moral, y se conserva él mismo al lado de su ley, para servirnos de modelo. Esto es lo que conviene ahora demostrar; y á este fin consideraremos al hombre en el orden de la re-

(1) 1. Cor. 15. v. 26.

ligion, casi de la misma manera que lo hemos hecho considerandole en el orden de la naturaleza.

## ARTICULO I.

### *Primer Precepto de Jesu-Christo: Amar á Dios sobre todas las cosas.*

**H**emos visto, que habiendo Dios enviado al mundo su Unigenito para volver á camino, por la humildad de la fé, al hombre que se habia desviado por el orgullo de la presuncion, era preciso empezar por creer en él, para ser ilustrados con su luz; que habiendo su hijo aparecido sobre la tierra con las señales manifiestas de una mision divina, no podriamos negarnos á creer su palabra, sin *acusar de mentira* al Padre que le habia enviado (1); y que hallandonos circuidos, de los misterios de la naturaleza, no nos debia sorprender, quando nos hablaba de las co-

(1) 1. Juan 5. v. 10.

sas celestiales, que las verdades que se dignaba revelarnos, fuesen tambien misterios incomprehensibles á la razon. Pero hay entre los misterios de la naturaleza, y los de la fé, la extrema diferencia de que los primeros humillan la razon, y la dexan en las tinieblas; en vez que los otros, humillando la razon, le sirven de luz para descubrir las verdades que la aseguran en sus primeros conocimientos, y disipan la obscuridad que la habia ofuscado.

Antes en el universo todo nos hablaba del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad: Mas, despues que Jesu-Christo ha hablado desde la Cruz, para edificar á su Padre un templo espiritual, destinado á glorificarle eternamente en el Cielo, por la oblacion de sí mismo, y de los santos, Dios se nos manifiesta en una nueva gloria. No es ya la hermosura de la naturaleza, ni el ornato de los Cielos, ni la economía de la Providencia en el gobierno del mundo visible, que embeleza al espíritu, y pasma la razon; es la naturaleza misma, sometida á la voz del hombre

Dios; es el infierno, que cede á su precepto, y publica su omnipotencia; son todos los siglos, todos los imperios, sujetos debajo su mano, para ordenar, desde el principio del mundo, esta serie de acontecimientos que preparan su venida, para verificar sus predicciones, cumplir sus promesas, y conservar su santa religion. Nunca Dios se habia mostrado con tanta magestad en el mundo, como en este misterio de un Dios crucificado, que era un delirio á los ojos de los sabios (1). Allí, infinitamente grande en su santidad, nos hace conocer la enormidad del pecado que le ofende, por la santidad de la victima que le expía: Infinitamente grande en su bondad, nos dá todos los tesoros de su misericordia, con el don que nos hace de su propio Hijo: Infinitamente grande en su magestad, declara,

(1) Nosotros predicamos a Christo crucificado, que es escandalo para los Judios, y locura para los Gentiles; mas para los que han sido llamados... virtud de Dios y sabiduria de Dios. 1. Cor. v. 23. 24.



que no puede ser glorificado de un modo digno de él, sino por la mediación de su Unigenito, igual á él mismo: Infinitamente grande en su justicia, y en su misericordia, recibe para perdonar al hombre culpable, la oblacion de una victima, que siendo infinitamente santa, satisface plenamente á su justicia, y paga con su muerte, la deuda inmensa, para la qual no habrian podido bastar todas las penas del hombre culpable: Infinitamente grande en su magnificencia, recompensa el mérito de su hijo, con el mérito del hombre, para recompensar al hombre de una manera digna de Dios.

Los beneficios del Criador, los cuidados de su providencia, la naturaleza entera destinada al socorro de nuestras necesidades, ya nos anunciaban los cariños de su paternal bondad: Nos decian, que habiendolo ordenado todo para nosotros, no abandonaria al hombre que invocase su socorro. Mas, quando veo al primer Sér ordenar y criar el universo, imprimir sobre la arcilla los rasgos de su magnificencia,

gobernar, obrar en todo con el imperio de Criador; entonces, como oprimido del peso inmenso de su gloria, vuelvo á caer en mi propia nada. Ah! ¿Que es, pues, gran Dios, que es el hombre, para que os digneis acordaros de él (1)?

El hombre, me responde Jesu-Christo, este átomo casi imperceptible en la vasta extension del universo, el hombre, ya no es aquel polvo organizado que nace, que padece, y que muere, ya no es aquel sér cuyas operaciones se parecen á las del reptil; ya no es meramente aquel espíritu que piensa, que quiere, que discurre, pero que gobernado por la organizacion de un cuerpo fragil, se halla sin cesar sugeto á las flaquezas y miserias de la humanidad. El hombre es una criatura formada á imagen del Padre Celestial, redimida con mi propia sangre; es una porcion de mi heredad; es un hijo adoptivo del Sér criador, que debe vivir de su espíritu, llevar la marca de su santidad, participar de mis méritos,

(1) Ps. 8. v. 5.

estar conmigo en mi reyno. Su espíritu, su corazón, todas las facultades de su alma, deben ser un día penetradas de los rayos de su divinidad, abrasarse del fuego de su amor, y poseerle también por toda la eternidad. Ah! ¿Qué es el universo entero, con toda su magnificencia, en comparación de este átomo que vive en el universo, á quien Dios ha dado tanta grandeza, y llamado á tan alto destino? Tu no veías sino la magestad y el poder de un Dios criador: Pero *su bondad es sobre todas sus obras* (1), y sus beneficios son para tí, una prenda de su amor. *El quiere la misericordia, no el sacrificio* (2). *Yo mismo he venido á llamar los pecadores, y no á los justos* (3). He muerto para obtener tu perdón; tu puedes merecerlo todo por mi gracia, y obtenerlo todo quando lo pedirás en mi nombre (4). Tus desgracias no serán mas que simples pruebas, y yo

(1) Ps. 144. v. 9. = (2) Math. 9. v. 13.  
= (3) Ibid. = (4) Juan. 14. v. 13.

no probaré tu fidelidad, sino para hacerle merecedor de mis recompensas. Desde lo alto de la Cruz me dirige el Hijo de Dios estas consoladoras palabras; y nunca fué mas digno de las complacencias de su Padre, que en este mismo estado de desamparo y de sacrificio. A estas expresiones todos mis temores se disipan; yo me echo, me abandono á sus brazos con todas mis solicitudes; y la esperanza en su misericordia, enciende de nuevo en mi corazón el fuego de la caridad.

Dios es un Sér soberanamente perfecto, y debo amarle soberanamente por justicia. El me lo ha dado todo, debo amarle soberanamente por reconocimiento. Es el solo bueno por naturaleza, debo amarle soberanamente por mi propia felicidad. Así hablaba al hombre la razón.

Pero quando la fé me ilustra acerca las grandezas, las perfecciones, los beneficios del Sér supremo, ah! ¿con quanto mayor imperio habla á mi corazón! Ah! ¿qué son todos los dónes de la naturaleza, en comparación de los bienes



de que Dios me ha colmado en el orden de la gracia? El me ha sacado, no solo de la nada del ser, sino tambien de la nada de la justicia, para hacerme vivir eternamente en la vida de los espíritus: Ha alzado el anatéma del pecado, y me ha hecho pasar de la clase de los hijos de los hombres, á la de los hijos de Dios: Me ha colmado de sus gracias, para hacerme digno de sus promesas: Me ha confiado á los cuidados de su Iglesia, y le ha comunicado su poder, para que velase sobre mi felicidad: Está de continuo á mi lado para iluminarme, alentarme, y fortalecerme en los combates y aflicciones; Me llama, quando me alejo de él; me consuela, quando vuelvo; se dá enteramente á mí, quando me perdona, y me amenaza con sus venganzas, si alguna vez dexo de esperar en él.

Ya pues la felicidad que deseo, solo puedo hallarla en Dios, en este Salvador, que teniendo *en sí mismo la vida* (1), debe recompensarme, no precisamente, por el merito del hombre, mas aun por

(1) 1. Juan 5. v. 11.

el merito del *Hombre Dios*, y con toda la magnificencia de un Dios. El Padre Celestial lo ha prometido con juramento, en la alianza eterna que ha hecho con el hombre, por la mediacion de su Unigenito; y Jesu-Christo, sellando esta misma alianza con su propia sangre, me dá el exemplo mas admirable de la confianza y amor que debo á su Padre. El acepta voluntariamente la muerte, para darle gloria: Se entrega todo á sus manos, quando el Padre parece haberle desamparado (1), y no acaba su vida, hasta que ha visto desde la Cruz, cumplida enteramente su voluntad (2). Por

(1) Dios mio, Dios mio, porque me has desamparado. *Marc. 15. v. 34.* = Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. *Luc. 23. v. 46.* = (2) Despues de esto, sabiendo Jesus, que todas las cosas eran ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dixo: Sed tengo. Y ellos poniendo al rededor de un hysopo una esponja empapada en vinagre, se la aplicaron á la boca. Y luego que Jesus tomó el vinagre, dixo: Consumado es. E inclinando la cabeza, dió el espíritu. *Juan 19. v. 29. 30.*

este generoso sacrificio rinde á su Padre el homenaje mas glorioso que todo un Dios podia recibir en el universo; y su Padre, dandole en recompensa la mayor gloria de que podia coronar al hombre, le constituye *Pontifice eterno* (1) de un pueblo Santo, *dandole todas las Naciones por herencia* (2).

Mas, era preciso que la fé viniese á abrirnos las puertas del Santuario, para descubrirnos los decretos eternos de la Sabiduria divina, que estaban *ocultos desde el principio del mundo* (3) á los ojos de los sabios: Era preciso, que ella nos manifestase el Hijo de Dios sentado á la derecha del Padre en su mismo trono, haciendo las funciones de Pontifice, á fin de interceder por nosotros: Que nos hiciese ver el Espiritu Santo derramar sobre la tierra los dónes de luz, de fuerza, de caridad: Que nos enseñase, que el reyno del Cielo, que lo era de las tres divinas Personas, lo era tambien de los elegidos de Dios: Que era el reyno de la

(1) Ps. 109. v. 4. = (2) Ps. 2. v. 8. Philip. 2. v. 9. 10. = (3) Eph. 3. v. 9.

santidad, de la justicia, de la misericordia. ¡O fé celestial! tú *en quien están ocultos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia eterna* (1); tú que naciste en la sangre de un Dios; tú que baxaste á la tierra para la salud del mundo, ven á inflamar mi corazon, y á penetrar mi alma con los rayos de la divinidad. Ah! ¿podria yo conocerte sin adorarte, sin publicar tu triunfo, sin armarme de una justa indignacion contra aquellos que quisieran apagar tu antorcha, y sumergir el universo en las tinieblas? Que! ¿yo creeré que no hay salud sin Jesu-Christo; que los santos son las obras maestras de su misericordia, que han de formar la corte celestial, destinada á glorificarle por toda la eternidad; creeré que todos los que viven sin Jesu-Christo en este mundo, serán eternamente desdichados en el otro; y veré sin estremecerme, la heregia y la impiedad sembrar por todas partes el veneno del error, hacer perecer á mis hermanos de una muerte eterna, blasfemar contra

(1) Col. 2. v. 3.



Jesu-Christo, que es la salud del mundo esforzarse á quitarle, si fuese posible, su imperio? ¿y no levantaré la voz para rechazar sus esfuerzos, y advertir á mis hermanos? ¿no aguantaré de la mano á los que caen? ¿no lloraré su perdida, quando no habré podido salvarlos? Jesu-Christo se ha entregado á la muerte para dar testimonio á la verdad: La fé que ha establecido sobre la tierra, ha sido el precio de su sangre; y sus Discipulos, solo con el precio de su sangre tambien, nos han transmitido la fé que habian recibido. Quando pues los enemigos de Jesu-Christo se atreverán á ultrajarle, será Jesu-Christo un Dios extraño para mí? quando querrán cerrarme la boca, ¿no osaré confesar su nombre en un reyno Christiano? ¿me tendré por menos de ser contado en el numero de sus hijos? ¿me avergonzaré de su ley santa, de su cruz, del mismo Jesu-Christo? No por cierto; pues que no cree verdaderamente en Jesu-Christo, aquel que no tiene valor para confesarle delante de los hombres (1).

(1) *Math. 10. v. 32. 33. Luc. 12. v. 8. 9.*

¿Que debo pues obrar para hacerme digno de sus recompensas? Jesu-Christo no pide de mí ni talentos, ni bienes, ni alguna de las obras brillantes que chocan, que admiran, que deslumbran, que arrastran los aplausos públicos: Todo aquello es meramente gloria del hombre, y nada de ello está en su poder. Ah! ¿que sería delante de Dios toda la gloria de los hombres? El pide la rectitud del corazon, la fidelidad á su ley, la conformidad á sus decretos, tanto en el órden de una vida privada, como en el de los empleos públicos. Promete recompensar hasta el vaso de agua que se dará en su nombre (1); y él mismo me dá el exemplo de la obediencia que me ordena. Para obedecer á su Padre, pasa los treinta primeros años de su vida, en la obscuridad de una condicion privada; se entrega á los trabajos de una penosa mision; se sujeta á la muerte de la Cruz: *Yo hago, dice, todo lo que agrada à mi Padre* (2); y este retrato que en dos palabras nos

(1) *Math. 10. v. 42. = (2) Juan 8. v. 29.*

forma de sí mismo, es el grande modelo de santidad que nos propone para su imitacion.

El culto público es la expresion natural de la adoracion. Así lo habia indicado à todas las naciones la conciencia; pero ella no determinaba el ceremonial, y este no podia tener fuerza ni virtud por sí mismo. En la religion evangélica, forma el centro de nuestro culto la oblation de Jesu-Christo, que es el legislador, el pontífice, la victima santa de su pueblo, la fuente de la gracia, nuestro redentor, nuestro remunerador, nuestra esperanza, nuestra fuerza, y nuestra vida: Jesu-Christo, renovando sobre los altares, en medio de su pueblo, el sacrificio adorable que ha consumado sobre la cruz por nuestra salud; presentando à su Padre, con su propia sangre, nuestras adoraciones y homenajes, y haciendo baxar sobre nosotros las gracias del cielo, por los méritos de su misma sangre; se hace en este estado de sacrificio, el centro de reunion de todos sus hijos, de este pueblo inmenso que vemos esparcido sobre la tierra, y

en todas las naciones: Se hace la ofrenda esencial del culto solemne, á la qual todas las demas ceremonias deben conformarse: Ofrenda, que representando la muerte de Jesu-Christo, es aun viva por la inmensa caridad que le obliga á morir por nosotros, á fin de reconciliarnos con su Padre Celestial; es aun toda poderosa, para amedrentar al infierno, cerrar las puertas del abismo, y vivificar su Iglesia: Oblacion angusta, que en el homenaje que Jesu-Christo rinde continuamente á su Padre, reúne todos los homenajes que pueden las criaturas prestarle, y que solo pueden prestar por él; homenaje de adoracion, por la ofrenda de un Dios, que ha satisfecho plenamente á su justicia; homenaje de impetracion, por la ofrenda de un Dios, que todo lo ha merecido para nosotros; homenaje de acciones de gracias, por un sacrificio, cuyo precio excede infinitamente á todos los beneficios que habiamos recibido del Criador: Oblacion vivificante, que santifica todas las ceremonias del culto público, por la relacion que tienen con Jesu-Christo; que



santifica el culto de los Santos, que son la obra de su gracia, el culto de sus sagradas reliquias, que han sido los templos del Espíritu Santo, y que deben un dia participar de su gloria; que santifica los altares consagrados á su honor; que santifica su Cruz, fuente inagotable de las gracias; que santifica la señal augusta que formamos sobre nosotros, invocando el sagrado nombre de la Trinidad; que santifica, por fin, todas las prácticas piadosas y razonables, capaces de alimentar la fé, reanimar nuestra esperanza, y conservar la caridad. La sabiduria humana cree elevarse mucho, quando hace burla de la simplicidad de las prácticas santas; pero ella es en sí muy pequeña, siempre que meramente considera los objetos por lo que tienen de sensible, es decir, de sumamente pequeño; en vez que la fé, llevando los ojos al cielo, mira toda la tierra debaxo sus pies, no vé nada de grande sino á Dios, solo considera al hombre por las relaciones que tiene con su Divina Magstad, y únicamente atiende en él las disposiciones del corazon con que le

honra; la fé ennoblece por su espíritu todo lo que la misma ánima, y para decirlo así, todo lo que toca. Por ella todo es grande, porque todo es Santo por ella, porque todo por ella sirve para elevar el alma á Dios, inspirándola las virtudes celestiales, que forman su verdadera grandeza.

## ARTICULO II.

*Del segundo precepto de Jesu-Christo: Amarnos á nosotros mismos por Dios.*

Si es nuestra primera obligacion amar á Dios de todo corazon, no es menos necesario el amar soberanamente nuestra propia felicidad. Estos dos amores, de los quales el uno es indispensable, y el otro necesario, deben conciliarse en los principios de una sana moral: De otra suerte, hallándose el amor de Dios en oposicion con el amor invencible de nuestro propio bien, se haria impracticable. Pero ¿en donde se hallará esta felicidad, de la qual debemos conciliar el deseo, con el amor de Dios?

Las pasiones, que solo conocen el imperio de los sentidos, solo pueden buscar la felicidad en los bienes sensibles, en los placeres, en los honores, las riquezas, el poder, y la gloria. Pero si todos estos beneficios constituyen la felicidad del hombre, amando el hombre necesariamente su felicidad sobre todas las cosas, no le será posible amar á Dios sobre todo; y quando se verá en la precision de escoger, dará la preferencia á aquel bien, en el qual creará hallar su felicidad. Mas ¿qué será al fin esta pretendida felicidad? El solo habito de gozarla, la hace desaparecer, y dexa al hombre solo consigo mismo en el vacío del bien, en la agitacion de los remordimientos, en la confusion é inquietudes de los deseos. Entonces, envilecido por la baxeza de sus sentimientos, sin virtud para aguantar las privaciones de la vida, sin valor para sufrir sus desgracias, se hallará al mismo tiempo en oposicion con su conciencia, con Dios, consigo mismo, con su propia felicidad, y en fin con la del próximo, porque no pudiendo poseer los bienes de la tierra sino

por la exclusion de los demas hombres, le será inevitable atravesar la felicidad de los otros, para procurar la suya. De ahí nacerán los zelos, las contestaciones, odios, injusticias, y casi todos los crímenes que perturban la sociedad. El hombre solo será bienhechor para sí mismo: Su beneficencia no será mas que un egoísmo disfrazado, que mudará de forma, pero no de naturaleza, y se desvanecerá luego que haya desaparecido el interes personal. Las pasiones, pues, engañan los deseos del hombre, por la esperanza misma de la felicidad, desviando sus atenciones ácia los bienes aparentes, que no podrian hacerle feliz.

Jesu-Christo, sin imponernos un mandamiento expreso del amor de nosotros mismos, porque hubiera sido superfluo, solo nos enseña el modo con que debemos amarnos; y esto es lo que teniamos necesidad de conocer. La razon nos habia dicho, que tan solamente la virtud debia ponernos en posesion de nuestro verdadero bien. Mas, ¿qual era este bien? La fé nos responde, solo Dios; y baxo este punto de vista, volviendo á



entrar todos los deseos en el orden de la justicia, el amor propio, que nos hacia enemigos de Dios, de nosotros mismos, y de los demas hombres, porque se habia desviado de su Verdadero fin, se identifica con el amor de Dios, que es nuestro unico bien, y á quien debemos amar sobre todas las cosas, y con el amor del proximo, que el nos manda amar por respeto suyo. Desde entonces, el amor del proximo no es este amor de sensibilidad, del qual se honran los sabios de la tierra, sino esta caridad noble y generosa, producida por un principio constante de bondad y de justicia, y que no distingue el bien del proximo, del nuestro propio; caridad fundada sobre el amor que debemos á Dios, y sobre la seguridad de las recompensas, que su infinita beneficencia nos ha prometido. Desde entonces, siendo Dios para nosotros el bien supremo, y no debiendo ser los bienes de la tierra nuestro ultimo fin, hemos de poseerlos sin apego, y usarlos con moderacion: Sí; no sean pues en adelante el objeto de nuestras complacencias, ni el motivo de nuestra ambicion.

De ahí dimana toda la moral Evangelica por lo que mira á los deseos y posesion de los bienes temporales. Todo lo que mancha el alma, ó cautiva el corazon, todo lo que destruye ó debilita el amor de Dios, y nos aleja de nuestro unico bien, se hace un mal positivo, y Jesu-Christo nos lo prohíbe; lo mismo que todo aquello que pone en peligro la virtud, supuesto que nos expone á perder el amor de Dios. Entonces su ley, que al primer impetu nos habia disgustado por un cierto ayre de austeridad, respecto que incomodaba nuestras inclinaciones, se nos presenta con un caracter de santidad, de dulzura, y de sabiduria digna de su divino Legislador. Su severidad allana los caminos del cielo, quitando los obstaculos; hace mas facil la practica del bien, separando las ocasiones; previene los desordenes, sugetando las pasiones; y por lo mismo hace suave el yugo del Señor; le hace amable, por la dulzura del amor divino, á proporcion que disminuye el gusto sensible de los bienes terrenos; y entonces conocemos la necesidad de la maxíma Evangelica, que

es menester morir á sí mismo, esto es, á los sentimientos de la carne y de la sangre, que son como el alma del hombre carnal, á fin de hallar la vida (1); por que no se puede vivir con la vida del hombre carnal, sin perecer verdaderamente, perdiendo el amor de Dios, que es la vida del hombre celestial.

### ARTICULO III.

*Del tercer Precepto de Jesu-Christo:  
Amar al proximo por el amor  
de Dios.*

**L**a ley natural nos manda amar á nuestros semejantes, y hacerles bien; pero nunca faltaban pretextos al amor propio para eludir este mandamiento. Jesu-Christo, á fin de impedir nuestros errores, coloca este mismo amor propio en los intereses del proximo, y le constituye protector é interprete de los derechos sagrados que tienen sobre nosotros los demas hombres, mandandonos amarlos como á nosotros mismos. Insiguiendo esta

(1) *Math. 5. v. 23. 24.*

regla, bastará preguntar á nuestra propia conciencia, pedirnos á nosotros mismos, ¿que es lo que quisiéramos que el proximo hiciese por nosotros? y tomandola por arbitro de lo que debemos hacer, no tendremos que temer, que no hagamos bastante por él.

Entre los que deben ser el objeto de nuestro amor y de nuestra beneficencia, Jesu-Christo nos encarga expresamente aquellos que están en mayor necesidad, y para los cuales conserva mas indiferencia el amor propio: Quiere que demos de comer al que tiene hambre, de beber al que tiene sed, que vistamos al desnudo, que visitemos al enfermo, que consolemos al affigido: Nos recomienda especialmente nuestros enemigos, para quienes el amor propio nos inspira mayor repugnancia; y no solamente nos ordena perdonarlos, cuyo acto era el mayor esfuerzo de la sabiduria humana; pero, lo que es mas difícil aun, quiere tambien que los amémos, que roguemos por ellos, y que pongamos así al mismo Dios por testigo de la sinceridad de nuestro amor. Aun pasa mas adelante: Como



es menester morir á sí mismo, esto es, á los sentimientos de la carne y de la sangre, que son como el alma del hombre carnal, á fin de hallar la vida (1); por que no se puede vivir con la vida del hombre carnal, sin perecer verdaderamente, perdiendo el amor de Dios, que es la vida del hombre celestial.

### ARTICULO III.

*Del tercer Precepto de Jesu-Christo:  
Amar al proximo por el amor  
de Dios.*

**L**a ley natural nos manda amar á nuestros semejantes, y hacerles bien; pero nunca faltaban pretextos al amor propio para eludir este mandamiento. Jesu-Christo, á fin de impedir nuestros errores, coloca este mismo amor propio en los intereses del proximo, y le constituye protector é interprete de los derechos sagrados que tienen sobre nosotros los demas hombres, mandandonos amarlos como á nosotros mismos. Insiguiendo esta

(1) *Math. 5. v. 23. 24.*

regla, bastará preguntar á nuestra propia conciencia, pedirnos á nosotros mismos, ¿que es lo que quisiéramos que el proximo hiciese por nosotros? y tomandola por arbitro de lo que debemos hacer, no tendremos que temer, que no hagamos bastante por él.

Entre los que deben ser el objeto de nuestro amor y de nuestra beneficencia, Jesu-Christo nos encarga expresamente aquellos que están en mayor necesidad, y para los cuales conserva mas indiferencia el amor propio: Quiere que demos de comer al que tiene hambre, de beber al que tiene sed, que vistamos al desnudo, que visitemos al enfermo, que consolemos al affigido: Nos recomienda especialmente nuestros enemigos, para quienes el amor propio nos inspira mayor repugnancia; y no solamente nos ordena perdonarlos, cuyo acto era el mayor esfuerzo de la sabiduria humana; pero, lo que es mas difícil aun, quiere tambien que los amemos, que roguemos por ellos, y que pongamos así al mismo Dios por testigo de la sinceridad de nuestro amor. Aun pasa mas adelante: Como

el beneficio, quando vá acompañado del desprecio ó de la indiferencia, es un genero de venganza que humilla, quiere que haciendoles bien, les demos al mismo tiempo testimonios de beneficencia; que nos esforcemos á vencer sus resentimientos, por demostraciones de caridad: No nos permite acercarnos á sus altares, hasta despues de haber satisfecho el mandamiento que nos impone (1), como tributo perpetuo que debemos incesantemente pagar, y que ha de restar siempre á satisfacer; y si amamos al proximo como Jesu-Christo manda, todos los deberes de la sociedad quedarán cumplidos (2).

»La caridad, dice San Pablo, es paciente y benigna: La caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza de la iniquidad, mas se goza de la verdad, todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta (3).

(1) *Math.* 5. v. 23. 24. (2) *Rom.* 13. v. 8.  
 (3) *1. Cor.* 13. v. 4. al 7.

Pero la caridad que tiene el amor de Dios por principio, toma tambien el amor de Dios por regla, y asi como nos obliga á amar á nuestros enemigos al igual que á nosotros mismos, nos prohíbe tambien amar á nuestros amigos mas que á Dios, preferir la estimacion, ó la proteccion de los hombres, y hasta la benevolencia de aquellos que tienen los derechos mas legitimos sobre nuestro corazon, al amor inviolable que debemos á su divina Magestad; y nos advierte, que *el que ama á Padre ó á Madre mas que á Dios, no es digno de él* (1). Jesu-Christo mismo se hace aqui nuestro modelo, y en la inmensa caridad que tiene para con nosotros, hallamos el exemplo de la que nos ordena con respecto á los demás.

El nos manda amar á los hombres; y su amor para con nosotros le hace descender á la tierra á fin de salvarnos: Nos manda sobre todo amar á los que nos aborrecen; y él viene á redimir el mundo, que es su enemigo: Nos manda reconciliarnos con ellos; y él baxa hasta

(1) *Math.* 10. v. 37.



nosotros, para reconciliarnos con él: Nos manda hacer bien; y él derrama su sangre para la salud de los que se la hacen derramar: Nos encarga principalmente los pobres y los desgraciados; y él mismo se hace pobre, para enriquecernos con sus dones (1), y á los pobres dirige principalmente las palabras de su Evangelio (2). Toma sobre sí nuestras enfermedades (3), para revestirnos de su fuerza: Corre las ciudades y pueblos de la Judéa, para consolar á los desgraciados: Sana los enfermos; se aflige con los que lloran (4); y él mismo, que se habia negado á convertir las piedras en pan despues de un ayuno de quarenta dias, multiplica los panes en el desierto, para sustentar el pueblo que vé fatigado en su seguimiento. Unicamente no dará asílo sobre la tierra, por que no tiene en donde descansar su cabeza; mas él vá á dexar luego la tierra, para ir á preparar á sus hijos, una morada eterna en el cielo.

(1) Cor 8. v. 9. = (2) Luc. 4. v. 18. =  
 (3) Heb. 5. v. 2. = (4) Juan 11. v. 35.

Para él no es bastante amar á los enemigos que le persiguen, que le cubren de oprobrios, que deben llevarle á la muerte; no es bastante colmarles de beneficios: Vaticina á sus Discipulos, que serán perseguidos por su causa, y les manda expresamente amarlos á su exemplo, declarandoles, que por esta generosa caridad los reconocerá por sus verdaderos Discipulos (1). Sus Apostoles caminan fielmente sobre sus pisadas: El primer Martir de su Evangelio ruega muriendo, por aquellos que le hacen morir; y esta caridad que ha tenido origen en la sangre de un Dios, no se ha apagado despues que él mismo la dexó en su muerte, como por herencia á sus Discipulos. Asi es que los sabios predicán humanidad y beneficencia, pero que solo la caridad hace las obras.

Quando extendiendo mi vista sobre la tierra, un espectáculo lamentable se me presenta desde luego; las pasiones que dominan por todas partes, que lo pervertien y lo confunden todo; los vicios,

(1) Juan 13. v. 35.

que triunfan con audacia; los vinculos de la sangre y de la amistad, que se rompen; los principios de las costumbres y los fundamentos de la sociedad, que vacilan; la iniquidad que prevalece, y va sembrando la desolacion por todos los parages en donde logra sofocar los gritos de la religion. Pero en medio de esta escena tragica de desgracias y de crímenes, se levantan monumentos de beneficencia, como templos augustos consagrados al Dios de caridad, unos destinados á prolongar los dias de la vejez decrepita, otros á conservar los de la infancia abandonada. Allá se asiste á los enfermos, y socorre á los valetudinarios; acá se alimenta al pobre; allí se previenen las necesidades de la indigencia, habituandola á trabajos utiles.

En estos respetables asilos, que se abren á la inocencia de la niñez, ó á la seguridad de un sexó fragil, despues de haber retirado del peligro á los infelices, se forman ciudadanos estimables. Mas, en todos estos sagrados templos de beneficencia, no se invoca otro nombre, que el de Jesu-Christo, no se conoce otro, que el de la caridad; estos sagrados

edificios sólo se encuentran en los dichosos países en que el nombre del Dios de caridad es adorado; los hombres benéficos que los han establecido, los que hacen tan constantemente fluir en estos respetables asilos, las fuentes inagotables de bendiciones, para perpetuar en ellos las obras de misericordia, invocan tambien el nombre de Jesu-Christo; las sociedades benéficas que se consagran al alivio de los enfermos, é instruccion de los pobres; estos hombres compasivos que baxan al fondo de los calabozos, para suavizar las cadenas de los presos; estas almas sensibles, que van á solicitar la compasion de los ricos, y á llevar luego al indigente que se oculta, los socorros que no tiene valor de pedir por sí mismo; todos estos heroes de beneficencia, no son otros que los heroes de la caridad. Una plaga contagiosa que devora esas tristes comarcas, ha extendido por todas partes los lugubres velos de la muerte; y los moribundos invocan la commiseración publica: Pero la muerte amenaza en su misma puerta; los apologistas de la humanidad, espantados hu-



yen , y tras ellos la muchedumbre. Ay! ¿los infelices abandonados se entregarán á una horrenda desesperacion? No; hombres sensibles correrán á arrostrar la muerte entre los moribundos. Ya los veo llegar de todas partes , partir con ellos el peligro para socorrerlos; y estos heroes de beneficencia no conocen sino la caridad de un Dios , que les ha enseñado con su exemplo , á dar la vida por la salud de sus hermanos. En esas casas de luto , en que la pobreza y la humanidad sufriente han establecido su morada , veo los virtuosos Cenobitas , que despues de haberse arrancado de las dulzuras de una vida comoda , algunas veces al golpe de una fortuna brillante , vienen á fixarse en medio de los pobres , y entre la clase de pobres mas repugnante á la humanidad , y que constituídos ellos mismos pobres voluntarios , se hacen aun por gusto los servidores de los pobres. Pregunto á estas almas generosas , y todas llevando imprimido sobre su frente , el nombre sagrado de Jesu-Christo , me anuncian la caridad celestial que las anima.

Los apologistas de la humanidad , publican por todas partes , que el genero humano se halla dominado por las supersticiones , y sepultado en las tinieblas de la ignorancia. Ah ! que es lo que ellos hacen para libertarle? Peroran en las sociedades que los aplauden ; componen libros de que pueden sacar provecho : Mas , ir á catequizar al pobre en su cabaña ; trasladarse á países lexanos entre las naciones barbaras ; entregarse á una vida errante , á trabajos penosos ; exponerse á todos los peligros , para enseñar á pueblos de una naturaleza temible , á conocer y bendecir al Criador , á fin de hacerlos justos y felices ; ah ! solo la caridad de Jesu-Christo podrá jamas llegar á este grado sobrenatural de beneficencia , porque solo ella es capaz de presentar motivos bastante poderosos para hacerlo (1).

Los protectores de la humanidad liti-

(1) Se habla de la humanidad en los teatros ; se predica la caridad en los púlpitos ; pero las mugeres públicas se colocan en los pasos de los teatros , y los pobres en las

gan en Europa para la libertad de los Negros, con el objeto de convertir sus señores, que están en la America; y entretanto se enriquecen con el trafico que hacen de su servidumbre. Una politica ilustrada se ocupa de arreglar los deberes, sin trastornar el orden de las condiciones: Considera, que por un designio particular de la Providencia, la servidumbre se convierte en un bien para el esclavo, poniendole en estado de poderse ilustrar con las luces de la fé; que el esclavo es aun fisicamente mas feliz en su estado de esclavitud, que no lo era en el de su libertad (1); y que la

puertas de las iglesias. (1) Quando veo hombres que propagan por su doctrina el horroroso egoísmo; mugeres filosofas que se pasman á la vista de un cañario que está muriendo, y dexan morir de hambre el pobre que pide en su puerta; entusiasmarse de sentimientos de compasion por los esclavos de la America; rompería en risa si no me sintiese poseído de una justa indignacion contra una humanidad hipocrita, que solo declama contra la esclavitud, para descargar lo odioso sobre la religion de Jesu Christo que la toléra. Así se ca-

*In hoc  
non las  
do.*

servidumbre misma, gira aun sobre el bien de la humanidad entre las naciones barbaras, que se destruirian en sus guerras intestinas, haciendo perecer los vendidos; para que no tuviesen que temerlos jamas, si no se hallasen interesados en ahorrar su sangre, por los provechos que sacan de su servidumbre.

lumnia la religion, porque permite la esclavitud, sin embargo que no podrá ser nociva, hallandose regulada por las leyes que aquella prescribe; y al propio tiempo se la acusa de fanatismo, porque no quiere permitir sistemas subversivos de las costumbres públicas, y de todo el orden social. Ah! ; que es lo que ha producido toda la humanidad filosofica á favor de los esclavos? ; De todos los señores que violan las leyes de la humanidad, hay uno solo, me atrevo á decir, que no sea filosofo en el alma, ó por lo menos en la practica? — Los esclavos, dicen, están de tal suerte amontonados en los buques que se emplean al trafico con los negros, que la mitad de ellos mueren; y apenas han llegado en las Colonias, debaxo de un sol abrasador, que son machacados por un trabajo violento. En vez de pan solo comen cazabe, algunas batatas, y bananes. Una camisa y



La religion de Jesu-Christo hace todavia mas : Tolerando la esclavitud , suaviza el rigor , por el valor y la paciencia que predica á los esclavos , en vista de las recompensas que les promete,

” unos grandes calzones forman su vestido;  
 ” pues van desnudos de piernas , y descalzos.  
 ” ; Debe extrañarse que muchos acaben su  
 ” desgraciada vida eugullándose la lengua?  
 — , A quien podrá persuadirse que los dueños , interesados personalmente en la conservacion de sus esclavos , olviden el cuydado de su salud , aun quando los colocasen en la clase de las acémilas ? No : tienen realmente cuydado de ellos en la travesia de Africa á la America ; llegados en las Colonias , los dexan descansar para repararse de las fatigas del viage ; y antes que no los someren al trabajo ordinario , pasan seis meses. Este trabajo se limita á la cultura de las cañas de azucar , del café , indigo , algodon , y cacao. Empiezan su jornal á las seis de la mañana , lo mas temprano : Lo dexan al mediodia , para volver á tomarlo á las dos , hasta las seis. Si llueve se ocupan á la fabrica de algunas manufacturas. A la menor indisposicion quedan exentos del trabajo , y son luego visitados por el Medico que se tiene conducido. El *sol abrasador* , debaxo del qual están , es muy

y por la dulzura que inspira á los Señores , infundiendoles la caridad en el corazon : Enseña á los unos , á servir con la franqueza de hombres libres , y con la simplicidad de una conciencia recta,

ménos ardiente , que el de su clima nativo. Las batatas , bananes , y cazabe , de que se les hace el pan , son para ellos un alimento exquisito , en comparacion del que usaban en Africa , en donde se sustentaban de raizes : Tienen de otra parte , mas abundante que nuestros paysanos , el alimento mas substancial de las viandas que tenemos en Europa. Si van vestidos sencillamente , desnudos de piernas y pies , ; iban acaso mejor arrojados en el país de su origen ? ; ó tienen necesidad de mas , en los parages meridionales : Es verdad , que lo que el paysano gana en Europa , es suyo , y que el esclavo trabaja para su dueño : Pero lo que aquel gana , apenas basta paraque él y su familia no mueren de hambre , y muy á amendoles falta hasta lo mas necesario ; quando el negro recibe de su señor , para él y su familia , todo lo de primera necesidad ; y aun á demás , se le asigna en cada habitacion , una porcioncita de terreno que cultiva , y en el qual cria animales , siendo propio suyo el provecho. Se le castiga , si comete alguna falta ; y

y á los otros, á tratar á sus esclavos como á hermanos, con la generosidad de señores compasivos; y aproximando así las condiciones, sin invertirlas, hace suceder el afecto al despotismo y al temor, acostumbra al siervo y al señor á mirarse reciprocamente como á hijos de un padre comun, y algunas veces consigue abolir enteramente la servidumbre: Y la cautividad, que se halla por lo general en uso, en todos los países en que no es conocido Jesu-Christo, se encuentra hoy abolida en Europa en

quando se le hace derramar sangre, es por crímenes que en Europa merecerian la muerte. Si el castigo excede á la falta, es un delito del dueño, y la religion y la humanidad le condenan. Si el esclavo huye, es castigado, como el soldado que deserta. Si en un momento de desesperacion se dá la muerte; hombres libres en Europa se entregan á la misma barbaridad. El suicidio no es el vicio del esclavo, sino del hombre. Tengo esta relacion de un verdadero filosofo que posee colonias en America, y que habiendo vivido algun tiempo allí, tuvo lugar de examinarlo todo con imparcialidad, y exâctitud.

todos los parages en que ha propagado su espíritu la santa religion. Finalmente, por un heroísmo que solo pertenece á ella, forma hombres generosos que se trasportan donde están los esclavos, con el precio de su rescate, poniendo en riesgo su propia libertad: Los envia á fixar entre ellos su morada, con el objeto de socorrerlos, quando no pueden conseguir rescatarlos. Tanto los señores barbaros, como los esclavos feroces, violan todos las leyes de la humanidad, y llevan sin embargo el nombre de Christianos; ¿La religion que los reprueba, que los amenaza, que los castiga, que emplea todos los medios de humanar por lo ménos á esas almas atroces, sería mas responsable de sus crueldades, que de los crímenes de los otros malos Christianos que la deshonoran? ¿y estos hombres barbaros se harian mas humanos, si dexaban de creer el Evangelio?

¿Como pues tanta diferencia entre la humanidad del sabio, y la caridad del christiano? Es porque, dimanando ambas de principios distintos, son tambien animadas de espíritus diferentes: Es por-



que, la humanidad del sabio, producida por una sensibilidad natural, solo se conmueve levemente por los males que no vé, y nunca bastantemente para producir grandes esfuerzos: Es porque, esta sensibilidad se halla aun distraída, y frecuentemente sofocada por el amor exclusivo de nosotros mismos, que agota todos los recursos en pos de los placeres, y del luxo; en vez que la caridad, que es la humanidad del christiano, encuentra en la gracia de Jesu-Christo, y en los grandes objetos de la fé, una fuerza sobrenatural, que confunde nuestros propios intereses con los de nuestros hermanos, que hace ceder las necesidades del luxo y del capricho, á sus verdaderas necesidades, y economiza aun en su industria y en sus privaciones, socorros con que subvenir al indigente: Es porque, la humanidad no considera mas que al desgraciado que padece, pero la caridad vé tambien en este hombre, á Jesu-Christo que está sufriendo, é implorando para el infeliz, la misericordia que él nos ha otorgado; y respeta en el desgraciado, hasta la po-

breza y los tormentos, que le hacen mas parecido á Jesu-Christo: Es porque, la humanidad, que solo busca su recompensa en la satisfaccion de hacer el bien, ó en el aplauso de los hombres, es siempre debil, y muy á menudo impotente en sus motivos; falta del todo, siempre que le faltan estos apoyos; calla á la vista del malo que excita su indignacion, y á la del enemigo que provoca su venganza; mas la caridad, que aspira al reyno de los Cielos, segura de merecer *el perdon, perdonando* (1), y *de alcanzar misericordia, exercitándola* (2); que sabe, que *él que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará* (3), y que *cada qual será vuelto á medir con la medida con que midiere* (4); que es animada por la certidumbre de las promesas, y por la inmensidad de las recompensas, encuentra en la eficacia de sus motivos, y en la energía de la fé, una elevacion, y una fuerza capaces de emprenderlo y sufrirlo todo.

(1) Math. 6. v. 14. — (2) Math. 5. v. 7.  
 — (3) 2. Cor. 9. v. 6. — (4) Math. 7. v. 2.  
 Tom. II. 6

que, la humanidad del sabio, producida por una sensibilidad natural, solo se conmueve levemente por los males que no vé, y nunca bastantemente para producir grandes esfuerzos: Es porque, esta sensibilidad se halla aun distraída, y frecuentemente sofocada por el amor exclusivo de nosotros mismos, que agota todos los recursos en pos de los placeres, y del luxo; en vez que la caridad, que es la humanidad del christiano, encuentra en la gracia de Jesu-Christo, y en los grandes objetos de la fé, una fuerza sobrenatural, que confunde nuestros propios intereses con los de nuestros hermanos, que hace ceder las necesidades del luxo y del capricho, á sus verdaderas necesidades, y economiza aun en su industria y en sus privaciones, socorros con que subvenir al indigente: Es porque, la humanidad no considera mas que al desgraciado que padece, pero la caridad vé tambien en este hombre, á Jesu-Christo que está sufriendo, é implorando para el infeliz, la misericordia que él nos ha otorgado; y respeta en el desgraciado, hasta la po-

breza y los tormentos, que le hacen mas parecido á Jesu-Christo: Es porque, la humanidad, que solo busca su recompensa en la satisfaccion de hacer el bien, ó en el aplauso de los hombres, es siempre debil, y muy á menudo impotente en sus motivos; falta del todo, siempre que le faltan estos apoyos; calla á la vista del malo que excita su indignacion, y á la del enemigo que provoca su venganza; mas la caridad, que aspira al reyno de los Cielos, segura de merecer *el perdon, perdonando* (1), y *de alcanzar misericordia, exercitándola* (2); que sabe, que *él que siembra en bendiciones, de bendiciones tambien segará* (3), y que *cada qual será vuelto á medir con la medida con que midiere* (4); que es animada por la certidumbre de las promesas, y por la inmensidad de las recompensas, encuentra en la eficacia de sus motivos, y en la energía de la fé, una elevacion, y una fuerza capaces de emprenderlo y sufrirlo todo.

(1) Math. 6. v. 14. — (2) Math. 5. v. 7.  
 — (3) 2. Cor. 9. v. 6. — (4) Math. 7. v. 2.  
 Tom. II. 6



## CAPITULO III.

*De los principales debéres que Jesu-Christo nos prescribe con respecto al orden público.*

Jesu-Christo viniendo á traer la paz á la tierra, no solo providenció acerca el bien particular de cada uno, sino tambien el general de los pueblos, uniendo los miembros de la sociedad civil por los vínculos de la subordinacion: Estableció todos sus preceptos sobre el grande principio de la ley natural "Que siendo Dios el autor del orden, no puede violarse, sin resistir á su suprema voluntad"; descubrió este principio, le dió la mayor elevacion, y le ilustró con la mas viva luz, haciéndonos reconocer los objetos baxo un nuevo punto de vista.

## ARTICULO I.

*De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los casados y á los amigos.*

**H**emos dicho ya, que el matrimonio, siendo tan respetable en su institucion,

como en su objeto, la felicidad de esta sagrada alianza depende del espíritu que la ha de presidir; de modo que dos esposos sin costumbres no podrian dexar de hacerse infelices. Observámos tambien, que la sabiduria del Criador, y no un brutal apetito, fué la que instituyó el casamiento, para la propagacion del genero humano, utilidad de los hijos, orden y reposo de las familias y bien general de la sociedad: Que la satisfaccion de los sentidos, que formaba el unico fin del hombre carnal, era solo un medio en el orden de la creacion, para llenar los designios del Criador; y todo lo que se apartaba de las ideas de su providencia, era criminal á sus ojos. "Aquellos contra los que puede prevalecer el demonio, decia el Angel á Tobias, son los que abrazan el matrimonio de manera, que echan á Dios de sí, y de su mente.... Mas tú.... recibirás la doncella en temor del Señor, llevado mas bien del amor de tener hijos, que de la pasion, para que consigas en los hijos la bendi-

cion reservada al linage de Abrahám (1)."

Jesu-Christo elevandose todavía mas, nos descubre en la alianza del hombre con la muger, el emblema de la que él mismo ha contraído con su Iglesia (2). Baxo este punto de vista, aquella primera alianza, ya muy respetable en su origen, pero desgraciada por el hombre sensual y tereno, parece con toda la dignidad y pureza que convenian á la santidad de su autor Jesu-Christo y la Iglesia, haciendose ellos mismos modelos de los esposos.

El hombre, arrastrado por su instinto brutal á apetitos que se desviaban de su verdadero fin, pasaba seguidamente de la pasion mas desenfrenada, al desprecio mas cruel. Entonces, queriendo satisfacer la inconstancia de sus afectos, y la inquietud de sus deseos, por la pluralidad de las mugeres, y la libertad del

(1) Tob. 6. v. 16. y sig. = (1) Epn. 5. v. 32.

divorcio, se habia aun mas desviado de la intencion del Criador, llevando al seno de las familias un nuevo germen de discordia. Una nueva muger se declaraba rival de la primera, y ambas transmitian á sus hijos los sentimientos de su rivalidad. La que era repudiada, inspiraba á los suyos su despecho y su animosidad: La que le habia sucedido, vengaba por malos oficios el odio de aquella. El corazon del esposo se dividia, se entibiaba, se agriaba. Los hijos, naturalmente empeñados en las quejas de sus madres, se miraban como rivales domesticos, y la casa paterna se hacia el hogar del disturbio y de la disension.

Jesu-Christo, sin reprobar las inclinaciones del corazon humano, las modera, las dirige, las ilustra, y las sujeta á la regla de las costumbres y al bien de las familias, restituyendo el matrimonio á su unidad é indisolubilidad primitivas. El mismo se ha manifestado unico esposo de la Iglesia su unica esposa. La caridad estrecha los nudos sagrados de los dos esposos celestiales, y los hace indisolubles; la santidad forma su gloria.



Toda la hermosura de la Iglesia consiste en sus virtudes: Los esposos de la tierra deben ser santos á su exemplo, *para ser presentados como virgen pura al unico esposo Jesu-Christo* (1). "No sea el adorno de las mugeres, exterior, ó cabellera rizada, atavíos de oro, ó gala de vestidos; sino el hombre interior del corazon, en incorruptibilidad de un espíritu pacífico y modesto, que es rico delante de Dios" (2): Hagase respetar por su modestia, y por la integridad de sus costumbres. Habiendosela dado el marido por cabeza, debe honrarle por el amor, y el respeto, y *estarle sometida, lo mismo que lo está á Christo la Iglesia* (3), pero, por un amor santo y razonable, y en ninguna manera servil y desordenado (4).

El hombre, léjos de prevalerse de su superioridad, debe al contrario sopor-  
tar los defectos de su consorte, y com-

(1) 2. Cor. 11. v. 2. = (2) 1. Ped. 3. v. 3.  
4. = (3) Eph. 5. v. 22. y sig. = (4) 1. Ped. 3.  
v. 5. 6.

padecerse de su flaqueza: Debe amarla "como Christo amó á la Iglesia, y se entregó á sí mismo por ella, para santificarla, ... y presentarsela á sí mismo gloriosa, sin mancha, ni arruga, ... sino que sea santa y sin man- cilla (1): Debe vivir con ella segun ciencia, tratandola con honor, como á vaso mugeril mas flaco, y como á heredera con él de la gracia de la vida; para que no hallen estorvo sus oraciones (2) "Asi estando la muger subordinada, sin ser esclava, y usando el marido de la autoridad, sin dominar, el santo amor que santificará su alianza, les dictará sus obligaciones, y formará su recíproca felicidad, sin dexarles sentir el yugo de la dependencia.

Los tesoros de Jesu-Christo, sus gracias, los dónes de su espíritu, el poder de su ministerio, las virtudes y los trabajos de los Santos, su religion, su doctrina, son como bienes comunes en su Iglesia (3). Los dos Esposos celestia-

(1) Eph. 5. v. 25. y sig. = (2) 1. Ped. 3. v. 7.  
(3) Porque todas las cosas son vuestras; sca

les se reúnen en el mismo espíritu, para conservarlos; concurren juntos á la propagacion, á la salud, y á la felicidad de sus hijos; la Iglesia, por su vigilancia, su cuidado, y la sábia distribucion de los bienes de que es depositaria; Jesu-Christo, ilustrandola con sus luces, asistiendola con su gracia, protegiendola con una especial providencia, y dando á todos la vida de la gracia. Es siempre uno mismo el espíritu, una la ley, uno el objeto, una la herencia, y una la morada. La concordia y la paz, la felicidad y la abundancia, reynan con la confianza y la caridad, en esta familia santa, por la subordinacion de los hijos á la madre, y de la madre al esposo. Su union es inalterable, porque su espíritu no varia; y todos aquellos que siembran la discordia entre los hijos, son echados fuera la casa del padre de familias.

---

Pablo, sea Apolo, sea Cephás, sea mundo, sea vida, sea muerte, sean presentes, sean por venir: Todo es vuestro; y vosotros de Christo; y Christo de Dios. 1. Cor. 3. v. 22. 23.

Conformandose á este divino modelo el marido y la muger, juntarán sus miras, sus cuidados, y consejos, para la educacion de sus hijos, y la administracion de sus bienes, cada qual á medida del poder que ha recibido, y hallarán en el cumplimiento de sus deberes, en el respeto, en la estimacion y las condescendencias de un amor recíproco y bien ordenado, en las dulzuras de una sociedad pacífica, en la honestidad, y la subordinacion de una familia religiosa, valor para la virtud, socorros y consuelos para llevar y santificar las penas de la vida, y todas las ventajas que el Criador se ha propuesto en la institucion de su alianza.

Es cierto que Jesu-Christo no señala deberes particulares á la amistad; pero hace todavía mas, y por un carácter de grandeza y de santidad, que diviniza su ley, transforma la amistad misma en una virtud eminente, que abraza todas las calidades, todos los deberes, todos los beneficios, en un grado de excelencia, que sobrepaja infinitamente á todo lo que el heroísmo de la



amistad habria podido imaginar de mas generoso. En su religion la amistad se vuelve caridad; ; Virtud divina, que puede llamarse amistad de Dios, y la qual sacando su origen del Padre eterno, se ha derramado sobre la tierra por Jesu-Christo, para perpetuarse en su Iglesia, santificar sus hijos, y propagar todas las virtudes! ; Virtud inmortal, que subsistirá en el Cielo despues que la fé y la esperanza habrán desaparecido, para reynar como Soberana, con este imperio eminente, que será el del mismo Jesu-Christo.

Ah! ¿que es en efecto la pasion de la amistad, sus cuidados, sus solitudes, sus complacencias, su discrecion, su fidelidad, comparado todo con esta caridad viva, ardiente, desinteresada, que no se disgusta ni se exaspera, que se aflige con los afligidos, se alegra con los alegres (1), y participa por los sen-

(1) Gozáos con los que os gozan: llorád con los que lloran: sintiendo entre vosotros una misma cosa, *Rom. 12. v. 15. 16.*

timientos de la compasion, de los males que vé en los demás hombres (1)? ¿Quién es el que quisiere *ser anathema por amor de sus hermanos* (2)? ¿Quién es el que se dá todo á todos, á fin de *ganarlos todos para Christo* (3)? ¿Quién es el que no deseando ni sus bienes, ni su favor, ni su estimacion, ni aun su benevolencia, se halla pronto á sacrificarlo todo, para hacerlos á todos felices (4)? ; O caridad celestial, que poniendo á Jesu-Christo sobre todo, y obrando solo para él, únicamente ama á los hombres por él, les niega todo quanto puede serles nocivo, les otorga todo lo que les puede ser útil, y consagra enteramente el hombre, sus trabajos, su descanso, su fortuna, su vida

(1) ¿Quién enferma, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me abrazo? *2. Cor. 11. v. 29.* = (2) *Rom. 9. v. 3.* = (3) *Phil. 3. v. 8.* = (4) No busco vuestras cosas, sino á vosotros: Pues no deben los hijos atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. Y yo de muy buena gana daré lo mio, y me daré á mí mismo por vuestras almas. *2. Cor. 12. v. 14. 15.*

misma, á la salud de sus hermanos; como un bien que les pertenece á todos. Si; todas las cosas son vuestras; sea Pablo, sea Apolo, sea Cephas; sea mundo; sea vida, sea muerte; sean presentes, sean por venir: todo es vuestro; y vosotros de Christo, y Christo de Dios (1)

Los frutos de esta amistad, verdaderamente divina, no son tan solo los socorros, y los consuelos de una vida fragil y pasagera; la caridad los produce, los asegura, los multiplica, pero no se pára en ellos: Presenta bienes mas reales y duraderos, la santidad del hombre, la perfeccion del hombre, la verdadera felicidad del hombre, y no se detiene sino en donde encuentra la dicha interminable, bajo el imperio de Dios. Ya no es la conformidad de los gustos, de las edades, de las condiciones, la que forma los nudos de esta amistad celestial: Ya no son las miras de una satisfaccion puramente humana, las que la deciden. Ya no es esta amistad que alimentandose de

(1) Cor. 3. v. 22. 23.

su propia sensibilidad, excluye al hombre vicioso, al incómodo, al inútil, para encerrarse en un pequeño círculo de amigos. La caridad que toma la semejanza de Jesu-Christo, imita su grandeza, su excelencia, su inmensidad: Comprehende á todos los hombres, y hace amigo de todos al que la posee; amigo del hombre caprichoso y displaciente, del qual toléra los defectos; amigo del hombre malo, al qual quisiera hacer mejor; amigo del enemigo, de quien procura vencer el odio; amigo del bárbaro, y del desconocido, porque desea sinceramente el bien de todos. ¡Virtud celestial, que vive, no de una sensibilidad natural, tan débil é inconstante, como el corazon humano que la produce, pero sí de este Espiritu divino, eterno, é inmutable, de quien saca su fuerza, y su dignidad! Independiente de la inestabilidad de los sentimientos, y de la variacion de las circunstancias, se apoya en las promesas solemnes que le han sido hechas, en las grandes verdades que le están reveladas, y se eleva sobre ellas en el



cielo, como sobre una base inmovible, que los vientos ni las tempestades no podrán jamás derribar.

¡ O vosotros que pedís amigos, y os lamentais tal vez de no haberlos hallado! buscadlos, no en las sociedades formadas por el interés, la vanidad, el amor de los placeres, y la ociosidad, sino en la religion de Jesu-Christo, y estad seguros, de que allí en donde encontraréis verdaderos Christianos, hallaréis así mismo verdaderos amigos. Jesu-Christo, el verdadero amigo de los hombres, el amigo de todos, ha dado por todos la vida. ¿Podía amar mas aquel, que siendo Dios, amaba á los hombres por bondad y por misericordia? El ha tomado nuestras enfermedades, á fin de experimentar tambien la sensibilidad de la amistad y de la compasion, que no podía probar como á Dios (1): Ha esco-

(1) No tenemos un Pontífice, que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentado en todas cosas á semejanza nuestra, excepto el pecado... Porque todo Pontífice tomado de entre los hombres

gido amigos entre los hombres, les ha dado este título; los ha favorecido con gracias especiales, por una predileccion particular de esta amistad juntamente sensible y divina: *No os llamaré yo siervos, . . . Mas os he llamado amigos: porque os he hecho conocer todas las cosas, que he oído de mi Padre* (1): El se dexa llevar de las dulces mociones de la amistad; se turba, derrama lágrimas sobre el sepulcro de Lázaro, á quien honra con el nombre de amigo (2). Se entenece con sus Discipulos, quando se halla en el punto de haberse de separar; los dexa solos en medio de las persecuciones y angustias, y ofrece anticipadamente la sangre que va á derramar, para implorar á favor de ellos la proteccion del Padre celestial. No pide que sean libres del doloroso sacrificio que les está reservado, porque esto hubiera si-

es puesto á favor de los hombres, . . . el qual se pueda condoler de aquellos que ignoran, y yerran: por quanto él tambien está cercado de enfermedad. *Heb. 4. v. 15. c. 5. v. 1. 2.* (1) *Juan. 15. v. 15.* (2) *Juan 11. v. 11. 35. 36.*

do quitarles la gloria de un triunfo, mas sí, que sean reunidos á él en un mismo reyno. » Padre . . . he manifestado » tu nombre á los hombres que me diste » del mundo : . . . No ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque tuyos son . . . Y yá no estoy en » el mundo, mas estos están en el mundo, y yo voy á tí: Padre santo, guarda por tu nombre á aquellos que me » diste; para que sean una cosa, como » tambien nosotros. Mientras que yo estaba con ellos, los guardaba en tu » nombre . . . Mas ahora voy á tí, y » hablo esto en el mundo, para que » tengan mi gozo cumplido en sí mismos. Yo les dí tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no son del » mundo . . . No te ruego, que los quites del mundo, sino que los guardes » de mal . . . Santificalos con tu verdad . . . Como tú me enviaste al mundo, tambien yo los he enviado á él. » Y por ellos yo me santifico á mí mismo; para que ellos sean tambien santificados en verdad. Mas no ruego tan » solamente por ellos, sino tambien por

» los que han de creer en mí por la » palabra de ellos: para que sean todos una cosa, así como tú, Padre, » en mí, y yo en tí: Yo les he dado » la gloria, que tú me diste: para » que sean una cosa, como tambien » nosotros somos una cosa . . . y que » conozca el mundo, que tú me has » enviado, y que los has amado, como tambien me amaste á mí. Padre, » quiero que aquellos, que tú me diste, estén conmigo en donde yo estoy: para que vean mi gloria que » tú me diste; porque me has amado » antes del establecimiento del mundo. » Padre justo, el mundo no te ha conocido: mas yo . . . les hice conocer tu nombre, y se lo haré conocer; para que el amor con que me » has amado, esté en ellos, y yo en » ellos (1)». ; O lenguaje sublime de una amistad verdaderamente divina ! Mas el amor sagrado que predomina sobre todas las afecciones de la

(1) Juan. 17. v. 6. y sig.



santa humanidad de Jesu-Christo , arregla solo la distribucion de sus gracias. El declara , que no le pertenece á él , sino á su Padre , conferir los primeros lugares de su reyno (1); y conforme á la voluntad de su Padre , sinembargo la predileccion por los hijos del Zebedeo , dá á Pedro , y no al Discipulo querido , la primacia de la jurisdiccion de su Iglesia (2).

#### ARTICULO II.

*De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los padres , y madres , y á los hijos.*

**L**a ternura paternal solo se ocupa de la felicidad actual de los hijos , quando tan solamente los considera en el orden de las cosas sensibles. La ley de Jesu-Christo , de acuerdo con los sentimientos de la naturaleza , porque está siempre conforme con las miras del Criador,

(1) *Math.* 20. v. 23. = (2) *Math.* 16. v. 18.

se eleva mucho mas; y como tiene todas sus relaciones con el reyno de Jesu-Christo , se aplica principalmente á formar ciudadanos para el cielo , y dirige todas sus miras , y todos los deberes de la ternura paternal , á este último fin , en que descansa la verdadera felicidad. El candor de los niños que es conseqüente de la inocencia , atrae las tiernas predilecciones de Jesu-Christo: El los llama cerca de sí , quando los Apostoles los apartan; los bendice , se los propone á ellos por modelo : *Si no os volviereis, les dice, é hiciereis como niños, no entraréis en el reyno de los cielos* (1). Les enseña , que estos niños , que parecen ocupar el ultimo lugar entre los hombres , tienen un orden distinguido entre los hijos de Dios ; que están confiados á la guarda de los Angeles que ven la cara de su Padre , que está en los cielos (2): *Y el que escandalizáre , dice , á uno de estos pequeñitos , que en mí creen , mejor le fuera que colgasen á su cuello una piedra de molino de asno,*

(1) *Math.* 18. v. 2. 3. = (2) *Math.* 18. v. 10.

y le anegasen en el profundo de la mar (1). Los padres que son los Angeles visibles de sus hijos en la tierra, deben, á exemplo de los Espiritus celestiales, velar solícitamente sobre un deposito tan sagrado; ¡y desgraciados de ellos, si descuidasen conservar su inocencia, si no fuesen diligentes en apartar todo lo que puede dañarlos, si dexaban en peligro sus indiscreciones! ¡pero mas desgraciados aun, si ellos mismos fuesen sus primeros corruptores, por sus lecciones, ó exemplos!

Jesu-Christo, como criador, y como redentor, ha llenado él mismo las funciones del mas tierno de todos los padres. Como criador, lo ha preparado todo desde el principio, para el momento en que habíamos de parecer en el mundo: Ha señalado el lugar que debíamos ocupar; y desde que hemos empezado á existir, no ha separado su vista de nosotros. Todos los elementos guiados por su mano benéfica, como otros tantoshabiles artistas en un vasto

(1) *Matb.* 18. v. 6.

tallér, ocupados por sus ordenes de nuestra existencia, no han cesado de obrar, de combinarse, de arreglarse al rededor de nosotros, para ocurrir á nuestras necesidades. La naturaleza se ha enriquecido, y nos ha prodigado sus tesoros: Cada estacion viene á ofrecernos su tributo. Nuestras necesidades se renuevan todos los dias, y cada dia tambien su providencia derrama sus riquezas sobre la tierra con una profusion siempre superior á nuestras necesidades. Aun mientras que nosotros dormimos, ella vela por nosotros, lo provee todo, lo arregla todo, obra en todo, sin que jamas la continuacion de los socorros fatigue su inmensa bondad, ni nuestra ingratitud suspenda el curso de sus beneficios.

Pero, ¿ que son todos los dónes de la naturaleza, en comparacion de los tesoros que son el fruto de nuestra redencion? Hemos ya recibido con la existencia todos los bienes necesarios á nuestra conservacion. Mas en el orden de una nueva creacion, Jesu-Christo como redentor, nos dá tambien, con



una segunda vida, todas las prerrogativas de hijos de Dios; nos promete su asistencia para hacernos dignos de nuestros grandes destinos; nos pone, en fin, en los brazos de su Iglesia, como un depósito sagrado, del qual ella debe un día rendirle cuenta. Animada de su espíritu esta tierna madre, nos intruye de las verdades sublimes, que ilustran y ennoblecen el alma: Inculca en nuestro corazón las máximas santas, que deben guiarnos en el curso de la vida presente: Nos abre todos los días los tesoros de la divina misericordia, para purificarnos, confirmarnos en su gracia, fortalecernos contra los enemigos de la salvación, animarnos, y consolarnos: Siempre invariable en su ley, habla en todos tiempos, en todas las edades, y en todos los pueblos, el mismo idioma: Extiende con igualdad sobre todas las condiciones, los cuidados de la ternura maternal, compadeciéndose de nuestras enfermedades, sin relaxarse jamás en la pureza de sus máximas; permitiendo por una sabia condescendencia los placeres inocentes, que suavizan las amarguras de

la vida y la austeridad del debér, sin tolerar las diversiones peligrosas; y prohibiendo con una inflexible severidad los deleytes criminales.

Estas son las lecciones que Jesu-Christo dá al amor paternal. En conformidad á ellas, una ternura bien ordenada se dirigirá siempre al verdadero bien de los hijos; los doblará temprano á la regla de su debér; los acostumbrará á las privaciones, á fin de reprimir la inquietud de sus deseos; no temerá entristecerlos, para corregirlos; moderará la corrección, con la mira de no irritarlos (1) ni hacerlos pusilánimes (2), y no mandará jamás sino con justicia.

Jesu-Christo se entrega él mismo á la muerte por nuestro amor; nos ama únicamente para hacernos dignos de él; y solo quiere hacernos dignos de él, para constituirnos partícipes de su reyno. Si nos impone leyes, ayuda nuestra fla-

(1) Padres, no provoquéis á ira á vuestros hijos *Eph. 6. v. 4.* — (2) No provoquéis á ira á vuestros hijos, para que no se hagan de ánimo apocado. *Col. 3. v. 21.*

queza, y nos dá siempre capacidad de cumplir con lo que nos manda: Si nos affige, es con el objeto de corregirnos; y si nos corrige, nunca se cansa de suportarnos. Affigiendonos, se nos presenta para consolarnos. Quando nos prescribe privaciones, es para recompensarlas; quando coarta nuestra libertad, es para evitar nuestras desgracias. En todas las situaciones, nos dá siempre medios de hacernos las penas útiles; y si tenemos valor para obedecerle, no tendrán los hombres potestad para dañarnos.

Quiere que los padres perdonen sus hijos, quando estos se arrepienten; que olviden sus prodigalidades, quando en lugar de los bienes que han dissipado, vuelven á su presencia con la virtud que habian perdido; y él mismo nos abre el seno de su misericordia, quando le hemos agraviado. Nos llama á él por remordimientos secretos, y tiernas quejas; y el culpado que se arrepiente, ya ha obtenido su gracia. El padre del hijo prodigo corre á él, le abraza, le rocía con sus lagrimas, y lejos de prorum-

pir en reprehensiones, se presenta lleno de transportes de alegría, y de demostraciones de ternura (1).

Los padres dexan al morir sus títulos y sus fortunas á sus hijos; y Jesu-Christo se sacrifica él mismo á la muerte, para hacernos coherederos de su reyno, con el glorioso título de hijos de Dios. Aun despues de su muerte, se dá á nosotros para darnos la vida; y su cuerpo y sangre preciosa son la herencia que nos dexa por el testamento solemne que hace muriendo, y que debe perpetuar hasta á la fin de los siglos, el augusto título de nuestra filiacion divina, con el memorial sagrado de su pasion y amor (2).

Los debéres de respeto, de obediencia, y de amor, que la ley natural prescribía ácia los padres, habian sido renovados en la ley de Moysés (3), por

(1) *Luc. 15. v. 20. y sig.* = (2) Esto haced en memoria de mí. *Luc. 22. v. 19.*  
= (3) Honra al padre y á la madre. Y quien maldixere al padre, ó á la madre, muera de muerte. *Math. 15. v. 4. Exod. 20. v. 12.*



un mandamiento expreso, que incluía la obligación de socorrerlos en la indigencia. Mas los Fariseos desnaturalizaban el precepto, autorizando á los hijos para ofrecer al altar lo que debían al amor filial. Jesu-Christo reprueba una doctrina, que baxo el pretexto de honrar á Dios con un amor de preferencia, ultraja su bondad suprema, por la infracción de su ley (1): Nos enseña, que el unico modo de tributar á Dios el homenaje de los bienes que nos ha dado, es aplicarlos al destino para el qual los hemos recibido; y nos declara, que su Padre celestial no aceptará en manera alguna las ofrendas que serán hechas en perjuizio de los derechos paternales (2). Pero al mismo tiempo nos advierte, que *el que ama á padre, ó á madre, mas que á él, no será digno de él* (3): Y es en este sentido que nos manda aborrecer padre, madre, muger, hijos, hermanos, hermanas, nuestra vida misma, es decir, renunciar á todo, antes que fal-

(1) *Math.* 15. v. 5. y sig. = (2) *Ibid.*  
= (3) *Math.* 10. v. 37.

tar al amor que le debemos, si queremos ser sus discipulos (1). El mismo baxa del cielo, para hacer la voluntad de su Padre celestial; y conforme á ella, está sujeto á su santa Madre, y á S. Joseph (2), que exercen por lo tocante á él, los derechos de la paternidad divina. No sabemos mas de su infancia, que su docilidad y sumision, que son las principales virtudes que ha recomendado en esta edad: Pero quando su Padre celestial manda, todos los sentimientos de la ternura filial ceden á su voz. A los doze años se desaparece de sus padres, para ir á principiar en el templo el ministerio de su apostolado; y solo responde á sus lamentos advirtiendoles, que él se debe enteramente al desempeño de su divina mision (3). Si en las bodas del Caná convierte el agua en vino para condescender á la suplica de su santissima Madre, la hace conocer, que no es la ternura filial, pero sí las disposiciones superiores de su eterno Padre, que deben

(1) *Luc.* 14. v. 26. = (2) *Luc.* 2. v. 51. = (3) *Luc.* 2. v. 49.

arreglar el ejercicio de su omnipotencia (1). *Su Madre y sus hermanos quieren hablarle*: Ah! ¡que madre fué mas digna del respeto y ternura filial! Pero ocupado de las sagradas funciones de un ministerio divino, hace callar todos los sentimientos de la naturaleza: *Ved aquí, dize, extendiendo la mano ácia sus Discipulos, ved aquí mi madre, y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos; ese es mi hermano, hermana, y madre* (2). Sin embargo, si la ternura filial se calla quando el Padre manda, tiempo vendrá en que ella gozará de todo su imperio; y en este momento de tanto tiempo esperado, y deseado de tanto tiempo, en que Jesu-Christo, aspirando en los suplicios, para consumir la obra de la redencion de los hombres, hará desde la cruz el sacrificio de su vida al Padre celestial, hará así mismo un testamento particular, que será el ultimo, para dar á su santa Madre un

(1) Juan 2. v. 4. = (2) Math. 12. v. 46. 49. 50.

hijo adoptivo en la persona del Discipulo querido, encargado de cumplir con ella los sagrados debéres de respeto y amor, en el nombre de un Hijo que vá á morir por ella (1).

### ARTICULO III.

*De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los Soberanos y á los Vasallos, á los Amos, y á los Criados.*

**S**i meramente considerasemos la brillantez que circuye el trono, y la dominacion que exercen los Soberanos, diriamos sin duda que el mundo existe solo por ellos. La razon, por lo contrario les enseñaba, que la Providencia los habia instituído no mas que para la felicidad de los pueblos; que el ejercicio de su soberanía debia unicamente dirigirse al bien publico; y que la extension de su poder era la medida rigurosa de sus obligaciones.

(1) Juan 19. v. 26.



arreglar el ejercicio de su omnipotencia (1). *Su Madre y sus hermanos quieren hablarle*: Ah! ¡que madre fué mas digna del respeto y ternura filial! Pero ocupado de las sagradas funciones de un ministerio divino, hace callar todos los sentimientos de la naturaleza: *Ved aquí, dize, extendiendo la mano ácia sus Discipulos, ved aquí mi madre, y mis hermanos. Porque todo aquel que hiciere la voluntad de mi Padre que está en los cielos; ese es mi hermano, hermana, y madre* (2). Sin embargo, si la ternura filial se calla quando el Padre manda, tiempo vendrá en que ella gozará de todo su imperio; y en este momento de tanto tiempo esperado, y deseado de tanto tiempo, en que Jesu-Christo, espirando en los suplicios, para consumir la obra de la redencion de los hombres, hará desde la cruz el sacrificio de su vida al Padre celestial, hará así mismo un testamento particular, que será el ultimo, para dar á su santa Madre un

(1) Juan 2. v. 4. = (2) Math. 12. v. 46. 49. 50.

hijo adoptivo en la persona del Discipulo querido, encargado de cumplir con ella los sagrados debéres de respeto y amor, en el nombre de un Hijo que vá á morir por ella (1).

### ARTICULO III.

*De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los Soberanos y á los Vasallos, á los Amos, y á los Criados.*

**S**i meramente considerasemos la brillantez que circuye el trono, y la dominacion que exercen los Soberanos, diriamos sin duda que el mundo existe solo por ellos. La razon, por lo contrario les enseñaba, que la Providencia los habia instituído no mas que para la felicidad de los pueblos; que el ejercicio de su soberanía debia unicamente dirigirse al bien publico; y que la extension de su poder era la medida rigurosa de sus obligaciones.

(1) Juan 19. v. 26.

Mas con la antorcha de le fé vemos un nuevo orden de cosas, en que los Monarcas mismos, los pueblos, los imperios, y el mundo entero, baxo el imperio de Jesu-Christo, existen solamente para formarle un reyno, en que Dios arregla los destinos de las naciones, y las mudanzas de los siglos, para glorificar á aquel que ha sido como la nada en los reynos del mundo, y para santificar sus elegidos que deben componer este reyno, y que son los mas, ó desconocidos en el mundo, ó perseguidos por él. Asi en medio del caos y tumulto de las pasiones, quando la injusticia, la ambicion, y la fuerza parecen dominar sobre la tierra, destruir, ó levantar por sí solas las grandes monarquías, se manifiesta un Señor soberano, mas poderoso que los Reyes del mundo, que determina el origen y la caída de los imperios, conforme á las ideas de misericordia que tiene sobre un pueblo obscuro, cuyo destino parece confundirse con el de los otros pueblos, pero que estando especialmente baxo la proteccion de su providencia, es el solo por quien el so-

berano Señor de los Reyes, forma y destruye los reynos, porque es el solo pueblo adorador del verdadero Dios.

La ley natural enseñaba á los Señores del mundo á ser justos y humanos, porque su poder dimanaba de un Señor supremo, que era el Dios de la justicia. En el orden de la religion, sus vasallos son tambien sus hermanos. Jesu-Christo les manda amarlos, y respetarlos, como una porcion de su reyno, rescatada con su propia sangre; como un deposito sagrado del qual ellos se han constituido responsables, y cuya pérdida será castigada á proporcion del precio que há costado. La tierra en que exercen su dominacion, no es mas que una sombra que se pasa: Una nueva tierra, y nuevos cielos vendrán á sucederle: Allí solo existirá un Rey, que será Jesu-Christo; solo un imperio, que será el suyo, fundado en la inmutabilidad y eternidad del mismo Dios: Allí sentadas sobre un mismo trono la justicia y la verdad, arrancarán los velos brillantes de las grandezas humanas, que cubrían los grandes crímenes: El hombre se ha-



llará solo con la ley de Dios y su conciencia. Baxo este punto de vista, la escena se muda; los justos son tan solamente los *Reyes* (1); y entre estos *Reyes*, *no muchos sábios segun la carne, no muchos poderosos, no muchos nobles* (2). Dios ha reservado sus predilecciones para aquellos que eran insensatos; *Dios escogió las cosas locas del mundo, para confundir á los sábios; y las cosas flacas del mundo, para confundir las fuertes; y las cosas viles y despreciables, y aquellas que no son, para destruir las que son* (3); y su gloria permanecerá eternamente, como la justicia y la verdad.

Estas grandes lecciones sean el primer código de los Señores del mundo; ellas los humillarán, é imprimirán en su alma justicia, bondad, y clemencia, junto con el amor del deber; y la soberanía misma será á sus ojos un mero título de servidumbre con respecto á los pueblos que les están subordinados.

(1) *Apoc. 1. v. 6.* = (2) *1. Cor. 1. v. 26.*  
= (3) *Ibid. v. 27. 28.*

Jesu-Christo, que al entrar en el mundo recibe el título de Rey, solo viene para salvarle; y muriendo por la salud de los hombres, pone el sello á su Real dignidad divina, y adquiere el derecho de reynar sobre todas las naciones. El mismo declara, que ha venido, *no para ser servido, sino para servir* (1); junta á las lecciones el exemplo, baxandose hasta lavar los pies á sus Discipulos; y esta leccion de humildad es en las miras de su infinita sabiduría, tan indispensablemente vinculada con su divina Real dignidad, como que amenaza al Gefe de su Iglesia, que al pronto se resiste á darle á lavar sus pies, que le excluirá de su reyno si persiste en desobedecerle: Dirigiendo seguidamente la palabra á sus Apostoles, les dice: "Vosotros me llamais Maestro, y Señor; y bien decís; porque lo soy. Pues si yo el Señor y Maestro, os he lavado los pies; vosotros tambien debéis lavar los pies los unos á los otros. Porque exemplo os he dado, para que como yo he hecho

(1) *Math. 20. v. 26.*

„á vosotros, vosotros tambien hagais.  
 „En verdad, en verdad os digo: El  
 „siervo no es mayor que su Señor; ni el  
 „enviado es mayor, que aquel que le  
 „envió. Si esto sabeis, bienaventurados  
 „seréis si lo hicieris (1).”

Aunque esta instruccion se dirige principalmente á los Ministros de la Religion, debe sin embargo aplicarse á los Ministros de la potestad civil, pues que el poder, derivando todo de un mismo origen, ha de dirigirse tambien por el mismo espiritu. Los Principes Christianos rinden un homenaje solemne á esta divina maxîma, quando imitando al Rey de los Reyes en aquella religiosa ceremonia, la Iglesia les repite la misma leccion que Jesu-Christo habia dado á sus Discipulos.

Pero, estas maxîmas ¿no degradarán la magestad del Soberano, humillandole á los pies de los Pontifices? Muy al contrario; le imprimirán un nuevo carácter de grandeza, consagrando su augusta persona con el sello de la religion;

(1) Juan 13. v. 13. al 17.

pues que por lo mismo que los Soberanos, como Ministros de la Divinidad, son los servidores de sus pueblos, para protegerlos; son tambien, como representantes de la Divinidad, los Ministros de su poder, para mandarlos. Sus personas y sus derechos, estando baxo su especial proteccion, serán constantemente respetados, mientras que la religion de Jesu-Christo será garante de su soberanía; y nunca reynarán con mayor gloria y seguridad, que quando harán reynar con ellos la religion, y las virtudes que esta prescribe. Entonces los vasallos no verán en el poder que los domina, un despotismo odioso, que pesa sobre ellos, para disponer arbitrariamente de su fortuna y de su vida, sino un poder paternal que asegura su felicidad: No serán sugetados como á esclavos, por el terror de las penas; sino sometidos como hijos de Dios, por un principio de amor: Obedecerán, no por el deseo de agradar á los hombres, algunas veces engañandolos, y casi siempre sin amarlos; sino por el temor de desagradar á Dios, que lee en el fondo del cora-



zon (1). Entonces el esclavo se hará libre, por la elevación de los sentimientos que le tendrán baxo la dependencia; y su libertad será el mayor garante de su fidelidad, porque le hará amar la obediencia, teniéndole inviolablemente atado á la ley de Dios: La fuerza puede obligarle; pero la religion sola puede darle voluntad. El Cristiano sabe, que obedeciendo á los hombres, obedece al soberano Señor de los Reyes; que su suerte no depende de la voluntad de los señores que pueden ser injustos, sino de la de aquel, que siendo soberanamente equitativo, reyna sobre todos, mira con complacencia á los humildes de corazon, y desecha con indignacion al soberbio. Instruído así en la escuela de Jesu-Christo, estará sometido tambien á los señores duros y de recia condicion (2): Su mal tratamiento, lejos de excitarle á la rebelion, ó á murmuraciones, revivirán

(1) Ephes. 6. v. 5. 6. 7. Col. 3. v. 22. 23. 24. 1. Ped. 2. v. 13. y sig. = (2) 1. Pedr. 2. v. 18.

su fé, y darán un nuevo esplendor á su fidelidad, considerando "que es gracia "si alguno por respecto á Dios sufre molestias, padeciendo injustamente... Pues "para esto fuimos llamados; puesto que "Christo padeció tambien por nosotros, "dexandonos exemplo para que sigamos sus pisadas. El que no hizo pecado, ni fué hallado engaño en su boca: "El mismo llevó nuestros pecados en su "cuerpo sobre el madero; para que muertos á los pecados, vivamos á la justicia (1)."

La historia misma atestigua el poderoso influxo de la religion de Jesu-Christo sobre la felicidad de los Reyes y de los pueblos. No hay nacion en que los Soberanos reynen con mas despotismo y menos seguridad, que aquellas en donde Jesu-Christo es todavía desconocido: Por lo contrario, á pesar de las infracciones de la ley Christiana, á pesar de los abusos que se pueden cometer para hacerla cómplice de la ambicion, no hay país en el mundo, en que sean

(1) Ibid. v. 19. y sig.

mas fielmente observados los derechos de la sucesion, menos freqüentes las revoluciones, mas sábio, feliz, y tranquilo el gobierno, que aquellos en donde Jesu-Christo es adorado como á Rey de los Reyes, y segun que su ley es mejor observada. Despues que la Cabeza de la Iglesia ascendió al trono de los Césares, Roma, antes agitada por las turbulencias y las disensiones, Roma, que tan á menudo habia mudado de Señor, tomó un género de consistencia, que la distinguió de todas las demás Monarquías del mundo; y despues de cerca diez siglos que los Soberanos Pontífices empezaron á reynar, era la sola Monarquía en que el orden de la sucesion no se habia jamás interrumpido: No habia imperio en que los vasallos fuesen gobernados con mas dulzura, ni en que tuviesen mayor inclinacion á sus Soberanos.

Jesu-Christo, que como Señor supremo, prescribe por su exemplo la dulzura, la justicia, la humanidad y la beneficencia, á los Reyes de la tierra, parece en ella baxo la forma de servidor,

para dár á los vāsалlos lecciones de respeto, de fidelidad y obediencia ácia los Señores del mundo. Les manda honrarlos, y obra un milagro ( el único que ha hecho á su favor ), para pagar él mismo, junto con la Cabeza de su Iglesia, la *dracma* (a) que habia de ser por ellos la señal solemne de su sumision y obediencia. Reprehende á S. Pedro por haber sacado la espada contra los Ministros de la autoridad pública, quando estos pusieron la mano sobre su sagrada persona. El, que podía con una sola palabra destruir sus enemigos, se entrega á sus manos, obedece la sentencia que le condena, y se sujeta á los verdugos que le crucifican: Porque vé en la obediencia que presta á los hombres, la obediencia que al entrar en el mundo ha consagrado á su Padre celestial (1); y por esta misma obediencia que le inmola sobre la cruz, parece mas grande aún que por la gloria que hace

(a) Moneda griega de plata equivalente al denario, que tuvo uso tambien entre los Romanos. = (1) Ps. 39. v. 8. 9.



resplandecer sobre el Thabor, puesto que rinde á su Padre el mayor y mas glorioso de todos los sacrificios, y su Padre le dá en recompensa el imperio de todo el universo (1). Sus Discipulos han vivido con el mismo espíritu despues de él; y jamás los Emperadores paganos han tenido vasallos mas fieles, que los Christianos mismos á quienes han perseguido.

Asi es, que por una disposicion admirable de su infinita sabiduría, Jesu-Christo presenta en su persona á todas las clases de gentes, el modelo de todas las virtudes, y les manifiesta los deberes propios de todos los estados.

(1) *Phil. 2. v. 8. y sig.*

CAPITULO IV.

*De las tres virtudes que sirven de fundamento á la moral de Jesu-Christo, opuestas á las tres pasiones que son el origen de todos los vicios.*

**H**emos visto que el hombre carnal, ceñido á buscar su felicidad en la tierra, se hallaba sucesivamente dominado por las tres pasiones que eran la fuente de todos los vicios, es decir, por el amor de los placeres, el amor de las riquezas, y el amor de la gloria, respecto que el mundo, que era el imperio de las pasiones, no daba cosas mayores, ni las pasiones mismas veían nada de mas allá.

Para formar Jesu-Christo en nosotros el hombre celestial, hace morir el hombre carnal, oponiendo á los tres amores desordenados del corazon humano, las tres virtudes, de mortificacion de los sentidos, pobreza de espíritu, y humildad de corazon; y por esta muerte espiritual ataca de un golpe, desde lo alto de la cruz, las tres pasiones juntas,

resplandecer sobre el Thabor, puesto que rinde á su Padre el mayor y mas glorioso de todos los sacrificios, y su Padre le dá en recompensa el imperio de todo el universo (1). Sus Discipulos han vivido con el mismo espíritu despues de él; y jamás los Emperadores paganos han tenido vasallos mas fieles, que los Christianos mismos á quienes han perseguido.

Asi es, que por una disposicion admirable de su infinita sabiduría, Jesu-Christo presenta en su persona á todas las clases de gentes, el modelo de todas las virtudes, y les manifiesta los deberes propios de todos los estados.

(1) *Phil. 2. v. 8. y sig.*

CAPITULO IV.

*De las tres virtudes que sirven de fundamento á la moral de Jesu-Christo, opuestas á las tres pasiones que son el origen de todos los vicios.*

**H**emos visto que el hombre carnal, ceñido á buscar su felicidad en la tierra, se hallaba sucesivamente dominado por las tres pasiones que eran la fuente de todos los vicios, es decir, por el amor de los placeres, el amor de las riquezas, y el amor de la gloria, respecto que el mundo, que era el imperio de las pasiones, no daba cosas mayores, ni las pasiones mismas veían nada de mas allá.

Para formar Jesu-Christo en nosotros el hombre celestial, hace morir el hombre carnal, oponiendo á los tres amores desordenados del corazon humano, las tres virtudes, de mortificacion de los sentidos, pobreza de espíritu, y humildad de corazon; y por esta muerte espiritual ataca de un golpe, desde lo alto de la cruz, las tres pasiones juntas,



sofoca todos los vicios en su origen, establece sus preceptos y consejos, nos convida á seguirle, y nos propone los motivos mas poderosos para animarnos á su imitacion.

### ARTICULO I.

*De la mortificacion de los sentidos, que Jesu-Christo nos manda.*

Los sentidos, que parecian ser los únicos árbitros del hombre, por la imperiosa mocion que hacian en el corazon humano, le arrastraban naturalmente ácia los placeres, como ácia su suprema felicidad. Los Stoicos mismos, que pretendian espiritualizar el hombre, por el amor de la sabiduría, y quitarle hasta la sensibilidad del dolor, no podían abstenerse de mezclar la idéa de los placeres sensibles, con la felicidad que se imaginaban en una vida venidera.

Pero, suponed que los placeres sensibles hagan á lo ménos parte de la verdadera felicidad, cada uno calculará á

su modo; y como no hay un límite conocido, cada qual le adelantará, ó le retirará, segun su inclinacion particular, y segun el grado de felicidad que creerá ver en su goce. De consiguiente ya no se juzgará de la ilegitimidad de los placeres sensibles, sino por el mal físico que resultará de los excesos; y una vez, el hombre será dominado por sus apetitos, no sabiendo en donde pararse, se precipitará por grados á los mayores desórdenes, y á las mas funestas desgracias. La juventud se cubrirá de oprobrios; la vejez acelerará con sus enfermedades el fin de su carrera. Las pasiones, presurosas de gozar, abreviarán el término, destruirán poco á poco el fragil edificio sobre el qual fundan su felicidad; y todo el hombre, embrutecido, se arrojará así á las sombras del sepulcro. Ahí va á romperse el simulacro de arcilla; la muerte va á disipar el prestigio, y á reducir en polvo lo que no era mas que polvo; y solo restará de aquel hombre *los vicios de su mocedad que dormirán con él en la sepultura* (1).

(1) 1. Cor. 15. v. 50.

Mas ¿es cierto que la muerte, esa fiera dominadora de la tierra, cubrirá eternamente de su sombra esta ceniza impura, para ocultarla á la vista del universo? Aquí la religion, que lleva su luz en la noche del sepulcro, me revéla los secretos de lo futuro acerca esta porcion de mí mismo, que parecía haberse confundir con la nada; el hombre sensible, que no viendo en él mas que lo terreno, ni conociendo otro bien que la felicidad de los sentidos, debia necesariamente degradarse en su mas hermosa porcion; este hombre, en quien el espíritu, el corazon, los deseos, los pensamientos, todo se habia hecho terrestre, en quien los sentidos dominaban con tanto imperio sobre el alma que debia mandarle, este hombre desaparece. Jesu-Christo forma el hombre nuevo, le enseña una nueva region, que ha de ser la morada de su eternidad, restablece el alma en sus derechos naturales, le restituye sobre los sentidos la superioridad que habia perdido; y despues de haberla así reintegrado en su primitiva dignidad, despues de haberla vivificado con

su espíritu, comunica al cuerpo un germen de inmortalidad, santificandole, para asociarlos un dia en el reyno de los espíritus, *que la carne y la sangre no pueden poseer* (1), y en el qual todo ha de ser inmortal y celestial. "Porque, dice S. Pablo, somos sepultados con Jesu-Christo en muerte por el bautismo; para que como él resuscitó de muerte á vida por la gloria del Padre; así tambien nosotros andémos en novedad de vida... Sabiendo esto, que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruído el cuerpo del pecado, y no sirvamos ya mas el pecado... Y si somos muertos con Christo; creemos, que juntamente viviremos tambien con Christo (2)." *Et cum ipso sepulcrum in baptismum*

Asi el bautismo que nos consagra á Jesu-Christo, para darnos una vida toda espiritual, en memoria de su resurreccion, y que es una ley de muerte para el hombre terreno y sensible, es a

(1) 1. Cor. 15. v. 50. = (2) Rom. 6. v. 4. 6. 8.



mlsimo tiempo una señal y una prenda de nuestra resurreccion futura. Por esta consagracion celestial, nuestro cuerpo se ha hecho *templo del Espiritu Santo* (1), canal de sus gracias, miembro sagrado del Hijo de Dios, que le alimenta de su preciosa carne y sangre, y á la manera que todo es santo, debe todo ser celestial en un cuerpo, del qual el Dios de santidad se ha puesto en posesion como de su propia herencia. La muerte le reducirá en ceniza, pero no le hará perder parte alguna de sus privilegios; la fé distinguirá siempre en él lo que siempre le habia respetado, el santo despojo de un alma inmortal, una porcion preciosa de la heredad del Hijo de Dios; y estos apreciables restos de la mortalidad del hombre serán depositados en un lugar santo, baxo la guarda de la religion, esperando el solemne dia en que cubiertos de la gloria de Jesu-Christo, recibirán una nueva vida, para servir de adorno á su triunfo.

De esta suerte el hombre, elevado

(1) 1. Cor. 3. v. 16.

sobre las alas de la fé hasta la morada de los espíritus celestiales, no tiene necesidad de ser instruído en los debéres particulares de la castidad, modestia, y templanza; pues que la religion se lo ha dicho todo. Sabe que habiendo Christo resuscitado de entre los muertos, ya no muere;... asi tambien estando (el hombre) muerto al pecado, pero vivo para Dios en nuestro Señor Jesu-Christo, el pecado no debe reynar en su cuerpo mortal, de modo que obedezca á su concupiscencia; ni ofrecer sus miembros al pecado por instrumentos de iniquidad; mas ofrecerse á Dios como resuscitado de los muertos, y sus miembros como instrumentos de justicia (1). Y léjos de lisonjear su cuerpo, léjos de gloriarse de las calidades brillantes que favorecen las inclinaciones desarregladas del corazon humano, honrará por un religioso respeto, en un cuerpo terreno, al Dios de santidad que le ha consagrado por su presencia, temerá todo lo que podría

(1) Rom. 6. v. 9. 11. 12. 13.

manchar la pureza, ó que podría hacerle perder los privilegios de la inmortalidad que ha recibido. Sabe que profanar el templo del Señor, es incurrir en la maldición divina (1); y respetando su cuerpo como Templo del Señor, le colocará en el orden de la dependencia, que es la sola que puede honrarle, porque todo lo que aparta del orden las criaturas, solo puede envilecerle. Respetandole, le sujetará al imperio del alma, que estará sometida al imperio de Dios; le hará servir á las obras de la fé, formará de él un holocausto de penitencia, y le preparará de este modo á recibir el último sello de la inmortalidad, con el esplendor de los espíritus celestiales. Mirando con los ojos de la fé, la figura del mundo que pasa, y la magnificencia del reyno que queda, se dirá á sí mismo, que *su vida es un combate sobre la tierra* (2); que no puede *vivir con Jesu-Christo, sin*

(1) 1. Cor. 3. v. 17. = (2) Job. 7. v. 1.

*mirir con él* (1); que no puede *resucitar con Christo, sin ser crucificado al mundo como él, y sin que el mundo sea crucificado en él*. Conocerá la verdad de aquellas máximas divinas: *Bienaventurados los que lloran; porque ellos serán consolados* (2); *¡Ay de vosotros, los que ahora reís; porque gemiréis y llorareís* (3)!

○ Su alma, dependiente de los sentidos, estará sin duda sujeta, como la de Jesu-Christo, á las enfermedades y aflicciones de esta vida mortal; pero sus penas *suplicarán lo que resta de los sufrimientos de Christo, por el cuerpo de él, que es la Iglesia* (4); por la semejanza que le darán con su divino Gefe. Sentirá también lo que Jesu-Christo, infinitamente santo, no podía experimentar, las heridas del pecado, y las humillantes rebeldías del hombre sensible; pero siendo toda de Jesu-Christo, y pudiendolo todo por su gracia, las tentaciones servi-

(1) Rom. 6. v. 8. = (2) Math. 5. v. 5. = (3) Luc. 6. v. 25. = (4) Coh. 1. v. 24.



rán para purificar su virtud (1), y realzar la gloria de su tiempo.

## ARTICULO II.

*De la pobreza de espíritu, ordenada por Jesu-Christo.*

**A**si como las riquezas son el fomento de las pasiones, así también las pasiones fomentan el amor de las riquezas; pues que no se puede desear la felicidad de la tierra, sin apetecer los bienes que la procuran. La sabiduría humana, que detestaba la avaricia, la injusticia, y los demás desórdenes que nacen de la concupiscencia, no podía desarraigar la misma concupiscencia, mientras que esta dexaba subsistir las otras pasiones, á las quales se hacia necesaria. Jesu-Christo remedia el mal en su origen, haciendo morir todas las pasiones, que dán fomento á la concupiscencia.

¶ Pero el hombre sin pasiones, no se-

(2) 2. Cor. 12. v. 9.

rá sin deseos? ¿y el hombre sin deseos, no será fuera de lo natural? Sí, no hay duda; el hombre sin pasión, sin deseos, sin voluntad para la tierra, será fuera de lo natural, si no tiene mas allá algo que desear. Pero la fé, que menosprecia los bienes de la tierra, va á buscar en el cielo un otro bien, que es el solo digno de ella. Jesu-Christo, que es el primer resuscitado de entre los muertos (1), nos abre la entrada de esta nueva mansion; y el hombre, bien persuadido de que la santidad es la única senda que conduce á dicho fin, el hombre que dirige á él todos sus deseos, vé desaparecer debaxo sus ojos todos los tesoros de la tierra; y desde entonces el amor de la felicidad, que en el hombre carnal era el amor de las riquezas, de los placeres, de los honores, y de la gloria, es en el hombre Cristiano el amor de Dios, de su religion, y de la virtud: No viendo felicidad en otra parte, su ambicion, que se dividia en mil deseos, y mil objetos, agitada sin cesar por los obstaculos, los

(1) 1. Cor. 15. v. 20.

pesares, y las inquietudes de una vida desordenada, esta ambicion insaciable, que llamaba alternativamente á su socorro la injusticia y el fraude, varía de naturaleza variando el objeto: No deseando mas que un bien que es independiente de los hombres, y que está en el poder de todos, y reunida en un objeto de atribucion, solo sirve para dar mayor intensidad á sus deseos, sin turbar la paz del alma; y aspirando unicamente á recompensas que deben ser el precio de la santidad, no produce sino virtudes. Por esto el Christiano, en vez de atesorar los bienes de la tierra, los prodigará al indigente, para aumentar los del cielo, y solamente será avaro de los tesoros de la eternidad; en vez de gloriarse de las riquezas, las temerá, y se humillará (1), sabiendo que la solitud de ellas sofoca la palabra divina (2); que su posesion sirve de pábulo á las pasiones, multiplica los obstáculos en el cumpli-

(1) Preciese el rico en su humanidad. *Jay.*  
1. v. 10. = (2) *Math.* 13. v. 22.

miento de nuestros debéres, y suscita nuevos enemigos á la virtud. Jesu-Christo mismo nos enseña por su exemplo á amar la pobreza; él se hace pobre á fin de enriquecernos con sus bienes (1); dá á los pobres la preferencia en la distribucion de sus gracias; declara, *que es mas facil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reyno de los cielos* (2); y los vicios que nacen del seno de las riquezas, verifican demasiadamente la maldicion que se ha pronunciado contra ellas: „Ea pues ricos, llorad ahullando por las miserias que vendrán sobre vosotros! Vuestras riquezas se han podrido; y vuestras ropas han sido comidas de la polilla. „Vuestro oro y vuestra plata se han enmohecido; y el orín de ellos os será en testimonio, y comerá vuestras carnes como fuego. Os habeis atesorado ira para los dias postreros. Mirad que el jornal que defraudasteis á los trabajadores, que cegaron vuestros

(1) 2. *Cor.* 8. v. 9. = (2) *Math.* 19. v. 24.



«campos, clama; y el clamor de ellos  
«suenan en las orejas del Señor de los  
«Exercitos. Habeis vivido en delicias so-  
«bre la tierra, y en disoluciones habeis  
«cebado vuestros corazones para el día  
«del sacrificio (1).» Es el mismo Espiri-  
tu Santo que pronuncia ese terrible ana-  
thema por la boca de un Apostol.

Mas ¿la política no temerá un des-  
prendimiento que parece ha de oprimir  
la industria y las artes, destruir las for-  
tunas, agotar los recursos de las familias  
y del Estado, y adormecer la sociedad  
con el mas fatal entorpecimiento? Muy  
al contrario, una sábia política bendeci-  
rá al Dios de los Christianos, que detes-  
tando la concupiscencia, corta la raíz á  
la avaricia, á las injusticias, las violen-  
cias, fraudes, cohechos, y á la mayor  
parte de los crímenes, que son la desgra-  
cia de la sociedad; vela sobre el bien  
general y el particular de cada uno, sin  
disminuir en nada las riquezas del Esta-  
do, condenando el amor desordenado de  
los bienes de la tierra, al propio tiempo

(1) *Jay. 5. v. 1. al 5.*

que encarga la sábia administracion de  
aquellos que nos están confiados. De es-  
te modo, no obrando por el impulso de  
un apetito ciego, sino meramente por el  
amor del debér, el Discipulo de Jesu-  
Christo, á la manera que un ecónomo  
fiel, solo empleará los medios honestos  
para adquirir, ó para conservar: Pro-  
cederá con menos desasosiego, mejor  
disposicion, mas cuidado, y mayor ór-  
den en su administracion; suprimirá las  
necesidades de sensualidad y luxo; re-  
ducirá las de su estado á los límites de la  
frugalidad y de la modestia; no aventu-  
rará su fortuna, ni arriesgará la del pró-  
ximo por la ambicion de enriquecerse; y  
poseyendo los bienes sin apego, usará  
de ellos con discrecion, y llevará su pér-  
dida sin flaqueza.

### ARTICULO III.

*De la humildad de corazon, que Jesu-  
Christo nos manda.*

**A**dvertir al sábio, que los placéres ni

las riquezas no pueden formar la gloria del hombre, es repetirle lo que ya sabe; pero decirle, que no teniendo nada de sí mismo, solo puede hallar su gloria en los dónes que ha recibido de Dios, es hablarle un language que no puede comprehender. El reconocerá deberle los honores y las riquezas; pero solo querrá deber á sí mismo sus propias virtudes, y rehusará atribuírle la gloria de los dónes preciosos que realzan la excelencia de su sér, es decir, la gloria que el Criador quiere que le rindámos. ¿Que hará pues el Todo-poderoso para castigarle? Retirá su mano. Entonces, abandonado el sábio á sí mismo, se imaginará engrandecerse por la hinchazon del orgullo, y las pretenciones de la vanidad; pero una funesta experiencia le convencerá bien pronto de que la soberbia del corazon no es la grandeza del hombre. Juguete de la fortuna, querrá dominar en la prosperidad, y se abatirá en las desgracias, porque le faltará el apoyo. Atormentado por el deseo de elevarse, se humillará para obtener, y será sometido por la opinion, persiguien-

do la sombra de la fama; se hará esclavo de los mismos que creará ver á sus pies; y enteramente ocupado de las pretenciones del orgullo y de las baxezas de la vanidad, se verá aun precisado á disimular, por la vergüenza de parecer lo que es. De consiguiente su orgullo será debilidad, baxeza, hipocresía, floxedad. En vano pretenderá afianzarse en los sentimientos de honor, de este monstruo que toma todas las formas, que se invoca sin cesar, y cuya esencia no se describe; de este honor, que hace fiero y altivo para rechazar un insulto, obstinado é injusto para evitar una humillacion, que hace cometer mil tropelías para sostener un falso procedimiento, y que no teniendo mas regla que la consideracion de los empleos eminentes, obliga á los mas grandes crímenes, quando lo manda la opinion. Ah! ¿á qué vendrá á parar este honor siempre que será preciso luchar contra el respeto humano, ó arriesgar lo que se llama gloria propia? Ay! esta grande virtud de ostentacion que hacia tanto ruído, y que parecia arrostrar todos los peligros, ba-



tida entonces por la tempestad, despues de haber sido el juguete de los vientos, vendrá por fin á estrellarse en un grano de arena.

Para ser pues el hombre verdaderamente grande, es menester que convenido de su insuficiencia y flaqueza busque en los poderosos motivos de la fé, la fuerza que no podría hallar dentro de sí. De la misma manera Jesu-Christo para elevar al hombre, empieza por humillarle, enseñándole que ha contraído por el pecado un género de deformidad que le pone debaxo de la misma nada, pues que el Criador, que no habia dicho mas que una palabra para sacarlo de la nada del sér, ha derramado toda su sangre para hacerle salir de la nada de la justicia; y aun despues de regenerado, su conciencia le hace conocer, que *el pecado habita en él*; que está expuesto á perecer á cada instante, si no es socorrido por la gracia; y que quanto mas se ha elevado, tanto mas sería funesta su caída.

De esta suerte humillado el Christiano á los pies de Jesu-Christo, será cir-

cunspecto, dulce y modesto. Tal vez no tendrá consideracion en la sociedad, porque se presentará su pretencion: Tal vez el silencio de su modestia dexará dominar esos hombres soberbios que creerán sujuzgarlo todo moviendo ruido en su alrededor. Cederá los primeros puestos, y se le dexará el ultimo lugar. El ojo del hombre confundirá su modestia con la pusilanimidad, la sencillez de su virtud con la estupidez de la ignorancia, las complacencias de la humildad con las servidumbres de la política, el desprecio de los honores y riquezas con la insensibilidad de la apatía. Pero en esto mismo se hace verdaderamente grande el Christiano, que verdaderamente humilde, nada espera del mundo, ni de sus propias fuerzas, si que pone toda su confianza en la asistencia del Altísimo; y si parece insensible á todo lo que lisonjéa la vanidad de los hombres, es porque se halla colocado demasadamente alto para percibir las grandezas de la tierra. En este excelente grado de elevacion, y sobre todo lo que debilita el valor; sobre todo lo que sojuzga el

corazon humano , que turba el alma, que la inquieta, que la sujeta, y la degrada; sobre las adversidades, que en nada disminuyen la felicidad que espera, hace el mas generoso de todos los sacrificios, que es el de darlo todo á Dios sin reservarse nada; el sacrificio que reduce el amor propio hasta su ultimo atrincheramiento; el postrer sacrificio que resta á hacer en la naturaleza, despues que se han hecho todos los demás; el sacrificio que la sabiduría humana no habia conocido, ni sabría hacer, y del qual solo Jesu-Christo podía hacernos conocer el precio, y darnos el mayor exemplo; el sacrificio de su propia gloria: Y quando se tratará de los intereses de Dios, de los derechos de la religion y de la justicia, del bien de la sociedad, de la felicidad de los ciudadanos, se verá esa alma grande, que parecía haber contraído una especie de insensibilidad para el interés del amor propio, desplegar el mayor valor y energía, porque fortalecida por la presencia de Dios, será fuerte por el poder de Dios mismo, nunca débil por la vanidad, nunca co-

barde por el desprecio, nunca sojuzgada por la opinion. Como no buscará la estimacion de los hombres, tampoco tendrá necesidad de parecer sino lo que es, para hacerse respetar; y el malvado que quisiera hacerla avergonzar de su virtud, confundido en su presencia, por el ascendiente que la justicia y la verdad toman siempre sobre el corazon del hombre, quando no dudan manifestarse con la dignidad que les conviene, se verá obligado á avergonzarse él mismo de sus desórdenes. Quanta menos confianza tendrá en sus propias fuerzas esta alma grande mas fuerte será por la confianza que habia puesto en aquel que todo lo puede. En vez de dexarse vencer por los obstáculos, en vez de atemorizarse por las humillaciones, obedecerá á la voz que le manda, *plantará, regará,* y dexando desde luego aquel que lo envia, el cuydado de *hacer crecer*, ni se ensoberbecerá de los sucesos, ni desmayará en las desgracias. Todo está hecho de parte del servidor, quando ha cumplido con la voluntad del dueño. El sabe que será recompensado,



no segun lo que habrá cogido, sino conforme á lo que habrá sembrado (1). San Pablo, que se reconoce indigno del nombre de Apostol (2), obra prodigios en su apostolado; y saca su mayor fuerza del convencimiento de su propia flaqueza (3). Confiesa que es nada (4); pero siente que todo lo puede en aquel que lo conforta (5), y no teme asegurar por una humilde y vigorosa seguridad, que  
 "ni muerte, ni vida; ni Angeles, ni  
 "Principados, ni virtudes, ni cosas pre-  
 "sentes, ni venideras, ni fortaleza, ni  
 "altura, ni profundidad; ni otra cria-  
 "tura, le podrá apartar del amor de  
 "Dios, que es en Jesu-Christo Señor  
 "nuestro (6). He recibido, dice, cinco  
 "quarentenas de azotes, menos uno.  
 "Tres veces fuí azotado con varas, una  
 "vez fuí apedreado, tres veces padecí

(1) 1. Cor. 3. v. 8. = (2) 1. Cor. 15. v. 9. (3) La virtud se perfecciona en la enfermedad... Porque quando estoy enfermo, entonces soy fuerte 2. Cor. 12. v. 9. 10. = (4) Ibid. v. 11. = (5) Phil. 4. v. 13. = (6) Rom. 8. v. 38. 39.

" naufragio, noche y dia estuve en lo  
 " profundo de la mar, en caminos mu-  
 " chas veces, en peligros de ríos, en  
 " peligros de ladrones, en peligros de  
 " los de mi nacion, en peligros de los  
 " Gentiles, peligros en la Ciudad, peli-  
 " gros en el desierto, peligros en la  
 " mar, peligros de falsos hermanos: En  
 " trabajo y fatiga, en muchas vigili-  
 " as, en hambre y sed, en muchos ayu-  
 " nos, en frio y en desnudéz (1)." Y  
 Pablo despojado así de todo, renuncián-  
 dolo todo, lidiando contra todos obstá-  
 culos, y persuadido á *que es nada* (2),  
 triunfa de todo, para hacer adorar un  
 Dios humillado. ¿Quién nos citará tama-  
 ños sábios fuera del Christianismo? Por  
 esto, doce sábios de la mas baxa esfera,  
 profundamente humildes, hablando y  
 obrando como él en el nombre de Jesu-  
 Christo, bastaron para llevar á los qua-  
 tro angulos del mundo esta religion san-  
 ta que despues de mas de diez y ocho  
 siglos ilustra el universo; y la misma

(1) 2. Cor. 11. v. 24. al 27. = (2) Ibid. 12. v. 11.

virtud que ha producido tan grandes prodigios, obrará siempre iguales milagros, quando se apoderará del corazon humano, porque la gracia de Jesu-Christo nada puede perder de su eficacia y fuerza.

#### ARTICULO IV.

*De la perfeccion Evangelica, y de las Ordenes Religiosas á que ha dado origen.*

Se ha notado ya, que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades están en continua oposicion (1); el hombre de carne y sangre, nacido de Adán, que vive solo de las pasiones, que no juzga ni obra sino por ellas; y el hombre del espíritu y de la fé, que Jesu-Christo vino á criar dentro de nosotros mismos, cuya patria es el cielo, y cuyas miras

(1) Rom. 7. v. 15. y sig.

deben tambien ser todas celestiales (1). De ahí es, que los Sabios que vivian del espíritu del primer hombre, no podian vencer las pasiones sino por otras opuestas, cediendo el amor de los placeres, al amor de las riquezas; el de las riquezas, al de la gloria; siendo el luxo reprimido por la avaricia, esta por la vanidad, y todos los vicios por el orgullo; pero que, el hombre carnal, no conociendo bienes fuera de este mundo, la abnegacion absoluta y repentina á todas las pasiones, era para él no solo impracticable, mas tambien incomprehensible (2). Jesu-Christo reduciendo, por lo contrario,

(1) El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Qual el terreno, tales tambien los terrenos; y qual el celestial, tales tambien los celestiales. Por lo qual, así como traiximos la imagen del terreno, llevémos tambien la imagen del celestial. 1. Cor. 15. v. 47. 48. 49. = (2) El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del espíritu de Dios; porque le son una locura, y no las pueden entender; por quanto se juzgan espiritualmente. 1. Cor. 2. v. 14.



virtud que ha producido tan grandes prodigios, obrará siempre iguales milagros, quando se apoderará del corazon humano, porque la gracia de Jesu-Christo nada puede perder de su eficacia y fuerza.

#### ARTICULO IV.

*De la perfeccion Evangelica, y de las Ordenes Religiosas á que ha dado origen.*

Se ha notado ya, que hay en nosotros como dos hombres diferentes, cuyas voluntades están en continua oposicion (1); el hombre de carne y sangre, nacido de Adán, que vive solo de las pasiones, que no juzga ni obra sino por ellas; y el hombre del espíritu y de la fé, que Jesu-Christo vino á criar dentro de nosotros mismos, cuya patria es el cielo, y cuyas miras

(1) Rom. 7. v. 15. y sig.

deben tambien ser todas celestiales (1). De ahí es, que los Sabios que vivian del espíritu del primer hombre, no podian vencer las pasiones sino por otras opuestas, cediendo el amor de los placeres, al amor de las riquezas; el de las riquezas, al de la gloria; siendo el luxo reprimido por la avaricia, esta por la vanidad, y todos los vicios por el orgullo; pero que, el hombre carnal, no conociendo bienes fuera de este mundo, la abnegacion absoluta y repentina á todas las pasiones, era para él no solo impracticable, mas tambien incomprehensible (2). Jesu-Christo reduciendo, por lo contrario,

(1) El primer hombre de la tierra, terreno; el segundo hombre del cielo, celestial. Qual el terreno, tales tambien los terrenos; y qual el celestial, tales tambien los celestiales. Por lo qual, así como traiximos la imagen del terreno, llevémos tambien la imagen del celestial. 1. Cor. 15. v. 47. 48. 49. = (2) El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del espíritu de Dios; porque le son una locura, y no las pueden entender; por quanto se juzgan espiritualmente. 1. Cor. 2. v. 14.

toda su moral, á hacer morir en nosotros el hombre sensual, por la mortificación de los sentidos; el ambicioso, por la pobreza de espíritu; el soberbio por la humildad de corazón, para formar en nosotros el hombre nuevo, viviendo el hombre de un nuevo espíritu, de una nueva vida; Jesu-Christo ataca de una vez todos los vicios, en el germen fatal que les dá principio. Y como es difícil poseer los bienes de la tierra sin apego, usar de los placeres con moderación, gozar los honores con modestia, y librarse de las tentaciones del mundo en medio del mismo mundo; como la posesion de las cosas sensibles, hace naturalmente en el corazón impresiones que le atan con la tierra, que le distraen de su verdadero fin, y que disminuyen á proporcion el gusto de las cosas santas, Jesu-Christo aconseja tambien la renuncia absoluta á todos los bienes, á todos los placeres, y á todos los honores del mundo.

Asi, aunque haya santificado el matrimonio por la gracia del Sacrosancto, prefiere á él la virtud de la con-

tinencia (1), como un medio de servir á Dios con mas libertad (2): "Quiero pues, que vivais sin inquietud dice el Apostol. El que está sin muger, está cuydadoso de las cosas que son del Señor, como ha de agradar á Dios. Mas el que está con muger, está afanado en las cosas del mundo, como ha de dar gusto á su muger, y anda dividido. Y la muger soltera, y la virgen piensa en las cosas del Señor, para ser santa de cuerpo y de alma. Mas la que es casada, piensa en las cosas que son del mundo, y como agradar al marido (3)." Por la misma razon, despues de habernos Jesu-Christo mandado poseer *como sino poseyeseis* (4), nos conduce del precepto á la perfeccion. "Si quieres ser perfecto, dice, vende quanto tienes, y dalo á los po-

(1) Math. 19. v. 10. 11. 12. = (2) 1. Cor. 7. v. 35. = (3) Ibid. v. 32. 33. 34. = (4) 1. Cor. 7. v. 30. 31.



„bres y tendrás un tesoro en el cielo  
„(1).”

Por último, no solamente nos encarga la humildad, si que nos exôrta tambien á „que nos regocijemos de ser humillados, perseguidos, maldecidos, calumniados por su causa, porque es muy grande el galardón que se nos espera en los cielos (2), y porque lo que es de la honra, gloria, y virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa entonces sobre nosotros (3).”

La naturaleza se espantará sin duda de este absoluto desapropio que le quita todos sus recursos, y parece dexar el hombre solo consigo mismo, como en una vasta soledad. Pero para demostrar del modo mas admirable, que ni las humillaciones, ni la pobreza, ni los trabajos tienen algo que degrade al hombre; que todas las grandezas del mundo nada tienen que pertenezca á la verdadera grandeza; que toda la felicidad del mundo no puede añadir la menor

(1) *Math.* 19. v. 21, = (2) *Math.* v. 11.  
12. = (3) 1. *Pedr.* 4. v. 13. 14.

cosa á la verdadera felicidad; Jesu-Christo, soberanamente grande, soberanamente feliz por sí mismo como Dios, Jesu-Christo, predestinado como hijo del hombre, á ser elevado sobre todas las criaturas; él á quien todas las Naciones han sido dadas por herencia, parece en el mundo como *la nada* (1); es el primero que practica los consejos que nos dá, y los practica con un grado de perfeccion á que nadie sino el Hombre Dios habia podido llegar; porque no solamente es el modelo de la mas perfecta pureza, si que es el primero que hace conocer la excelencia de la virginidad. Obliga á la envidia, que calumnia hasta sus milagros, á respetar en su persona la integridad de esta virtud súblime; y por un privilegio que debia caracterizar la pureza del Hombre Dios, solo quiere nacer de una madre virgen. No solamente se somete al sacrificio de la Cruz, si que obrando como Hombre Dios, corre á abra-

(1) Se anonadó á sí mismo *Phil.* 2. v. 7.

zarla (1), para expiar los pecados que no ha cometido, para santificar al mundo que viene á salvar; y dá á la muerte el imperio que no podia tener por sí misma sobre él: No solamente nace, si que vive en una pobreza voluntaria, y por un heroísmo de abnegacion, que solo era posible al Hombre Dios, el que viste los lirios de los campos, y alimenta las aves del cielo, dexa descansar, por decirlo así, su omnipotencia, para recibir de la mano de los hombres el pan que su divina misericordia les dá cada dia: No solamente se humilla, si que desciende de la derecha de su Padre, para anonadarse. Solo el Hombre Dios podia humillarse tan profundamente, porque solo Dios podia baxar de tan alto. Su cruz, que era el delirio de la Sabiduría humana, y el escandalo del Judío carnal, se hace el altar sagrado en que consuía el misterio de la Sa-

(1) Ved que subimos á Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado á los Principes de los Sacerdotes, y á los Escribas, y le condenarán á muerte. *Math* 20. v. 18.

biduría y del poder divino, inmolando con él el hombre sensual, por los suplicios que sufre; el hombre ambicioso, por la absoluta desnudéz en que muere; el hombre soberbio, por los oprobrios del crimen de que se cubre: Y léxos de manchar sus humillaciones la gloria del Hombre Dios, se hacen el motivo de su triunfo, y los títulos de su omnipotencia; abren á los hombres las puertas de la eternidad, y reconcilian el cielo con la tierra; porque »Se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo qual, dice el Apostol, Dios le enzalsó, y le »dió un nombre, que es sobre todo »nombre; para que »al nombre de Jesus »se doble toda rodilla de los que están »en los cielos, en la tierra, y en los »infiernos (1)».

Finalmente, por una sabiduría, y un poder que no podian pertenecer sino al Hombre Dios, y que publicarán su gloria en todos los siglos, esta perfeccion evangelica que nos aconseja, esta per-

(1) *Philip.* 2. v. 8. 9. 10.



feccion, que admira, que espanta la naturaleza, y que parece en tanta manera superior á las fuerzas del hombre, esta sublime perfeccion, Jesu-Christo es el primero que la hace conocer, y el único que la hace practicar. Toda la eloqüencia de los Filósofos no habia podido llegar á formar un solo Sabio sin orgullo; Jesu-Christo no dice mas que una palabra: *Dad á los pobres vuestros bienes, y seguidme*: Y una multitud de Christianos lo dexan todo para acelerarse á seguirle; y jamás los desórdenes, ni los escándalos que se han introducido hasta lo interior del Santuario, han impedido que Jesu-Christo tuviese imitadores de sus sublimes virtudes.

Los Apostoles son los primeros que marchan en el seguimiento de su maestro, y forman hombres que heredan su espíritu: Los fieles de Jerusalén venden sus bienes, distribuyen el precio entre sus hermanos; se confunden con los pobres, y viven con ellos en la desnudez y humillaciones de la pobreza: Un grande número de Virgenes, de las quales *la conversacion es en el cielo*, guardan la

pureza de los angeles en la tierra: Y estos heroes de virtud no son Filósofos, que afectando la austeridad de las costumbres, no sabrían renunciar á la vanidad de parecer sabios. Estos nuevos Sabios, ocupados en su soledad, no á especulaciones ociosas que excitan la curiosidad, que lisonjéan el orgullo, que atraen los aplausos de los hombres, sino á meditar las santas verdades que encienden las llamas de la caridad, mantienen una comunicacion íntima con el cielo, se exercitan, lexos de los peligros del mundo, á la práctica de las virtudes mas sublimes; y para subtraerse á los insultos de la vanidad, que habia corrompido la virtud de los antiguos sabios, se ocultan aun á la vista de los hombres, para no ser conocidos sino de Dios.

Entre esta multitud de Solitarios que pueblan los desiertos, unos viven separados, para ser menos distraídos de la contemplacion; otros se juntan en los Monasterios, á fin de confortarse mutuamente por la práctica de las virtudes celestiales, baxo la direccion de los Su-

periores, que velan sobre la conservacion de la Disciplina, y el adelantamiento espiritual de cada uno. En esta última clase, la obediencia, que ya era una de las prácticas de la humildad Christiana, se hace una virtud indispensable para hacer reynar el orden á la union baxo la autoridad de un gobierno paternal. Se ha querido consecutivamente poner freno á la inconstancia del corazon humano, y á la tentacion, por desgracia harto ordinaria, de *mirar atrás despues de haber puesto su mano en el arado* (1), y se han obligado por promesas solemnes, á la observancia de la castidad, de la pobreza, y de la obediencia: Promesas, que siendo hechas libremente á Dios, forman un vínculo sagrado que no puede el hombre disolver. Tal es el origen de las ordenes religiosas que hoy vemos en la Iglesia.

„El estado religioso, dice un Ilustre Prelado, no es una institucion puramente humana, pues que Jesu-Christo, que no es menos el autor de sus conse-

(1) Luc. 9. v. 62.

„jos, que de sus preceptos, ha aprobado positivamente en la conducta de María, la generosa resolucion de todos aquellos, que siguiendo el dulce atractivo de una vocacion especial, le hacen un sacrificio absoluto é irrevocable de su persona, consagrandose á contemplar insesantemente sus bondades y grandezas en un estado de perfeccion. Por esto, lexos de ser el estado religioso indiferente ó extraño á la religion, la misma religion se halla, por lo contrario, vivamente interesada en la práctica de las maxîmas evangelicas, que es tan antigua como la Iglesia Christiana, y que en los primeros siglos era comun á casi todos los Christianos de la Iglesia naciente: Practica, que se perpetúa entre los fieles, y que produce en todos tiempos estos admirables exemplos de una santidad de costumbres, que distinguen la verdadera Iglesia, de las sectas separadas de ella (1).”

(1) Precepto del Eminentísimo Cardenal de Malines por la Quaresma del año 1787.



Institutos particulares añaden á los tres votos de religion, ciertos ejercicios de piedad, que son otros tantos medios de facilitar la observancia de la regla, y conservar el fervor en la soledad. Muchos se han consagrado tambien al santo ministerio, á la instruccion de los pobres, al auxilio de los enfermos, y á otras obras de misericordia, igualmente útiles á la sociedad civil, que á la edificacion de la Iglesia. Y si es cierto, como nos enseña la fé, que el hombre no existe sobre la tierra, para buscar, como el reptil, el momentáneo alimento, y morir luego despues, sino para disponerse por el ejercicio de las virtudes sublimes, á una vida feliz y permanente; si es cierto, que el reyno del cielo sea el fin á que se dirigen todos los designios de la creacion, todas las miras de la providencia, el objeto á que deben referirse todos los pensamientos de los hombres, todos los sistemas de gobierno, y la instruccion de todas las Monarquías del mundo; si es cierto, que el Universo entero no existe mas que para formar el reyno de Jesu-

Christo (1); que las oraciones y los meritos de los santos atraen las bendiciones del cielo sobre la tierra, y suspenden sus divinas venganzas (2); si es cierto, que no hay medio mas eficaz que el exemplo para conservar las costumbres, y que estas sean los mas seguros garantantes de la felicidad de los pueblos y prosperidad de los Estados; si es cierto, por fin, que Jesu-Christo haya enseñado y practicado las máximas Evangelicas, y que la practica de ellas sea el mayor heroísmo de su religion; ¿se puede, sin abjurar la fé, sin ultrajar á Jesu-Christo y su religion, despreciar en clase de ciudadanos ociosos y vituperados

(1) Convenia que aquel por quien son todas las cosas, y para quien son todas las cosas, habiendo de llevar muchos hijos á la gloria, consumase por la pasion al autor de la salud de ellos. *Heb. 2. v. 10.* (2) Si se hubiesen hallado diez hombres justos en Sodoma el fuego del cielo no habria caído sobre esta desgraciada ciudad... No temas Pablo; que Dios te ha hecho gracia de todos los que navegan contigo. *Gen. 18. v. 16.*  
*Hech. 27. v. 24.*

bles, estos generosos Christianos, que tienen el valor de consagrarse á un estado de perfeccion, que es un milagro de la gracia; estos hombres religiosos, que desde sus retiros levantan las manos al cielo, para hacer baxar las bendiciones, y suspender su ira; y que desconocidos como son en el mundo, predicán tambien el Evangelio al mundo, por la publicidad de sus virtudes? ¿Acaso se quisiera hacernos temer, que una excesiva diligencia en practicar la perfeccion evangelica, dexase abandonar la sociedad, para acudir á poblar los claustros? Pero, no hay peligro. Jesu-Christo, que ha providenciado sobre el bien de la sociedad, como sobre el de la religion, solo llama á la perfeccion Christiana un pequeño número de elegidos, y nunca arregla la diversidad de las vocaciones segun la voluntad de los hombres. Responde á aquel que le pide para seguirle: *Vete á tu Casa á los tuyos, y cuéntales quan grandes cosas te ha hecho el Señor* (1). Dice á otro: *vé, vende quan-*

(1) Marc. 5. v. 19.

*to tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sigúeme* (1).

Es así que llama á sus Discipulos á las funciones del apostolado, despues de haberles exígido un desprendimiento absoluto de todos los bienes de la tierra; para prepararlos á los penosos ejercicios de su ministerio. Obedesca pues cada qual á la voz que le manda, y sin dexar vacío en la sociedad, concurriendo cada uno al bien público, á proporcion de los dónes que ha recibido, en vez de ser perjudicial la diversidad de las vocaciones, contribuirá particularmente á la armonía del cuerpo político. La abnegacion absoluta de sí mismo es tan horrorosa para la naturaleza, que lexos de ser temible que la muchedumbre se precipite indiscretamente por esta senda, debe mas bien temerse que el mayor número de los llamados se resista á la voz de Dios, para seguir el camino mas cómodo.

El impio afirmará tal vez, que las ma-

(1) Math. 19. v. 21.



ximas Evangelicas son impracticables: Pero entonces, tomándole la palabra, sacaremos la conclusion, que aquellos que realmente las practican, han de ser sostenidos por una fuerza mas que humana; y que el Legislador que las hace observar, debe estar revestido de una potestad divina; porque, sean los que fueren los abusos y los escandalos en los estados mas santos, se ven siempre virtudes eminentes que se manifiestan con tanta brillantéz, tanto esplendor, tanta verdad, y que se sugetan à pruebas tan fuertes, que sería imposible sospechar de su sinceridad.

¿Qual es pues esta fuerza divina, qual este poderoso atractivo, capaz de hacer amar las maximas Evangelicas? ¡Ah! aquí está el secreto de la eterna sabiduría, que los sabios del siglo no comprenderán jamás. Porque no pudiendo conocer la eficacia ni la dulzura de los sentimientos que no han llegado à experimentar, tampoco pueden concebir, que el hombre encuentre sus delicias en lo que parece debería entristecer su corazón. Es un sentido que les falta, y por

decirlo así, un tacto sobre natural, que no puede ser imaginado, quando no se ha sentido.

Una madre encuentra su felicidad en los penosos cuydados que tiene para con su hijo; forma sus delicias de una vigilancia que podría parecer servidumbre; y es la ternura maternal que hace hallar dulce y ligero el cargo. Un Cortesano lleva con alegría las mas pesadas fatigas baxo los ojos de su Señor, por el deseo de agradarle; y es la ambicion que suaviza el yugo. ¿Que no obrará, pues, la caridad en el corazón de un Christiano, que se vé circundado de la inmensidad de Dios, de su grandeza, de su bondad, de su misericordia, quando abismado en el océano de sus perfecciones infinitas, piensa que vive, que respira, en su seno paternal, que todos los instantes de su vida, todos los tesoros de la naturaleza, todos los bienes de que goza, son beneficios de su infinita bondad? ¿Quando recapacita las gracias especiales, que desde el momento que vió la luz, se le han dispensado, para apartarle de los peligros, proporcionarle los

socorros, é impedirle mil veces el perderse? ¿Quando reflexiona, que este tierno Padre está incesantemente á su lado para confortarle, sostenerle, y consolarle en sus aflicciones; que testigo de sus pensamientos, espectador de sus combates y de sus mortificaciones, debe ser tambien el remunerador de su fidelidad; que sus recompensas serán la posesion de este mismo Dios que tiene para con él la ternura de padre, y que la duracion de esta dicha será la de la eternidad? ¡Que dulzura, que atractivos, que gozo en los transportes de amor y de reconocimiento en bendecir á este tierno Padre, en hablar con él, de él, de su religion, de sus grandezas, de sus beneficios; en derramar su corazon en su presencia, adorarle, exponerle sus necesidades, implorar su asistencia, y rendirle gracias! ¡Quan poco debe entonces costarle la privacion de los placeres y de los honores que no ocupan su corazon, el alejamiento de las tentaciones de las quales teme el peligro, la renunciacion á la tierra de la qual conoce la nada! ¡Quan fácil le ha de ser

la victoria sobre las pasiones tantas veces vencidas, y de tal suerte ya debilitadas! ¡Y si los sacrificios y las mortificaciones son aun dolorosas á la naturaleza, quan templada es su amargura por las efusiones de la caridad, y por la infalibilidad de las recompensas! ¿Qué podrá el universo entero contra él? Su propia felicidad está siempre en sus manos, porque él está siempre baxo la mano de Dios. Todo puede obtenerlo de su divina Magestad, porque todo lo ha prometido Dios á su peticion (1); y por la asistencia de su gracia, las aflicciones y las desgracias de la vida presente aumentarán la medida de su felicidad eterna. Por esto aquellos que llevan por entero el yugo del Señor, le encuentran dulce y suave: Los que solo le llevan por mitad, le hallan insoportable, porque quanto menos se ama á Dios, mas disgusto se concibe por las cosas de Dios; y al contrario, mas se hace para él, mas tambien crece el amor con el mérito de las obras, y nos hace gustar la dulzura

---

(1) Juan 14. v. 13.



de servirle. San Pablo se gozaba en las aflicciones (1), abundaba sobremanera de gozo en toda su tribulación (2); y el Solitario que vive en las austeridades de la penitencia, así como el Apostol que hoy riega con sus sudores y su sangre las tierras de los Infieles, sienten también las mismas consolaciones, y hablan el propio idioma.

De todos los Filósofos que en estos tiempos enseñan, como antiguamente los Stoicos, que el sabio es bastante para él solo, que no tiene necesidad sino de sí mismo y del testimonio de su conciencia, para ser feliz, no hay siquiera uno que no se haya desmentido por su propia experiencia, y que no dé personalmente pruebas en contrario. Ellos huyen efectivamente la sociedad de los hombres, porque los aborrecen; no quieren verlos, considerandolos todos malos; los desprecian por un orgulloso despego, porque se creen mejores que ellos. Pero ¿cómo ninguno de estos sábios ha he-

(1) Col. 1. v. 24. = (2) 2. Cor. 7. v. 3.

cho el pensamiento de confinarse en una soledad ignorada? ¿Cómo, al contrario, tienen la precaucion de colocarse cerca de grandes poblaciones, cuya proximidad ha de excitar la curiosidad de conocerlos, quando el solitario, formado por la religion, el solitario, amigo de Dios, y amigo del hombre, convencido de su fragilidad, de su insuficiencia, humillado en vista de sus propias flaquezas, executa todos los dias lo que no podrá jamás el sábio poner en práctica? Es porque el sábio, que se presume no necesitar el auxilio de otro, tiene á lo menos necesidad de sustentar su pretendida virtud, de la vana opinion de los hombres que desprecia, y vería que es nada, si estuviese reducido á él solo; en lugar que el solitario, viviendo de la fé, se encuentra siempre con Dios en su soledad. Esta es, por decirlo así, la magica del amor divino, que muda la naturaleza de las cosas, por el imperio que exerce en el corazon del hombre. Mas el hombre animal no percibe aquellas cosas, que son del Espiritu de Dios; porque le son una locura, y no

las puede entender, por quanto se juzgan espiritualmente (1). Pero al contrario el hombre espiritual juzga todas las cosas, porque tiene por regla el Espíritu de Dios, que es un espíritu de verdad; y él no es juzgado de nadie, supuesto que es necesario tener el Espíritu de Dios, para conocer las cosas que vienen de él (2). El yugo del Señor es, pues, verdaderamente suave, y su carga ligera (3) para aquellos que lo llevan, y Jesu-Christo cumple en realidad la promesa que ha hecho, de dar á los que lo dexarán todo por él, el ciento por uno en este mundo, y la vida eterna (4).

(1) 1. Cor. 2. v. 14. = (2) 1. Cor. 2. v. 15. = (3) Math. 11. v. 30. = (4) Math. 19. v. 29.

## ARTICULO V.

De los motivos por los quales Jesu-Christo nos anima á la práctica de sus divinos Mandamientos.

Dos solos son los motivos capaces de hacer doblar el corazón humano baxo el imperio de la ley: El motivo de la justicia, y el del interés, es decir, el amor de Dios, y el de nosotros mismos.

Por derecho de justicia, el Autor de nuestro ser, el principio de la vida, el soberano Señor del universo, la sabiduría eterna, la fuente de todo bien, el que encierra en su esencia toda la perfeccion, que no ordena sino lo justo, y que todo quanto manda es para hacernos felices, merece ciertamente todo nuestro amor. Tal es el lenguaje de la ley natural. Mas quando la fé nos habla de las grandezas de Dios, de su amor, del sacrificio de su Unigenito, de la inmensidad de sus misericordias, del



precio infinito de su gracia, ah! ¡ quanto mas eloquente y mas energico es su language!

El amor de nosotros mismos nos inspiraba el deseo de la felicidad, y la razon nos enseñaba que baxo un Dios de justicia, la felicidad destinada al hombre justo debia estar reservada á una vida futura, pues que no existia en la presente. Pero la imaginacion, que confundia la naturaleza del cuerpo con la del espíritu, creía ver todo el cuerpo aniquilado en la muerte. El hombre se pedia á sí mismo: ¿ Quál sería la naturaleza de esta felicidad venidera? ¿ quál su medida? ¿ quál su duracion? Y la razon no respondía. Por esta incertidumbre, la perspectiva del bien que se miraba de léjos, y como al través de una densa niebla, disminuía el interés, y solo oponia una débil resistencia á las pasiones que se apoderaban de todos los sentidos, y prometian sin cesar una felicidad presente y sensible.

La fé viene á derramar la luz sobre las sombras del sepulcro, y á realzar nuestras esperanzas por la magnificen-

cia de sus promesas. Ya no es á la fuerza de simples racionios que luchan contra la ilusion de los sentidos, sino por la palabra del mismo Dios, que se nos asegura una vida venidera. La recompensa que promete á la virtud, será la que conviene á los séres inteligentes; será tal, *que ojo no vió, ni oreja oyó, ni en corazon de hombre subió* (1); será superior á todo lo que la ambicion humana pudiese jamás imaginar. La pena de los malos, será un abismo de fuego. La duracion de las recompensas y de las penas, será la de la eternidad. La medida de estas será correspondiente á la enormidad del pecado, que solo pudo expiarse con la sangre de un Dios: La de aquellas será proporcionada á la magnificencia de un Dios que ha de constituirnos sócios de sus méritos, para hacernos participes de su gloria. Pero ¿ con que título serémos asociados á sus méritos? Con el de que, no haciendo mas que un solo cuerpo con él, como miembros suyos, por el espíritu de adopcion

---

(1) 1. Cor. 2. v. 9.

que hemos recibido, debemos tener también parte en su triunfo. Ah! ¿en que consistirá, pues, la felicidad que nos ha prometido? En la posesion de él mismo, que siendo por esencia la suprema bondad, penetrará todas las potencias del alma con la inmensidad de su presencia, ilustrará el espíritu con su luz, abrasará el corazón con su amor, derramará sobre los justos la paz y la alegría; y sustentandoles así del solo alimento capaz de saciarlos, sin apagar jamás la sed, fixará el hombre entero en el descanso eterno de aquel que es por su naturaleza el principio y el fin de todas las cosas.

El Legislador soberano que nos ha hecho estas promesas, es el mismo Dios que las ha merecido por nosotros. El garante de nuestra inmortalidad, es el imperio que ha exercido sobre la muerte, resucitándose él mismo. La prenda y la señal de la justicia que debe hacer en una vida por venir, es la justicia que hace hoy en el mismo mundo, cumpliendo por su divina asistencia, las promesas que habia otorgado á su Igle-

sia, y practicando con la nacion que le ha crucificado, las venganzas con que la habia amenazado. ¿Sería posible, pues, que el hombre dominado constantemente por el imperioso deseo de su felicidad, en el momento en que se dexa penetrar de estas grandes verdades, no se sienta animado de un valor invencible para emprenderlo todo, superarlo, sacrificarlo, y sufrirlo todo, ántes que violar la ley de Dios? ¿ó qué pueda jamás violarla, sin estremecerse?

#### CAPITULO V.

*De la Iglesia y de los auxilios que nos dá para cumplir con la ley de Jesu Christo.*

**L**a infinita bondad de Jesu-Christo no se ha limitado á ilustrarnos con las luces de la fé, y á asistirnos interiormente de su espíritu; si que ha depositado también una parte de su poder en las manos de sus Ministros, para cooperar con él á nuestra salud. Mas, antes de



que hemos recibido, debemos tener tambien parte en su triunfo. Ah! ¿en que consistirá, pues, la felicidad que nos ha prometido? En la posesion de él mismo, que siendo por esencia la suprema bondad, penetrará todas las potencias del alma con la inmensidad de su presencia, ilustrará el espíritu con su luz, abrasará el corazon con su amor, derramará sobre los justos la paz y la alegría; y sustentandoles así del solo alimento capaz de saciarlos, sin apagar jamás la sed, fixará el hombre entero en el descanso eterno de aquel que es por su naturaleza el principio y el fin de todas las cosas.

El Legislador soberano que nos ha hecho estas promesas, es el mismo Dios que las ha merecido por nosotros. El garante de nuestra inmortalidad, es el imperio que ha exercido sobre la muerte, resucitándose él mismo. La prenda y la señal de la justicia que debe hacer en una vida por venir, es la justicia que hace hoy en el mismo mundo, cumpliendo por su divina asistencia, las promesas que habia otorgado á su Igle-

sia, y practicando con la nacion que le ha crucificado, las venganzas con que la habia amenazado. ¿Sería posible, pues, que el hombre dominado constantemente por el imperioso deseo de su felicidad, en el momento en que se dexa penetrar de estas grandes verdades, no se sienta animado de un valor invencible para emprenderlo todo, superarlo, sacrificarlo, y sufrirlo todo, ántes que violar la ley de Dios? ¿ó qué pueda jamás violarla, sin estremecerse?

#### CAPITULO V.

*De la Iglesia y de los auxilios que nos dá para cumplir con la ley de Jesu Christo.*

**L**a infinita bondad de Jesu-Christo no se ha limitado á ilustrarnos con las luces de la fé, y á asistirnos interiormente de su espíritu; si que ha depositado tambien una parte de su poder en las manos de sus Ministros, para cooperar con él á nuestra salud. Mas, antes de

explicar los socorros que hallamos en el seno de su Iglesia, es indispensable demostrar qual es la naturaleza de su constitucion.

ARTICULO I.

*De la Constitucion de la Iglesia.*

Queda manifestado, que hallandose la ley natural entregada á las disputas de los hombres, y obscurecida á sus ojos por las pasiones y preocupaciones, era muy propio de la bondad inmensa del supremo Legislador que la habia gravado dentro de nosotros mismos, fixarla por una ley positiva, que llevase la marca de su divinidad; y se ha visto tambien como Jesu-Christo habia perfectamente desempeñado esta grande obra, pues que haciendo salir la primitiva ley del caos en que la habian sepultado las disputas de los Filósofos, la habia demostrado, perfeccionado, ennoblecido, hecho amable y sensible por el exemplo de sus virtudes. Mas, siendo el nuevo

código, así como la ley natural, para todos los hombres, debia ser tambien promulgado por toda la tierra; siendo para todos los siglos, debia ser conocido en todos los tiempos. Era preciso tambien, que se pudiesen distinguir los Heraldos de esta ley sagrada con caracteres manifiestos; era preciso, que su mision fuese atestiguada por títulos públicos é incontestables, á fin que todos pudiesen reconocer los enviados del cielo; era preciso en fin, que, pudiendo este nuevo código ser eludido ó corrompido por falsas interpretaciones, los Ministros de la Divinidad encargados de enseñarla, fuesen revestidos tambien de la autoridad necesaria para explicarle, para decidir las quèstiones que se moviesen sobre él, fixar la creencia de los pueblos por la infalibilidad de sus decisiones, y mantener la unidad de su gobierno, por el debér de la obediencia. Jesu-Christo ha proveído á todas estas necesidades por la institucion de su Iglesia. Ha enviado sus Apostoles para enseñar á todas las naciones, con la potestad de perpetuar su ministerio, trans-



mitiendo á sus sucesores el poder que habian recibido; les ha prometido su asistencia, y les ha dado una Cabeza en la persona de S. Pedro, á quien ha especialmente encargado de *confirmar sus hermanos* en la fé, y de velar en el gobierno de todos: *Tu eres Pedro, le dice, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (1).

En virtud de esta mision los Apostoles fundan Iglesias en las diversas partes del mundo á donde llevan el Evangelio, confieren á los Obispos la plenitud del sacerdocio; instituyen Ministros inferiores con una porcion de su autoridad, para cooperar con ellos á la salud de los pueblos, segun el poder que se les ha dado. Conforme á este orden gerarquico, estando los Ministros inferiores subordinados á los Obispos, y estos á su Cabeza; la universalidad de los fieles á quienes gobiernan, forma con ellos un solo cuerpo, que se llama Iglesia; y este cuerpo, así organizado por

(1) *Marc. 16. v. 18.*

la eterna sabiduría, y animado así de su espíritu, no muere nunca. Quando los espíritus inquietos y soberbios intentan corromper su doctrina, ó subtraerse á su gobierno, cada Obispo tiene derecho de juzgarlos en su diócesis, y de castigarlos. La voz del Gefe de la Iglesia se hace oír, quando conviene, para excitar, para secundar el zelo de los primeros Pastores, ó para reformar su gobierno. El cuerpo Episcopal, junto á su Cabeza, forma un Tribunal supremo; y tanto si los Obispos están dispersos, como si están reunidos, el juicio del cuerpo Episcopal queda irreformable, porque la Iglesia, siendo siempre asistida del Espíritu Santo, á tenor de la promesa que Jesu-Christo le ha hecho, no sabría jamás enseñar el error ni autorizar los abusos. Aquel que se resiste á sus decretos, ó se rebela contra su gobierno, se separa por el mismo hecho, de la Iglesia universal; y si por razones de prudencia no executa en lo exterior el decreto de separacion que ha pronunciado; si los culpables parecen participar tambien de la sociedad de los

fieles en un Templo comun , no por esto dexa de haberse obrado la separacion delante de Dios; y la oveja extraviada del rebaño , no puede tener parte en las gracias, ni en las plegarias, ni en los méritos de la Iglesia : El Pastor que participaba anteriormente de la autoridad de su gobierno , pierde la mision apostólica, saliendo de la cadena de la sucesion; y el simple fiel, sin entrar en la discusion de los puntos controvertidos, para conocer la sociedad que es la verdadera depositaria de la doctrina y de la potestad sacerdotal, á la qual ha de obedecer, no necesita mas que pasar los ojos de la sucesion apostólica en que debe aquella conservarse: Dice á los Secretarios: "Vosotros os habeis salido del orden de la sucesion; y por lo mismo ya no teneis mision para enseñar. Vuestra doctrina es un error, pues que es contraria á lo que enseña la Iglesia, única heredera del apostolado y de las promesas de Jesu-Christo. Yá no sois de su rebaño, toda vez que os habeis separado de él; y no es á vosotros, que se nos manda

obedecer, sino á los que están sentados en la cathedra de los Apostoles. Existiamos ántes que vosotros, y estabamos tambien primero que vosotros en posesion del santo ministerio. Habeis nacido por el crimen de la rebellion; el tiempo no puede cubrir el vicio de vuestro origen; y por mas ancianos que seáis, seréis siempre muy modernos. La Iglesia en que vivimos será en todos tiempos la antigua Iglesia, y no podeis recobrar la vida que perdisteis, sino volviendo á entrar en el rebaño de que os habeis salido."

En vano el cisma y el error invocarán la paz, para conseguir la tolerancia: La Iglesia tendrá siempre, no hay duda, entrañas de madre aún para con sus hijos mas culpables y obstinados; los soportará imitando la *magnanimidad* de su divino Esposo; hará rogativas para su conversion; los instruirá, los exortará, empleará todos los medios que le dicta la caridad para volverlos á su regazo (1); pedirá constantemente su re-

(1) Protesto... que prediques la palabra,  
 Tom. II. 12



conciliacion, jamás su muerte, y estará siempre dispuesta á obrar misericordia. Pero siendo esencialmente santa en sus dogmas, como en su moral, siempre irreconciliable con el vicio y el error, no sabría absolver los culpables, de los anathémas del Evangelio, ni admitirlos á la participacion de los santos misterios, sin separarse de los principios de su constitucion, que aseguran la justicia de su gobierno, y la integridad de su doctrina. El medio pues único de conservar la paz y la union, no es el permitir la rebelion, que es destructiva de la una y de la otra, sino mantener la subordinacion, que forma la base de todos los gobiernos. Si pudiese una vez ser lícito desobedecer á la Iglesia en un solo punto de su disciplina, debería serlo tambien desobedecerla en los demás, porque no sería infalible, y des-

que instes á tiempo, y fuera de tiempo: reprehende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo en que no sufrirán la sana doctrina. 2. Tim. 4. v. 1. 2. 3.

de luego su autoridad dexaría de ser regla de fé, porque debiendo ser esta inalterable, no puede estar apoyada sobre una autoridad sujeta al error. Cada uno, reducido á exáminar lo que la Iglesia enseña, para no exponerse á ser engañado, tendría el derecho de pronunciar segun se creería inspirado, sobre el número de los libros santos, su interpretacion, la doctrina de la tradicion; y su juicio sería la regla de su creencia. Cada uno tendría su símbolo particular; y nunca se acabarían las disputas, porque no habría un Tribunal infalible, capaz de fixar el crédito. Así es que los protestantes, despues de haberse abstraído á la autoridad de la Iglesia, se han dividido en una infinidad de sectas, que por rumbos diferentes van á parar, unas al Socinianismo, otras al Deísmo, y otras al Atheísmo, ó á un Pyrrhonismo universal; y estos serán siempre los frutos de una falsa paz, que autorizando la independencja, conduce necesariamente á la confusion, y á los desórdenes de la anarquía.

En vano se invocaría tambien el sa-

grado nombre de la caridad; porque la caridad verdadera será siempre intolérante contra la heregía y el cisma, imponiendo á los Pastores la obligacion de velar por la salud de los fieles, y de consiguiente, la obligacion de conservar la autoridad apostolica, sin la qual no podrían conservar la integridad de la fé, instruir, ni gobernar los pueblos; de consiguiente, la obligacion de extirpar las semillas de la division, que tiran á destruir el reyno de Jesu-Christo; la obligacion de apartar del redil los lobos rapaces, que no perdonarán á la grey (1); la obligacion de separar de su seno los hombres peligrosos, cuyas *platicas vanas y profanas, cunden como cancer* (2), y *corrompen las buenas costumbres* (3). Nunca la Iglesia se ha separado de estos principios, y nunca se la ha resistido á sus decisiones, sin incurrir en sus anathemas. Los Principes Christianos no temerán jamás, que la obediencia que han jurado á la Iglesia,

(1) Hech. 20. v. 29. — (2) 2. Tim. 2. v. 16. 17. — (3) 1. Cor. 15. v. 33.

derogue en parte alguna los derechos sagrados de su soberanía. Jesu-Christo, cuyo reyno no es de este mundo, no ha dado á los Ministros de su Evangelio potestad alguna sobre los reynos de este mundo: No tienen otro poder que sobre las conciencias: Sus *armas* absolutamente espirituales, solo son *poterosísimas para destruir el orgullo*, del espíritu humano, que se levanta contra la *ciencia de Dios* (1). Los castigos que decretan, consisten únicamente en la privacion de las gracias sobrenaturales, de que son los depositarios, y su poder está tan esencialmente vinculado con las leyes de la justicia, que restaría sin fuerza ni vigor, en el momento en que intentasen hacerle servir para la iniquidad.

Mas, un órden tan sábio, tan adecuado á las necesidades de los pueblos, y á la naturaleza de una religion infinitamente santa, de una religion que debia ser predicada á todas las naciones, que debia ofrecer á todos, medios suficientes de salud, y permanecer siempre

(1) 2. Cor. 10. v. 4. 5.



esencialmente una; un orden tan necesario á la conservacion y propagacion de una Iglesia, que debiendo extenderse por todas partes, y subsistir en todos los tiempos, debia tambien, por esta misma razon, estar unida por los vínculos mas poderosos y mas indisolubles; un tal orden, no podia ser concebido sino en el seno de la divina sabiduría; y si huviese sido posible al espíritu humano concebirle, nunca lo huviera sido al poder humano ejecutarle. No, no habia otro que aquel que habia formado el corazon del hombre, que pudiese darle, por decirlo así, una segunda naturaleza, y transformar de repente los hombres groseros, ignorantes y tímidos, en nuevos sábios, llenos de luz y de fuerza, para convencer, persuadir, ilustrar el universo, y disipar las tinieblas esparcidas sobre la faz de la tierra, que el orgullo de los Filósofos habia aún mas condensado. No habia otro que aquel que exercia un soberano imperio en el corazon del hombre, que pudiese elevar estos nuevos sábios sobre todas las consideraciones humanas, sobre el desprecio, las

persecuciones, y el terror de los suplicios, á fin de desempeñar la mision que se les habia confiado. Solo él podia infundirles este espíritu de sabiduría y de fuerza, que hermana la intrepidez del valor, con la dulzura de la caridad; hacerlos triunfar á un mismo tiempo de los artificios de la eloquencia, y de las supersticiones de la idolatría, de la violencia de las pasiones, y de la crueldad de los tiranos, conservando siempre la dulzura de la oveja con la simplicidad de la paloma. Solo él, que reyna como Soberano en el universo, podia por la voz de estos hombres, que eran *nada* en el mundo, formar un pueblo de Santos, en medio de las naciones mas depravadas, sugetar este nuevo pueblo á una ley que transtornaba todas las ideas de la supersticion, y oprimía todas las inclinaciones naturales. Solo él podia reunir en un mismo espíritu, en una misma fé, baxo una misma ley, y un mismo gobierno, que no tenia fuerza, ni aparato exterior, ni armas, ni riquezas, este pueblo inmenso esparcido por todas las naciones, los Principes y los

vasallos, los ignorantes y los sábios, para hacerles adorar un Dios crucificado, y crucificarlos con él, haciendo morir las pasiones, que parecían ser la vida del hombre. Solo él que vive desde la eternidad, y que permanece inmutable en medio de los tiempos, podía dár á su Iglesia una estabilidad que las revoluciones de los tiempos no han podido jamás alterar; de suerte, que entre esta multitud de sectas, que desde el principio de la Iglesia no han cesado de atacar su doctrina, y que la han atacado por todos los puntos, ninguna ha podido hacerla variar, ni por las sorpresas de la hipocresía, ni por violencia de las persecuciones, ni por las sutilezas, el crédito, y artificios de los sectarios, ninguna ha podido romper el hilo de la sucesion apostólica que conserva, ni despojarla de su autoridad, abolir ni variar su gobierno, ni impedir que no fuese siempre dominante, siempre visible con los caracteres distintivos, que atestiguan al universo la divinidad de su mision: La Esposa de Jesu-Christo, permaneciendo así siempre esencialmente

santa, esencialmente verdadera, y constantemente invariable, sin que entre esta multitud infinita de decretos que ha publicado, tanto en orden á la doctrina, como á la disciplina, se haya jamás contradecido, jamás desviado del espíritu de sabiduría, de justicia, de santidad que debia presidir en su gobierno; sin que jamás los vicios particulares de los Pastores, que eran los Jueces de la doctrina, hayan causado la menor lesion á la integridad de la fé; sin que para justificar sus desarreglos, haya alterado la pureza de su moral. Finalmente, solo él, que era la santidad por esencia, podía dár á su Evangelio, este espíritu de vida, que en todos los tiempos, en medio de los siglos mas bárbaros y mas corrompidos, ha reproducido las mismas virtudes que habian brillado desde el nacimiento del Christianismo.

Es pues en esta Iglesia, esencialmente una, esencialmente santa, única depositaria de la fé, de la mision, y de las promesas de Jesu-Christo, en esta Iglesia, que como un grande árbol colocado sobre el monte santo, extiende



sus ramas hasta las extremidades de la tierra, se manifiesta á los ojos de todo el universo, vive siempre del espíritu de Dios, produce por todas partes y en todos los tiempos, frutos de vida, y del qual la existencia, la propagacion y las obras son un milagro permanente de la proteccion divina; es en esta Iglesia, que Jesu-Christo ha depositado los tesoros inagotables, para hacernos practicar la ley santa que ha venido á traer al mundo.

ARTICULO II.

*De los socorros que Jesu-Christo ha preparado en su Iglesia para hacernos practicar sus mandamientos.*

**S**emejante á un niño que desde el momento que nace recibe de las manos de la madre que le ha dado el dia, todos los socorros necesarios á la conservacion de su existencia, así el fiel, desde el instante de su regeneracion, encuentra en el seno de la Iglesia todos los medios

de que tiene necesidad para conservar la nueva vida que ha recibido.

La primera necesidad del hombre en el órden moral, es la de conocer la regla de las costumbres, que debe servirle de guia; y se ha manifestado, que Jesu-Christo habia suplido la insuficiencia de las leyes civiles y de la educacion paternal, por la mision que habia dado á sus Apostoles, para enseñar á todas las naciones. Se ha visto tambien, como por la constitucion de su Iglesia, por la asistencia que le habia prometido, por el órden que habia establecido, ningun pueblo, edad, ni condicion quedaba excluído del conocimiento del Evangelio. Sus Ministros, en virtud de la mision divina que han recibido, se esparcen por todas las clases de la sociedad, por todos los paises del mundo conocido, por las cabañas de los pobres, lo mismo que por los palacios de los Reyes; siguen el hombre por todas partes, hablan á todos el mismo language; y el language del Evangelio es siempre el de la simplicidad y de la sabiduría. Dexando á parte los procedimientos de con-

sus ramas hasta las extremidades de la tierra, se manifiesta á los ojos de todo el universo, vive siempre del espíritu de Dios, produce por todas partes y en todos los tiempos, frutos de vida, y del qual la existencia, la propagacion y las obras son un milagro permanente de la proteccion divina; es en esta Iglesia, que Jesu-Christo ha depositado los tesoros inagotables, para hacernos practicar la ley santa que ha venido á traer al mundo.

ARTICULO II.

*De los socorros que Jesu-Christo ha preparado en su Iglesia para hacernos practicar sus mandamientos.*

**S**emejante á un niño que desde el momento que nace recibe de las manos de la madre que le ha dado el dia, todos los socorros necesarios á la conservacion de su existencia, así el fiel, desde el instante de su regeneracion, encuentra en el seno de la Iglesia todos los medios

de que tiene necesidad para conservar la nueva vida que ha recibido.

La primera necesidad del hombre en el órden moral, es la de conocer la regla de las costumbres, que debe servirle de guia; y se ha manifestado, que Jesu-Christo habia suplido la insuficiencia de las leyes civiles y de la educacion paternal, por la mision que habia dado á sus Apostoles, para enseñar á todas las naciones. Se ha visto tambien, como por la constitucion de su Iglesia, por la asistencia que le habia prometido, por el órden que habia establecido, ningun pueblo, edad, ni condicion quedaba excluído del conocimiento del Evangelio. Sus Ministros, en virtud de la mision divina que han recibido, se esparcen por todas las clases de la sociedad, por todos los paises del mundo conocido, por las cabañas de los pobres, lo mismo que por los palacios de los Reyes; siguen el hombre por todas partes, hablan á todos el mismo language; y el language del Evangelio es siempre el de la simplicidad y de la sabiduría. Dexando á parte los procedimientos de con-



vencion y las prácticas menudenciales de los usos admitidos, van en drechura al corazon, para colocar en él la religion Christiana. Gravan en él las verdades esenciales, que contienen todas las virtudes; presentan motivos capaces de inspirar el valor mas grande; instruyen, amonestan, corrigen, ya por la enseñanza pública, ya por instrucciones particulares; previenen principalmente los pueblos contra los escándalos mas comunes y mas peligrosos; se desvelan mutuamente, para impedir que las innovaciones no corrompan la sana doctrina; y por la conexión que une los simples fieles con los Ministros del Evangelio, los Ministros inferiores con los primeros Pastores, y todo el Cuerpo con su Cabeza; la doctrina del último Ministro que enseña en las extremidades del mundo, se halla apoyada en la autoridad de la Iglesia universal, que enseña en el mundo entero.

En el proceder de una educacion puramente humana, casi todos los cuidados se reducen á formar el hombre exterior. Sed justo, sed humano, discreto, dul-

ce, complaciente, modesto en la prosperidad, valeroso en las desgracias, intrépido en los peligros. Tal es la moral del hombre. Se le encarece la decencia en las costumbres, la moderacion en los placeres, la fidelidad en los empleos. Pero hasta aqui no tenemos mas que la apariencia del hombre, y un tal hombre de bien será un verdadero hipócrita, si no tiene la rectitud del corazon. Se le propone por motivo la esperanza de la fortuna, el deseo de la estimacion, y de la confianza pública, &c.: Pero ¿la sana moral podría estar apoyada en semejantes motivos? Se le habla de honor, y se hace consistir el honor en la estimacion de los hombres: Pero siendo los hombres frecuentemente injustos ¿puede su opinion ser la regla de las costumbres? Se le dice que el hombre de bien es suficientemente recompensado de los sacrificios que hace á su debér, por el testimonio que le dá su propia conciencia: Pero ¿este testimonio le dará jamás bastante fuerza para luchar contra la violencia de las inclinaciones, y el temor del infortunio? Por último, mién-

tras que se recomienda el amor del deber, se inspira la ambicion, la concupiscencia, y el amor de los honores y de la gloria, que inspiran muy á menudo las injusticias. Miéntras que se habla de virtud, se permite, se justifica, se exalta todo lo que fomenta el amor de los placeres, y se enciende en el corazon del hombre el fuego de todos los vicios.

La religion pone la virtud en el corazon, y encierra su moral en estas pocas palabras: *Amad á Dios sobre todas las cosas: Amad al próximo como á vosotros mismos, por respecto á Dios, y nunca esperéis sino de Dios solo, vuestra recompensa.*

Logran los Ministros de la religion imprimir en vuestros corazones estos cortos principios, la educacion está concluída. El Christiano instruído en la escuela de Jesu-Christo, sin conocer las costumbres de política, que solo reforman el hombre en lo exterior, será siempre y en todas las condiciones, todo lo que debe ser, buen padre, buen hijo, buen esposo, buen amo, buen servidor,

buen Principe, buen Magistrado, buen ciudadano; y lo será con la hermosa sencillez, que distingue la virtud, de todo lo que no lo es, porque lo verdadero tiene una fisonomía que solo es propia de ello mismo.

Quando me acerco á esos respetables retiros, en que los piadosos Cenobítas pasan sus dias tranquilos en la oracion y el silencio, sucesivamente ocupados en trabajos pacíficos y en verdades celestiales, pareceme al entrar, que veo la tristeza y la rusticidad que habitan en la sombra de las florestas; entre las austeridades de la penitencia, con la virtud solitaria. Pero, qual es mi sorpresa, quando el humilde Solitario se presenta á mi vista llevando en su semblante la serenidad, con los atractivos hechizos de la virtud! Entre estos mismos á quienes su nacimiento ordinario parecia no prometer mas que una educacion muy comun, veo una política religiosa que se manifiesta por los cuidados, las prevenciones, la dulzura de la caridad; por la humildad y la reserva de la modestia; por esta agradable simplicidad



de costumbres, que gusta tanto mas que las políticas de representacion y de adorno, porque es una sencilla expresion de un alma sinceramente virtuosa.

Para inculcar en nuestro espiritu las maximas de la moral, la ley natural nos convidaba á meditarlas. La religion de Jesu-Christo nos forma un mandamiento expreso; y todos los dias nos recuerda la memoria de su ley santa. Todos los dias en la enseñanza, y en las rogativas públicas, nos habla de Jesu-Christo, de su cruz, de sus gracias, de su misericordia, de su santidad, de su justicia, de los misterios de su redención, de las virtudes y de la gloria de sus Santos, de las recompensas que nos ha prometido. Todos los dias nos circuye, por decirlo así, de su santidad; se explica por todos los sentidos para preservarnos, confortarnos, y consolarnos. La pública administracion de los sacramentos, la pompa y la magestad del culto público, sus ceremonias de luto, la solemnidad de sus fiestas, el sonido de las campanas que las anuncian, los canticos sagrados que las celebran, parecen

coger de todos lados al hombre que huye, que se resiste á su propia conciencia, para advertirle, á pesar suyo, que hay un Dios, un Jesu-Christo, una muerte, un juicio, una eternidad, y para convidarle al arrepentimiento, indicandole el manantial de las gracias, y los medios de la salud.

La ley natural nos advertía, que apoyásemos nuestra flaqueza en la sociedad de las gentes virtuosas. La religion de Jesu-Christo forma esta respetable sociedad; reúne sus hijos en el lugar santo; y en esta augusta asamblea, el pobre y el rico, el grande y el vulgar, confundidos en la presencia del soberano Señor del universo, que vé á sus pies todas las criaturas como la nada, se edifican mutuamente por el culto que rinden á su suprema Magestad, y por la participacion de los mismos sacramentos. Se alimentan de comun con el pan de la divina palabra, se ejercitan recíprocamente por canticos solemnes, por homenajes de adoracion y de acciones de gracias, á bendecir al Dios Santisimo, y á glorificarle por una vida pura y sin mancha. Tom. II. 13

El vínculo de esta santa sociedad, es el mismo Jesu-Christo, que se presenta en medio de ella sobre los altares, á fin de rogar por sus hijos; es Jesu-Christo, que en la oblacion que hace de sí mismo á su Padre, como Pontifice eterno, reúne todos los fieles que están en la tierra, todos los que gozan de su gloria en el cielo, todos los que acaban de purificarse en el purgatorio. En virtud de esta asociacion espiritual de todos los miembros de este cuerpo místico, con Jesu-Christo, que es la que llamamos comunión de los santos, aquellos que estan aun en estado de combate, ó de afliccion, son socorridos por los méritos y las plegarias de todos los demás miembros. Así la Iglesia no tiene castigo mas temible, que el que intercepta esta influencia universal, separando de su cuerpo místico los pecadores obstinados, con el cuchillo espiritual de la excomunion.

El sentimiento íntimo de nuestra insuficiencia llamaba sin cesar el cielo á nuestro socorro; pero nuestras infidelidades nos hacian temer que el cielo se denegase á nuestros votos. Jesu-Christo,

que ha expiado los pecados del mundo, y nos ha alcanzado misericordia, nos lo asegura haciendose él mismo nuestro mediador, y por decirlo así, nuestro garante para con su padre celestial. Nos manda esperar, nos ordena pedir; nos asegura, que todo lo que pediremos en su nombre á su Padre, nos será otorgado (1); y aunque en virtud de su union hipostática con el Verbo, su santa humanidad hubiera sido constantemente asistida de la Divinidad, se ha preparado para las funciones del apostolado, por una oracion de quarenta dias (2). Ha interrumpido los trabajos de su mision, para ir á orar en el desierto (3); se ha dispuesto por la oracion, al sacrificio que iba á consumir sobre la cruz (4); le ha consumado orando (5); nos ha enseñado, por fin, él mismo á orar (6); y la corta fórmula que nos ha dictado, encierra en cada uno de sus artículos,

(1) Juan 15. v. 16. = (2) Math. 4. v. 2. = (3) Marc. 1. v. 13. (4) Juan 17. v. 9. y sig. = (5) Luc. 23. v. 46. = (6) Math. 6. v. 9. y sig.



juntamente, una peticion, una maxíma, y una resolucion.

Dirigiendonos á Dios, empezamos por darle el nombre de *Padre*, y este título nos hace memoria del amor que tiene para con nosotros, del que debemos tener para con él, y de la confianza con la qual hemos de rogarle.

Este Padre *está en el cielo*, como en su propio reyno: De consiguiente, el reyno del padre debe ser tambien el reyno de sus hijos. ¿Qué será pues el universo entero; que, todos los imperios de la tierra, para aquel que se vé destinado á reynar en el cielo?

El primer deseo de un hijo de Dios, es que *el nombre* de su Padre celestial sea glorificado, y que su reyno venga, es decir, que su reyno sea consumado por la plenitud de los elegidos reunidos á Jesu-Christo en el cielo. Mas, pedir la venida de este reyno es desear ver que perece la figura del mundo que pasa, para ver que llega el reyno de Jesu-Christo, que no tendrá fin.

No pudiendo las criaturas glorificar á Dios sino por la obediencia, deseamos

que todos los hombres *hagan su voluntad en la tierra*, como la cumplen los Santos *en el cielo*; y formamos la resolucion de satisfacer á sus divinos mandamientos.

Despues de haber pedido el reyno del cielo, esto es, la mayor gloria posible en el orden espiritual, no pedimos otros bienes de la tierra, que *el pan de cada dia*. El rico reconoce aqui, como el pobre, que el pan quotidiano es un beneficio del Padre celestial. El pobre atestigua, que el pan que recibe del rico, es el pan que recibe de la mano de Dios; y siendo su industria un dón de la Providencia, queda por ahí mismo advertido, de que debe hacer fructificar el talento que Dios le ha dado, á fin de procurarse el pan que ha pedido.

Implorando la misericordia del Padre celestial, nos reconocemos culpables; pidiendo que *nos perdone*, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, contraemos una obligacion mas expresa de ejercer la misericordia, y protestamos conceder á los otros el perdon que hemos implorado para nosotros.

Atemorizados por nuestra propia flaqueza, suplicamos, que *no nos dexé caer en la tentacion*; y esta plegaria presupone la sincera resolucion en que debemos estar de evitarlo. Pedimos *ser librados de mal*; con lo que manifestamos la obligacion que nos cabe, y el animo en que debemos estar, de ser advertidos contra las sugestiones del espiritu maligno, y de resistir á sus ataques.

Además de los socorros que Jesu-Christo ha prometido á la oracion, ha puesto tambien un rico tesoro de gracias en las manos de su Iglesia, y le ha comunicado una parte de su poder, para cooperar á los designios de su amor, y suplir, por decirlo así, los desvelos de su ternura paternal, durante el corto espacio de su ausencia. Apenas parecemos en el mundo, quando la Iglesia nos recibe entre sus brazos, para darnos una segunda vida, consagrandonos á su divino Esposo en las aguas saludables del bautismo. Desde entonces, constituidos hijos suyos, toma sobre sí todos los cuidados de la solicitud maternal, y nunca mas nos abandona.

A medida que el espiritu se abre á las primeras vislumbres de la razon, ella le ilustra con las luces de la fé. Pero, proporcionando siempre las instrucciones á la capacidad de la edad, nos alimenta al principio con la leche de la infancia: Quando la razon nos ha hecho capaces de un alimento mas sólido, despliega á nuestros ojos las santas máximas de su moral; y despues de habernos hecho ratificar personalmente las promesas que habia otorgado por nosotros en el bautismo, nos confiere un nuevo sacramento, para darnos el valor de confesar á Jesu-Christo delante de los hombres, y de vivir conforme á la fidelidad que le hemos jurado.

Mas, ay! nosotros debiamos olvidar luego nuestras promesas y sus beneficios; y Jesu-Christo, en vez de cerrar los tesoros de sus misericordias, confia á sus Pontifices las llaves del cielo para perdonarnos, declarandoles, que *todo lo que ellos ligarán sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatarán sobre la tierra, será tambien des-*



*tad, en los cielos* (1). Siendo la promesa indefinida, no hay pecado alguno que sea irremisible: La inmensidad de su misericordia debia igualar la inmensidad de sus merecimientos. Pero la discrecion que ha de arreglar la potestad de sus Ministros, no permitiendoles absolver el culpado, sin conocer sus faltas, y las disposiciones de su corazon, le impone la obligacion de descubrirles el interior de su conciencia, á fin que la misericordia se exerza segun justicia.

Esta declaracion, precedida de un sério arrepentimiento, dispone el pecador para obtener el perdon, por el pesar y la confusion de las infidelidades que ha cometido. El Pastor que se hace el confidente de su conciencia, concibe naturalmente para con él la caridad y las sollicitudes de un padre. El pecador que le pide misericordia, y viene á aliviarse en su seno del peso que le agovia, toma de su parte el corazon de hijo para con el Pastor: Haciéndole una humilde confesion de sus faltas, deponen en sus

(1) *Math. 16. v. 19.*

pies con una llena seguridad, sus congojas y sus inquietudes; aclara sus dudas; pide, recibe consejos en los casos arduos y apurados, en que no atreviéndose á confiarlos á otra persona, quedaría abandonado á sus propios sentimientos. El Pastor instruído por una larga experiencia, asistido de la gracia del sacerdocio, versado en la ciencia de la ley, y en el conocimiento del corazon humano, sin otro interés, que el de la religion, que es al mismo tiempo el interés del culpado, le ilustra acerca las obligaciones de su estado, le prescribe las reglas de su conducta, hace cesar las enemistades, providencia las restituciones, procura la paz de las familias, se presta el mismo, si es menester, á un ministerio de caridad, á fin de allanar los obstáculos: Calma los escrúpulos, desengaña las falsas conciencias, conforta, aconseja, ruega, exôrta, manda, hablando á todos en el nombre del soberano Señor que le envia. Dice á los Grandes, verdades que les importa saber, y que nadie se atreve á decirselas: Se sirve del ascendiente que le dan la

confianza del penitente y la autoridad del ministerio, para abrir el corazón á las impresiones de la gracia: Impone la práctica de obras saludables, que sirven de expiación, igualmente que de preservativo. Si suspende el perdón para asegurar la conversión del pecador, jamás le niega á la enormidad de sus faltas; y quando el pecador, reconciliado con Dios, se levanta de los pies del Ministro con estas palabras de Jesu-Christo, *id en paz*, ay! ¡quán satisfecho se encuentra, por la alegría que siente, de la saludable confusión que le habia humillado! ¡quán bien experimenta entonces, que el yugo del Señor es dulce, y la paz de Jesu-Christo diferente de la turbulenta alegría del mundo, que nunca dá á los que le siguen, la paz que les promete!

La Iglesia llama todos sus hijos á este tribunal de misericordia, desde que se han hecho culpables; y quando la efervescencia de las pasiones, y la seducción del mundo van á entregarlos á los mas fuertes asaltos, redobla sus instrucciones á fin de precaverlos contra los pe-

ligros; les obliga á repasar en la amargura de su corazón, los primeros descarríos de su vida; reitera el perdón; los hace participes del pan de los fuertes; y este pan es el mismo Jesu-Christo, que se pone entre las manos del Sacerdote, para incorporarse con ellos; que cubre su magestad para no oprimirlos con su gloria; que se dá á ellos bajo las apariencias de un alimento ordinario, á fin de enseñarles que quiere ser el alimento de cada día.

Entre tanto la Iglesia continúa á instruir y exórtar: Por todas partes, en todos los tiempos, en las aflicciones, en las desgracias, en los peligros, en los combates, corre á su socorro, los acompaña para dirigirlos, confortarlos, y sostenerlos; les alarga la mano para levantarlos si caen; persevera en advertirlos quando se resisten; insta, convida, reprehende, importuna, sin que la obstinación canse jamás su paciencia, ni sus infidelidades le hagan desesperar de su salud (1).

---

(1) Que prediques la palabra, que instes



Llegados por fin al último término de su carrera, á este momento lúgubre en que todo padece en lo interior, en que todo se escapa en lo exterior, en que el mundo huye, nada tienen que los consuele; en este momento que toca en las puertas de la eternidad, viene la religion con la cruz de Jesu-Christo á reanimar su confianza, por la vista de un Dios que se ha inmolado para rescatarlos; implora á su favor las misericordias; les muestra al través de las grandezas humanas que se eclipsan, el reyno de Jesu-Christo que se acerca, y las promesas que ha hecho á la virtud que padece; les administra el último sacramento, y les enseña á sufrir y á morir. Aun despues que han dexado de vivir, su caridad es tambien viva para con ellos: Redobra sus rogativas sobre los tristes despojos de la mortalidad, y los deposita en un lugar santo, para aguardar el día de una nueva regeneracion. El mun-

do, á tiempo, y fuera de tiempo: reprehende, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina. 2. *Tim.* 4. 2. 2.

do, ay! el mismo mundo que habia incensado sus vanos ídolos, olvidará luego, que hayan existido: Pero la Iglesia, siempre solicita para con sus hijos, no cesará jamás de implorar por ellos la misericordia.

Los Ministros de la religion, encargados de velar sobre la grey de Jesu-Christo, tenían necesidad de una asistencia particular para llenar dignamente sus funciones; y Jesu-Christo instituye un sacramento, que les confiere, con la uncion del sacerdocio, la gracia de ejercerle santamente. Los casados tenían necesidad de gracias especiales para conservar las buenas costumbres en el seno de las familias, para propagar las virtudes por la educacion, para hacer reynar en ellas la concordia y la paz; y Jesu-Christo eleva el matrimonio á la dignidad de sacramento, con el fin de darles gracias relativas á los deberes de su estado.

Los Pontifices, habiendo recibido con el poder de las llaves, la autoridad del gobierno, se sirven tambien felizmente de su potestad, para proveer á las ne-

cesidades de sus hijos, y despertar su piedad; y determinan por reglamentos particulares, la práctica de las obras santas, que el Evangelio había tan solamente prescrito por leyes generales.

Jesu-Christo había ordenado la mortificación de los sentidos; y la Iglesia establece un precepto de ayuno en días determinados, para prepararnos á la solemnidad de sus fiestas, y para alcanzar de Dios, Ministros que sean segun su espíritu. Jesu-Christo había recomendado la oracion; y la Iglesia señala ciertos días para dedicarse especialmente á este santo ejercicio; congrega sus hijos en un lugar de oracion, para oír la palabra de Dios, cantarle alabanzas, asistir á la celebracion de los santos misterios, y hacer cesar todos los trabajos serviles, á fin de entregarse con menos distraccion á las obras de la religion. Jesu-Christo había dado á sus Pontífices la potestad de perdonar los pecados; se había él mismo hecho víctima en nuestros altares para sustentarnos de su precioso cuerpo; había declarado, *que si no comieramos su carne, y*

*bebieramos su sangre, no tendríamos vida en nosotros (1);* y la Iglesia para vencer la indolencia de sus hijos, les pone un mandamiento expreso de reconciliarse con Dios en el tribunal de la penitencia, á lo menos una vez en el año, y de participar del cuerpo y sangre de Jesu-Christo en los días de gracias consagrados á celebrar los santos misterios de su muerte y resurreccion; realza la magestad del culto público, por la pompa de las ceremonias augustas, que imprimen la santidad de la religion en el corazon del hombre sensible. Jesu-Christo había aconsejado la práctica de la perfeccion evangelica; y la Iglesia, para animarnos á executar sus consejos, instituye Ordenes religiosas, que se hacen otros tantos asilos destinados á preservar la inocencia, de los escándalos del siglo, á probar las vocaciones, y formar las mas altas virtudes; establece reglas para conservar en aquellas el fervor, y mantener la pureza de la disciplina; liga los miembros por vo-

---

(1) Juan 6. v. 54.



tos solemnes, que oponen una barrera á la inconstancia del corazon humano; y la variedad de sus institutos ofrece á cada uno los medios de seguir su inclinacion particular, por los diferentes ejercicios que le son inspirados. De esta suerte se forman en el seno de la Iglesia, los miembros místicos del cuerpo de Jesu-Christo para llegar á la plenitud del *hombre perfecto*.

Tal es pues la naturaleza de la religion de Jesu-Christo, que conduce á la mas grande felicidad, por las mas altas virtudes; que produce las mas altas virtudes, por los mas poderosos medios; y que pone estos poderosos medios al alcance de todas las condiciones, manifestandose ella misma á los ojos del universo, explicandose de un modo el mas inteligible, el menos equívoco, por medio de una autoridad viva, marcada con el sello de la Divinidad, y no exigiendo, para hacernos llegar á las mas altas virtudes, y á la mas grande felicidad, sino lo que está en el poder de todos, la pureza de corazon, y la sencillez de la obediencia.

Pero para sentir bien todos estos beneficios, sería preciso haber sentido las privaciones; deberíamos suponernos aislados en el mundo, reducidos á nuestra sola razon, y pedirnos á nosotros mismos: ¿Quién soy yo? ¿Qual es este sér que piensa dentro de mí? ¿Quién me ha dado la existencia? ¿Por qué fin me ha creado? ¿Qual es la ley que me impone? ¿Qual este por venir á que voy á parar? Los sábios de la antigüedad se han desviado en estas importantes cuestiones, que deciden de la felicidad y de los debéres del hombre, quando han querido profundizarlas: ¿Sería nuestra razon mas perspicáz? Yo me transporto en espíritu á esas tristes regiones que están circuídas de las sombras de la muerte; y veo allí los Christianos dispersos en las aldeas, y en los desiertos, freqüentemente perseguidos, correr de todos lados, y muchos de largas distancias, con peligro de sus vidas, ellos, mugeres, é hijos, ante el Ministro evangelico que viene á sustentarlos con el pan de la divina palabra; los veo reunirse junto á él, sin abrigo, como ove-

jas errantes, alimentarse y albergarse de la manera que pueden, escuchar con una santa codicia las palabras de caridad que les dirige, depositar sus penas en su corazon, pedir solicitamente la gracia de la reconciliacion, consolarse mutuamente por canticos santos, regar con lágrimas de alegría y de dolor el altar sagrado que Jesu-Christo riega con su sangre, sufrir constantemente las necesidades de la indigencia, la intemperie de las estaciones, olvidarse de sí mismos, para ocuparse de su actual felicidad, instar eficazmente al Pastor para que prolongue su feliz mansion. Pero una jornada tan consolante solo puede ser de corta duracion; otras ovejas llaman al Pastor en distinta parte, y luego á las lágrimas de alegría sucederán los llantos y los sollozos, con los tiernos despidos. Es un padre que vá á dexar sus hijos (1), y á quien estos ven

(1) Son muchas las provincias en que los Misioneros no pueden hacer sino cortas detenciones; haciendo suplir la instruccion, del modo que pueden, por catequistas, maes-

ay! quizás por la última vez. Ah!; quan de diferente manera que nosotros, sienten esos dichosos Christianos, el precio de las gracias de que se hallan hambrientos, y de las quales la superabundancia ha producido desgraciadamente en nosotros la saciedad, y el disgusto!

iros, y maestras, que por ser ordinariamente pobres, es preciso atender á su sustento, y á veces al de los que ellos alimentan con su trabajo, y los medios faltan. Es preciso asistir tambien á los Christianos encarcelados. Sería de desear, que pudiesen establecerse allí muchos Seminarios á fin de elevar á ellos los naturales del pais, en quienes se ven felices disposiciones para el sacerdocio; pero como todavia son harto escasos los recursos, y se hallan muchas tierras incultas por falta de medios, es indispensable dexar porciones remotas de Christiandad, que piden el pasto, y no se les puede dar. Los Misioneros que se envian de Seminarios fuera de Paris, son en tan corto número, con respecto á la extension de su distrito, que apenas pueden visitarlas una vez el año, y ciertos cantones de dos en dos años.



jas errantes, alimentarse y albergarse de la manera que pueden, escuchar con una santa codicia las palabras de caridad que les dirige, depositar sus penas en su corazon, pedir solicitamente la gracia de la reconciliacion, consolarse mutuamente por canticos santos, regar con lágrimas de alegría y de dolor el altar sagrado que Jesu-Christo riega con su sangre, sufrir constantemente las necesidades de la indigencia, la intemperie de las estaciones, olvidarse de sí mismos, para ocuparse de su actual felicidad, instar eficazmente al Pastor para que prolongue su feliz mansion. Pero una jornada tan consolante solo puede ser de corta duracion; otras ovejas llaman al Pastor en distinta parte, y luego á las lágrimas de alegría sucederán los llantos y los sollozos, con los tiernos despidos. Es un padre que vá á dexar sus hijos (1), y á quien estos ven

(1) Son muchas las provincias en que los Misioneros no pueden hacer sino cortas detenciones; haciendo suplir la instruccion, del modo que pueden, por catequistas, maes-

ay! quizás por la última vez. Ah!; quan de diferente manera que nosotros, sienten esos dichosos Christianos, el precio de las gracias de que se hallan hambrientos, y de las quales la superabundancia ha producido desgraciadamente en nosotros la saciedad, y el disgusto!

iros, y maestras, que por ser ordinariamente pobres, es preciso atender á su sustento, y á veces al de los que ellos alimentan con su trabajo, y los medios faltan. Es preciso asistir tambien á los Christianos encarcelados. Sería de desear, que pudiesen establecerse allí muchos Seminarios á fin de elevar á ellos los naturales del pais, en quienes se ven felices disposiciones para el sacerdocio; pero como todavia son harto escasos los recursos, y se hallan muchas tierras incultas por falta de medios, es indispensable dexar porciones remotas de Christiandad, que piden el pasto, y no se les puede dar. Los Misioneros que se envian de Seminarios fuera de Paris, son en tan corto número, con respecto á la extension de su distrito, que apenas pueden visitarlas una vez el año, y ciertos cantones de dos en dos años.

*De los beneficios que la Religión de Jesu-Christo procura á la sociedad civil.*

Los enemigos de la religion de Jesu-Christo le imputan, que hace al hombre infeliz en este mundo, porque sujeta sus inclinaciones; y que se opone á los progresos de las ciencias, porque prescribe límites á la razon. Mas, aun quando esta religion santa privase al hombre de ciertas utilidades temporales, quando fuese un obstáculo á los progresos de algunos conocimientos humanos, ¿qué serían todos los bienes de la tierra, en comparacion de la eterna felicidad que nos asegura? ¿qué serían todos los conocimientos humanos, comparados con la ciencia que hace conocer al hombre sus debéres y su fin, esto es, con la única ciencia de que le importa estar instruído? Sin embargo, á mayor abundamiento, voy á demostrar, como léjos de ser esta religion un obstáculo al bien

estar del hombre, y á los progresos de las luces, sirve al contrario, por una feliz influencia, al bien de la sociedad civil, y á los progresos de las ciencias humanas. Estas dos verdades harán todavía conocer mejor la divinidad de una religion, que velando siempre sobre el bien del hombre, lleva tambien por todas partes la marca de la sabiduría y de la bondad de su autor. Cosa admirable, decia un Filósofo moderno (1), la religion de Jesu-Christo, que parece no tener otra mira que la felicidad de una vida por venir, procura tambien la mayor felicidad de la presente. San Pablo lo habia dicho ya en menos palabras: *La piedad vale para todo* (2). Pongámos en claro esta verdad; y si nos vemos obligados á repetir alguna vez lo que se ha dicho, rogamos al lector que se acuerde de que en la exposicion de un cuerpo de doctrina, cuyas partes

(1) Montesquieu. — (2) La piedad vale para todo; porque tiene promesa de la vida que ahora es, y de la que ha de ser. 1. Tim. 4. v. 8.



tienen la misma base, es muy á menudo inevitable volver á los mismos principios, para demostrar las verdades que de ellos derivan, y que van despues por sus diferentes relaciones á abrazarse, y reunirse como en un centro comun de luz.

ARTICULO I.

*De la feliz influencia de la Religion de Jesu-Christo sobre los bienes de la vida presente.*

Jamás se habia pensado, que una ley de abnegacion debiese conducir el hombre al estado mas feliz que pudiese hallarse en la tierra, por el desapego de los mismos bienes que parecian constituir su única felicidad. Sinembargo, esta verdad que se nos presentaba como una paradoxa, ántes que la fé ilustrase la razon, se encuentra hoy tan bien demostrada á los ojos de la misma razon, que es todavía mas de admirar, que hubiese quedado por tanto tiempo ignorada. Para hacer mas sensible la

prueba, considerémos el hombre baxo tres diferentes relaciones, 1.<sup>a</sup> respecto á sí mismo; 2.<sup>a</sup> respecto á sus semejantes; 3.<sup>a</sup> respecto al orden público; y verémos como baxo estas diversas consideraciones, la religion de Jesu-Christo se hace constantemente la amiga del hombre.

En primer lugar, considerado el hombre respecto á sí mismo. Las pasiones le muestran la felicidad en los placeres, en los honores, en las riquezas. Pero los placeres le degradan y le sujetan; las ilusiones de la embriaguéz no son mas que momentos de disipacion interrumpidos por el disgusto de la apatía, por la inquietud de los remordimientos, y por el peso de su propia exístencia. La sensibilidad y las pretensiones del orgullo, las inquietudes, los temores y las congoxas de la ambicion le tienen en un continuo flujo y refluxo, y le entregan á la desesperacion quando se ve obligado á pararse.

Jesu-Christo procura un placer mas dulce y mas duradero, un placer exento de remordimientos é inquietudes,

porque está siempre de acuerdo con la verdad y la justicia: Haciendo amar la virtud, dá la paz de la conciencia, que es el primer bien del hombre sobre la tierra, y modera los cuidados y las penas de la vida presente, por la esperanza de una felicidad venidera.

La reputacion es un bien; mas, ¡quantos desórdenes la marchitan! La ley de Jesu-Christo produce las virtudes, y la estimacion pública, que viene naturalmente tras ellas.

La fortuna es un bien necesario á las urgencias de la vida; pero los placéres y el luxo multiplican los apuros, y destruyen las mas ricas fortunas. La ambicion que todo lo aventura para elevarse, conduce siempre á la orilla del precipicio, si es que no abisme en él. La religion proscribte los vicios que absuervén las riquezas; condena la ambicion que las pone en peligro; cercena las necesidades de las pasiones que empobrecen; recomienda la vigilancia, el trabajo, la aplicacion, que enriquecen, y triplica así las fortunas.

La salud es un bien; pero el cuerpo

se enmolece en la osiosidad, y se disipa por los excesos. Jesu-Christo reprueba el ocio, y nos sujeta á las reglas de la moderacion y de la templanza.

El primer bien de las familias consiste en la paz, el honor y la concordia; pero las familias se deshonran por los vicios; las injusticias, los zelos, los odios, las antipatías, fomentan en ellas la discordia. La religion hace reynar la paz y el honor, con la virtud.

Las enfermedades del cuerpo, y la decrepitud de una vejez anticipada, son los tristes frutos de la depravacion de las costumbres. El Evangelio, sujetandonos á una vida sobria y laboriosa, nos prepara el goce de dias largos y felices.

Los deseos insensatos son el mayor suplicio del hombre; apetece lo que no está en su poder adquirir, ni conservar. De ahí los trabajos, las inquietudes, las ansias, los temores, la desesperacion. La religion de Jesu-Christo no dexa mas que un deseo principal, que sojuzga, y modéra todos los demás; el deseo de un bien que está en el poder de todos los hombres, el deseo de asegu-



rar la felicidad venidera ; y con esto mismo calma las inquietudes de la vida presente.

Las mismas pasiones que forman la desgracia del hombre , sirven tambien para exasperarle. Un transtorno de fortuna abate al ambicioso ; las humillaciones derriban al soberbio ; las enfermedades y los achaques desesperan al voluptuoso , y quando la muerte se presenta , el hombre de la fortuna y de los placeres , que no vé despues de su vida sino una destruccion eterna, ó una eternidad de suplicios , se halla reducido á invocar la misma nada que le hace horror , para escaparse de los suplicios que le hacen estremecer , y tiembla aun por el temor de no ser oído.

Si la religion de Jesu-Christo no procura siempre infaliblemente los beneficios temporales que se han manifestado , es porque no son su último fin ; y por lo mismo jamás los promete. Pero nos abre siempre el camino mas comun , y ordinariamente el mas seguro para conseguirlos. Sino preserva de las penas inseparables de la humanidad, si no quita nuestra sen-

sibilidad en las aficciones , las modera pero , por el espíritu de abnegacion. Las enfermedades y el dolor pierden una parte de su amargura para con el Cristiano ya crucificado con Jesu-Christo por la mortificacion de los sentidos. Las humillaciones , las desgracias , y las privaciones de la indigencia , son siempre menos sensibles á un alma , que mirando la gloria del mundo y todas las riquezas de la tierra , como una sombra que pasa , se apresura á llegar al reyno que le está destinado. La fé saca de nuestra misma sensibilidad , un objeto de consuelo y de alegría. Nuestras penas son , en el orden de la Providencia , el camino ordinario que conduce á la verdadera felicidad. En las humillaciones , en la pobreza , en las desgracias , estamos siempre baxo los ojos de un Padre tierno , que se ha declarado especialmente el protector del pobre y del afligido. La indigencia no nos ha enpobrecido en su consideracion ; la calumnia no nos ha deshonorado en sus ojos. El vé en el justo afligido y perseguido , la pureza de un alma recta ; la

inocencia calumniada, es aun mas digna de sus complacencias, y la magnitud de las penas debe ser la medida de la felicidad que ha prometido. El mismo ha entrado en su gloria por la cruz; y por ella deben entrar despues de él sus escogidos. La muerte que espanta la naturaleza, rompiendo los vínculos que retardan su felicidad, destruyendo el frágil edificio que los tiene cautivos, y reduciendo su cuerpo en cenizas, no hará mas que despojarles de todo lo que tienen de mortal, para introducirlos en una nueva vida. Jesu-Christo lo ha prometido; ha puesto esta misma cruz en las manos del Christiano por prenda de su palabra; y por una alteracion del orden moral, que solo podia obrarse por la omnipotencia de Dios, el instrumento de un suplicio, cuya sola vista hacia temblar la humanidad, muda de naturaleza, y difunde la calma y la serenidad en el alma, desde que el Hijo de Dios le ha hecho el instrumento de nuestra salud. Yá el desgraciado experimenta la virtud omnipotente de aquel que ha espirado en ella, y recibe anti-

cipadamente el gusto y la señal segura de la felicidad que le ha prometido.

En segundo lugar, considerado el hombre respecto á la sociedad civil. Todos los dias nos lamentamos de la ingratitud, de la maldad, de la envidia de los hombres; murmuramos de sus injusticias, nos indignamos de su orgullo y de su perfidia, nos irritamos contra un desgraciado vil egoísmo, que concentrando todo el hombre en el interés personal, no le dexa sensibilidad para con sus semejantes. Tal fué antiguamente el carácter de los Gentiles (1). Jesu-Christo substituye á estos vicios la justicia y la caridad. Haganse reynar estas dos virtudes sobre la tierra, y se hallarán en la sociedad las dulzuras y los beneficios que los vicios han hecho desaparecer. Cada qual, aplicado á las funciones de su estado, se encontrará baxo la proteccion de todos, contribuirá al interés comun, trabajando por el suyo propio, y no habrá otros males en la tierra, que aquellos que son inseparables de la humanidad.

(1) Rom. 1. v. 31.



Una falsa política llama el lujo y los plácemes al socorro de la sociedad, para activar el trabajo y la industria, y hacer refluir sobre los pobres la sobra-bundancia de los ricos. Pero no atiende que el amor de los plácemes y del lujo, absorviendolo todo, produce necesariamente los fraudes, los robos, los cohechos, &c., que son el azote de la sociedad; que este amor que nace del egoísmo, hace insensible en las necesidades del indigente; y que los bienes que el lujo derrama sobre la industria, infinitamente pequeños en comparacion de los males que causa, no son por lo comun sino los despojos de una multitud de infelices que están oprimidos.

La religion de Jesu-Christo se dirige al bien público, por un camino mas seguro, mas sábio, mas simple, y mas noble. Pone sus virtudes en el corazon, y procura todos los bienes reales de la sociedad, sin hacerle sentir las desgracias que producen los vicios: Porque es tal el carácter de una religion divina, que siendo esencialmente santa, y sábia, á semejanza de su autor, obra por su na-

turalidad el mayor bien, y los abusos que ocasiona, nunca provienen sino de las pasiones que detesta.

En tercero lugar, considerado el hombre respecto al orden público. Jesu-Christo viene á consolidar todas las partes de la administracion civil, asegurandola sobre las firmes bases de su religion. Pasémos á exáminarlo.

En todos los gobiernos, la prosperidad de los estados depende de la conservacion de las costumbres públicas, de la sabiduría y observancia de las leyes: Y es cierto que no hay religion mas propia á formar las costumbres, que la de Jesu-Christo; ni ley mas sábia y mas bien adecuada á las necesidades del hombre, y al bien de la sociedad, que la evangelica. Esta verdad acaba de ser demonstrada. Vivan pues los Príncipes y los vasallos conforme á las maximas del Evangelio; tomen los Legisladores esta ley santa por modelo de su legislacion, dirijanse por el amor de los hombres y de la justicia que él les recomienda; fomenten y honren las virtudes que él enseña; repriman los vicios que

condena; decreten con equidad las penas y las recompensas, para hacer observar sus leyes; dén ellos mismos el exemplo de los debéres que prescriben; y todo estará en orden. Jesu-Christo vendrá también al socorro del gobierno, atando la conciencia á las leyes del Estado; hará amar la obediencia, añadiendo á las penas y á las recompensas que aquellas establecen, las penas y las recompensas de una vida futura; y resultará de este concierto la legislación mas sabia, y el gobierno mas feliz.

A fin de atender el Príncipe á todas las partes del gobierno, se vé obligado á partir con sus oficiales las funciones de la administración pública; y la felicidad de los pueblos depende de la capacidad, entereza, y vigilancia de aquellos que pone en ejercicio. Si la religion de Jesu-Christo no dá talentos, va á buscarlos, los emplea, porque se halla dirigida por el amor del bien público; y siempre dá las virtudes que impiden los abusos. Un Príncipe religioso no confiará los empleos sino á hombres capaces; y estando dignamente provistas

todas las plazas, serán también sabiamente administradas todas las partes del gobierno.

La abundancia hace florecer los Estados; mas la concupiscencia descuida las verdaderas riquezas, para acopiar bienes facticios; va á un nuevo mundo á arrancar de las entrañas de la tierra, un funesto metal, que el Autor de la naturaleza habia sabiamente ocultado á nuestra vista; quita á la patria una multitud de cultivadores que procurarían bienes reales. La sensualidad y el luxo, siendo de esta suerte alimentadas por una ciega ambicion, producen una infinidad de necesidades, y disminuyen á proporcion los recursos. Se parece mas rico, y se vuelve en efecto mas pobre. La fortuna que derrama sus tesoros en las manos de un pequeño número de felices, dexa privados de lo necesario á una multitud de indigentes; y el rico que lo posee casi todo, nunca cree tener lo bastante. Para desterrar pues la indigencia, bastaría hacer revivir la frugalidad, la simplicidad de las costumbres, el amor del trabajo, y excitar la



caridad christiana: Entonces una sábia economía procuraría la abundancia; y lo superfluo de los ricos, no teniendo otro destino, refluiría naturalmente sobre las necesidades del pueblo, y el bien del Estado. Las riquezas que hoy se envidian á los Monasterios, han sido el fruto de sus virtudes modestas: Los Monges viviendo en la simplicidad y moderacion de una vida laboriosa, han llegado á transformar en hermosas campiñas, los vastos desiertos que se les habian abandonado: Fertilizados por sus trabajos, estos áridos terrenos, han enriquecido las provincias. Los pobres han venido á buscar en ellos socorros asegurados, ocupandose en trabajos útiles; la poblacion se ha aumentado á tenor de los mismos socorros; ha formado insensiblemente aldeas y villas al rededor de los Monasterios, en las mismas soledades ántes incultas; y las riquezas de aquellos, procurando la comodidad de los ciudadanos, se han hecho las riquezas del Estado.

La poblacion aumenta el poder de los pueblos, y toda sábia política debe fo-

mentarla; pero el hombre prudente teme los gastos que un luxo de moda ha hecho indispensables en casi todas las condiciones; ve que una mediana fortuna no alcanzaría para ellos, y se queda celibe. La experiencia de una depravacion casi general, hace desconfiado y difícil en la eleccion de consorte; y muchos por el temor de hacerse infelices, prefieren el celibato; abrazando algunos el del libertinage, á fin de vivir con menos inquietud y violencia. Los deseos de enriquecer á un hijo privilegiado, conducen al padre á que dexé sin fortuna los demás, y les precise á un celibato de política. Hagase observar el Evangelio, y se obviarán las pérdidas que estos abusos causan á la poblacion. Dos esposos sin costumbres, no pudiendo estimarse, acaban por aborrecerse, la discordia produce la separacion, y desde entonces cesa la posteridad. Víctimas desgraciadas de la prostitucion preparan lazos á la inocencia, corrompen las costumbres públicas, desvian del matrimonio, ó dividen los esposos; y heridas ellas mismas de la esterili-

dad, ó de un azote todavía mas horrendo, quedan sin sucesion, ó no dan al Estado sino hijos desgraciados. ¡Quantas generaciones se han de esta suerte perdido, que las habría salvado la religion! ¡ quantos celibes se hallan ocupados en servir á la vanidad de los grandes, que la religion la huviera reformado! ¡ quantos ciudadanos perecen por las guerras, ó por los odios particulares, que la religion los conservaría! ¡ quantos huérfanos, quantos pobres, quantos enfermos perecerían si la religion no viniese á socorrerlos!

Los caudales que son necesarios para mover los diversos ramos del Estado, se agotan por las prodigalidades y hurtos; paranse luego los resortes de la administracion, y todo padece. Entonces á fin de acudir á las necesidades públicas, se recargan los pueblos; se machaca el pobre y para sacar de él lo que no puede dar, se le quita hasta el recurso del trabajo sobre que vivia: Oprimido por el peso de unas providencias que no puede soportar, se ve precisado á perecer, ó á entregarse al ladronicio á fin

que tenga de que subsistir. Mas, si la religion de Jesu-Christo habla al corazon de los vasallos y del Príncipe, siendo fielmente administrados los bienes del erario, arregladas á la fortuna de los vasallos las imposiciones, repartidas con equidad, y pagadas con exáctitud, la economía y entereza de una sabia administracion duplicarán las rentas del Monarca, y aliviando los pueblos, conservarán tambien recursos siempre prontos para ocurrir á las necesidades imprevistas del Estado.

Si el mundo huviese recibido la justicia, y caridad que Jesu-Christo vino á traerle, la guerra se hallaría desterrada del universo. Amándose todos los hombres como á hijos de una misma familia, las recíprocas pretenciones de los Príncipes y de los pueblos, se terminarían por la mediacion. El Soberano que se atreviese á pasar los sagrados límites de la justicia, encontraría todas las naciones armadas contra él: La religion reuniría todos los pueblos en defensa de un Estado oprimido, á la manera que llama todos los ciudadanos al socorro de



un pupilo sin apoyo. Y atendido que la ambicion de las conquistas hace alguna vez la guerra inevitable, esta misma religion tan pacífica como es por su espíritu, forma los exercitos mas formidables para la defensa de los Estados.

Ah! ¿que es lo que constituye la fuerza de las armadas, y decide sus sucesos? ¿Es el número de los combatientes? la religion los multiplica aumentando la poblacion. ¿Es la vigilancia y habilidad de los Gefes? serán estos siempre capaces y vigilantes, si la religion arregla su eleccion. ¿Es la fuerza y espíritu de los militares? la religion proscribete todos los vicios que enervan el valor. ¿Es la subordinacion, y la conservacion de la disciplina? la religion forma de ellas un debér y un habito. Los caudales son necesarios para atender á los gastos de la guerra; la religion los procura por una sábia economía. Los exercitos se debilitan por las deserciones, los ladronicios, la corrupcion de las costumbres; la religion arregla las inclinaciones, y prescribe la justicia. La

envidia, ó la traicion de los Gefes, burulan los planes mas bien concertados, hacen perder las armadas enteras; la religion previene todos estos atentados. El luxo y la cobardía arrastran tras los exercitos una multitud de hombres inútiles que consumen lo que necesitan los demás, hacen mas lentas sus marchas, mas embarazosas las evoluciones, mas difíciles las campañas; la religion evita estos desórdenes. La desolacion de las tierras enemigas, que destruye el trabajo de los labradores, disminuye los recursos de los exercitos; la religion que prohíbe dañar al enemigo sin necesidad, protegiendo las posesiones de los labradores, conserva tambien las riquezas que pueden hacerse necesarias. En las circunstancias de carestía, de marchas forzadas, de trabajos penosos, los hombres enflaquecidos por la sensualidad, el luxo, y la ociosidad, quedarán rendidos; los Christianos habituados al trabajo y á la austeridad de las costumbres, resistirán á las privaciones y á las mas récias fatigas. Se debe, por fin, una recompensa al valor, y se necesitan

un pupilo sin apoyo. Y atendido que la ambicion de las conquistas hace alguna vez la guerra inevitable, esta misma religion tan pacífica como es por su espíritu, forma los exercitos mas formidables para la defensa de los Estados.

Ah! ¿que es lo que constituye la fuerza de las armadas, y decide sus sucesos? ¿Es el número de los combatientes? la religion los multiplica aumentando la poblacion. ¿Es la vigilancia y habilidad de los Gefes? serán estos siempre capaces y vigilantes, si la religion arregla su eleccion. ¿Es la fuerza y espíritu de los militares? la religion proscribete todos los vicios que enervan el valor. ¿Es la subordinacion, y la conservacion de la disciplina? la religion forma de ellas un debér y un habito. Los caudales son necesarios para atender á los gastos de la guerra; la religion los procura por una sábia economía. Los exercitos se debilitan por las deserciones, los ladronicios, la corrupcion de las costumbres; la religion arregla las inclinaciones, y prescribe la justicia. La

envidia, ó la traicion de los Gefes, burulan los planes mas bien concertados, hacen perder las armadas enteras; la religion previene todos estos atentados. El luxo y la cobardía arrastran tras los exercitos una multitud de hombres inútiles que consumen lo que necesitan los demás, hacen mas lentas sus marchas, mas embarazosas las evoluciones, mas difíciles las campañas; la religion evita estos desórdenes. La desolacion de las tierras enemigas, que destruye el trabajo de los labradores, disminuye los recursos de los exercitos; la religion que prohíbe dañar al enemigo sin necesidad, protegiendo las posesiones de los labradores, conserva tambien las riquezas que pueden hacerse necesarias. En las circunstancias de carestía, de marchas forzadas, de trabajos penosos, los hombres enflaquecidos por la sensualidad, el luxo, y la ociosidad, quedarán rendidos; los Christianos habituados al trabajo y á la austeridad de las costumbres, resistirán á las privaciones y á las mas récias fatigas. Se debe, por fin, una recompensa al valor, y se necesitan



grandes motivos para obligar con razón á grandes esfuerzos. ¿Cuál es pues el Rey bastante poderoso para remunerar un exercito entero de los peligros y trabajos de la guerra? ¿Cuál la recompensa, para aquel que ha muerto luchando por la patria? ¿Qué serán todos los honores del apoteósis (a) para aquel que ya no existe? ¿Qué será esta misma gloria, para aquellos que aun viven? ¿Esta gloria que solo consiste en la opinion de los hombres enteramente ocupados de sí mismos, poco interesados en la grandeza de los demás? ¿qué será por la multitud de los que restarán en olvido? Pero, la recompensa que los hombres no podrían dar, un Rey mas poderoso que los Monarcas del mundo, un Rey que reyna de antes de los siglos, la ha prometido á aquel que se sacrifica por la defensa de la justicia; y esta recompensa es el reyno eterno de una vida futura. Solo pues su religion es la

(a) Ceremonia pagana, con que se colocaba á un heroe en el número de los dioses del Genuilismo.

que puede inspirar un valor verdadero: Sin ella, el valor será frenesí, será furor; mas nunca será virtud, porque nunca estará apoyado en motivos razonables. Una armada compuesta de fieles adoradores de Jesu-Christo, que han aprendido de él á derramar su sangre por la justicia, sin sacar la espada contra aquellos que se la hacen derramar será invencible; y un Príncipe Christiano á la cabeza de semejantes soldados, se hará tan formidable á sus enemigos por su poder, quanto respetable á sus aliados por sus virtudes.

No obstante, así como la religion inspira valor é intrepidez, nunca se separa de la caridad de que está animada: En medio del horror de los combates predica la conmisericacion, reprime la ferocidad de los combatientes, ordena no matar un enemigo que pide gracia, socorrer al rendido que implora clemencia, respetar la vida y los bienes de un pueblo siempre inocente hasta de las guerras mas injustas, y harto desgraciado por haber de sufrir el peso de ellas, y participar de sus peligros. Y quando

el bien del Estado se halla debidamente asegurado, detiene al conquistador en medio de sus victorias, le manda envaynar la espada, y por la santidad del juramento, asegura la paz á los pueblos, y hace respetar la fé de los tratados.

Hallandose la fortuna de los imperios, así como la de los ciudadanos, sujeta á las revoluciones de los tiempos, es imposible que no lleguen por intervalos, á momentos borrascosos que hacen temblar los fundamentos del Trono, ó entregan los pueblos á la arbitrariedad y horrores de la tiranía. ¿Cuál será pues el recurso de un pueblo oprimido, quando un Rey déspota oprimirá los vasallos con el peso de su poder? ¿deberá sacudirse el yugo de la dependencia, para reprimir los abusos de la dominación? ¿convendrá levantar un tribunal sobre del Soberano, pedirle cuenta de su administración, juzgarle, despojarle de la potestad suprema? Este es el sentir de una filosofía desastrosa, que nacida del espíritu de independencía, será siempre destructiva de la autoridad. Si se dexa á su fatal sistema, tiempo para fortifi-

arse, crecer, desplegarse, y fermentar en el espíritu de los pueblos, á la primera señal del descontento, todos los desórdenes de la anarquía van á derramarse sobre la tierra; porque no encontrándose jamás sin abusos los mas justos gobiernos, los malvados que tendrán bastante poder y ambicion para formar un partido, hallarán siempre pretextos para excitar la revolucion. Los Príncipes se prevendrán contra las sediciones; se harán sospechosos y crueles por política, y se conservarán en una dominación tiránica, oprimiendo al pueblo, por el temor de ser oprimidos. Quando la fuerza decide, no es el malo, sino el flaco que perece. Los Soberanos no pudiendo contar con la fidelidad de los vasallos que se crearán en derecho de mandarle, los mirarán como aliados sospechosos que conviene humillar; y en lugar de esta correspondencia recíproca de amor y de respeto, que suaviza los cuidados del gobierno, y el yugo de la dependencia; en lugar de esta dulce confianza que une los vasallos con el Príncipe, y que forma la fuerza de los



Estados, sucederán las sospechas y desconfianzas, que agravarán su condicion, y no dexarán subsistir otras relaciones, que las que serán inspiradas por la ambicion, ó mandadas por el temor.

La religion dirigida por un espíritu muy distinto, procederá tambien de un modo enteramente opuesto; y en estos momentos críticos que hacen temer revoluciones las mas espantosas, condenando el abuso del poder, permitiendo, y mandando aun la formacion de representaciones valientes y moderadas, empleará los poderosos medios de la fé, para hacer sobrellevar las injusticias de los Príncipes, como uno de los males inevitables de la humanidad, y sofocar las primeras semillas de una rebelion que llenaría el cúmulo de las calamidades de los pueblos.

Mas, ¿ acaso un Príncipe feróz tendrá baxo la proteccion del Dios de los Christianos, la libertad de executar en los pueblos las atrocidades de la tiranía? Muy al contrario, esta religion que aconseja la fidelidad para con los señores bárbaros, será el mas seguro recur-

so de los pueblos contra el poder que los oprime; y aun quando el déspota les afligirá con un yugo de hierro, quando sofocará hasta sus suspiros, esta religion santa se hará sentir de él, para protegerlos. Le descubrirá, le dará en rostro todos los desastres, todos los horrores de que es culpable, y quiere disimularse; le llamará sin cesar á los deberes de la humanidad y de la justicia; le manifestará las terribles verdades que teme vér; le enseñará el suplicio que le aguarda, el tribunal formidable de Dios en que ha de ser juzgado, los abismos abiertos debaxo sus pies; y con la cruz de Jesu-Christo en la mano, le dirá, que los desgraciados que oprime son los hijos de un Dios Hombre que ha muerto por ellos; y sin usurpar nada de los derechos del Príncipe, sin alzar al lado del Trono, un poder rivál del suyo, sin olvidar el respeto que la misma ordena, dominará sobre él, no por la fuerza de las armas, pero sí, por el imperio de la verdad y de la justicia, por el respeto que inspira la santidad del sacerdocio; y si logra hacerse sentir, acabará por hacerse obedecer.

Consideremonos en uno de aquellos desastrosos momentos en que la fermentacion general enciende de todas partes el fuego de las guerras civiles, y hace temblar el Soberano sobre su mismo trono: El Príncipe mandará en vano à los vasallos rebeldes, que se creérán bastante fuertes para hacerse temer: Escuchese la religion, y sin derramarse sangre, se calmarán los espiritus, y se pondrá la paz en los pueblos. Un despota con la espada en la mano hace gemir el pueblo baxo un yugo el mas cruel, viola las leyes, prende los ciudadanos, busca crímenes à los ricos para despojarlos, y es sobradamente poderoso para sojuzgarlo todo; ¿que recurso queda à los pueblos? la religion. Si; los pueblos precisados à sofocar sus sollozos levantarán los ojos ácia sus Ministros, y si la religion no es todavia cautiva, ella sola que vela, tanto por la seguridad de las Monarquías, como por el bien de los vasallos, salvará los Reyes y los pueblos, y hará revivir entre ellos la paz.

Pero, ¿todas estas máximas dicta-

das por la ley natural, no habian precedido á la promulgacion del Evangelio? Si, no hay duda; ¿mas la razon por sí sola habria nunca podido llegar á desvanecer las preocupaciones que las obscurecen? ¿De todos los antiguos Filósofos, de todos los Legisladores, á excepcion del mas antiguo, que fué inspirado, hubo uno solo que las huviese perfectamente comprendido? ¿Aunque se reúna todo lo mas razonable que han enseñado, resultará jamas una moral que pueda ser comparada con las solas máximas, simples y sublimes, que Jesu-Christo enseñaba al pueblo desde el monte? ¿Si alguna vez se hallan de acuerdo con la razon, quantas la contradicen para justificar las pasiones, y poner las complacencias del orgullo y de la vanidad en el lugar de la virtud? Ah! ¿que es lo que han producido los falsos sabios de nuestros dias, que pretendian restablecer la razon en todos sus derechos? Ay! estos grandes genios, apagando la antorcha de la revelacion, han olvidado hasta las primeras nociones de la moral, hasta lo que



ellos mismos habian enseñado, para seguir lo que titulan *ley de naturaleza*. ¿Que es lo que ha modernamente producido la *quinta esencia* del espíritu filosofico puesto en exercicio para formar el catecismo del derecho natural, que tan solo podia ser propuesto para decir al universo entero, que la sana moral no necesitaba las luces de la fé? ¿Que ha producido durante los muchos años consecutivos que el mismo objeto se ha sujetado á concursos públicos? Nada absolutamente, segun el juicio de la célebre Academia, que se suponía la mas capaz de propagar la luz, y que anunciando por fin al público, que el precio del concurso (1) se habia retirado, declaró por una prueba de hecho bien autentica, que en asuntos de moral, es decir, sobre una materia que parecia ser principalmente propia del conocimiento de la razon, la misma razon andaba á obscuras, quando no se hallaba ilustrada por el Evangelio. ¿Sería posible à la razon humana, que por

(1) Ciachenta Luisas.

si sola no puede conocer el origen de nuestra depravacion, ni los recursos de la gracia, hacerse capaz del conjunto de una moral, que se siente impracticable por las solas fuerzas de la naturaleza, y cuyo sistema está tan perfectamente enlazado, que no se puede soltar una sola parte sin destruir el todo del edificio? Aun quando fuese posible á esos pretendidos sabios explicar todos los puntos de la sana moral, ¿quien se encargaría de enseñarla? ¿quien iría á instruir al pobre y al labrador en las campiñas? Aun quando ellos tuviesen bastante valor para emprenderlo, ¿su apostolado traería à los pueblos los mismos socorros que el sacerdocio de Jesu-Christo? ¿inspiraría la misma confianza? ¿la razon daría jamas por sí sola bastante elevacion, bastante energía à el alma, para ponerla sobre las pasiones, por las grandes ideas de un Dios hecho hombre, del hombre hecho hijo de Dios, de un reyno eterno prometido à los justos? ¿Los nuevos Apóstoles habrian llegado á imaginar tan poderosos motivos, para animarnos à

los mas generosos esfuerzos por tan grandes recompensas? Aun quando ellos pudiesen imaginarlas, ¿quien saldria garante de sus promesas? ¿quien sancionaria su doctrina? ¿quien testificaría la verdad de su mision? ¿Como podrian fixar las incertidumbres del espíritu humano por la autoridad del dogma incerto siempre quando no va sellado con la sancion divina? ¿Quien les sucederia en las funciones de su apostolado? ¿con que derecho podrian transmitir à sus sucesores la mision que ellos se habrian arrogado? ¿como, dispersos en todas las partes del mundo, podrian consultarse para conservar constantemente la misma doctrina? ¿Quien supliria los Ministros del Evangelio, prepuestos por todas partes como sentinelas, para la guarda de las costumbres, para instruir, amonestar, fortalecer, subministrar à todos, medios de salud proporcionados à las necesidades de cada uno, para unir por nudos tan poderosos y sagrados como los de la fé, los Príncipes con sus vasallos, y todos los miembros de la so-

ciudad entre sí? ¿Quien supliria estos hombres apostolicos que predicán à todos una misma religion de justicia y de caridad, la sola verdaderamente benefica, porque es la sola verdaderamente desinteresada? ¿Estos hombres, à quienes se acusa de inútiles à la sociedad, porque no forman los pies ni las manos del cuerpo político, esto es, porque limitan su ministerio à formar el hombre interior por las virtudes, que son las unicas que constituyen el hombre de bien; estos hombres, que sin entrar en la administracion del gobierno civil, trabajan eficazmente à asegurar la felicidad de los pueblos, y la armonía del orden publico; estos hombres, serian reemplazados por sabios voluptuosos, que predicando la beneficencia y la humanidad, abren las puertas à todos los vicios, que disertan, como Epicuro, sobre la moderacion y la templanza, en medio de todos los placeres? que pretenden reformar las leyes para ser los instituidores de los Monarcas? que con la idea de conducir el hombre à la felicidad, quisieran reducir todos sus de-



beres al ciego instinto de los brutos? que para dar costumbres, quisieran destruir la religion? que, en fin, despues que quieren hacer al hombre razonable, han echado por tierra los principios de la moral, degradado la humanidad, y producido monstruos, sin haber llegado à formar un solo hombre de bien? No, no habia otro que aquel que exerce un soberano imperio sobre todos los pueblos, que pudiese dar à sus Ministros, por su divina asistencia, una autoridad capaz de someter el entendimiento humano à una obediencia razonable. No habia sino èl, que pudiese sellar à su mision con los augustos caractères de la Divinidad, y conservar contantemente à su doctrina, la unidad, y la inmutabilidad, que debian perpetuarla sin alteracion hasta la fin de los siglos.

Solamente, pues, estaba reservado al Hijo de Dios el llevar la celestial luz sobre los grandes principios de la ley natural, manifestarla, propagarla, conservarla en toda su integridad, y santificarla por un germen de vida capaz de

hacerle fructificar en todos los tiempos.

Si queda, pues, demonstrado, que la religion de Jesu-Christo es la mas benéfica, la mas propia para formar las costumbres, solidar las bases de la soberanía, y asegurar la tranquilidad de los imperios, por los vinculos de la concordia; si queda probado, que solo ella puede hacer los pueblos verdaderamente justos y felices; si queda manifestado, como nos lo enseña la historia en todos los siglos, que la depravacion de las costumbres, es siempre el pronostico fatal é infalible de la caída de los imperios; restará igualmente evidenciado, que la religion de Jesu-Christo es en el orden moral y político, la mas segura protectora del genero humano, y que los enemigos de esta santa religion serán siempre tambien los mas grandes enemigos del bien del hombre, y de la prosperidad de los Estados.

Como pues, quando los Ministros de esta religion, destinados à propagarla y hacerla respetar por su doctrina y por su exemplo, tienen la gene-

rosidad de sujetarse à la ley de la continencia, à fin de entregarse con mas libertad y menos distraccion, y por lo mismo con mayor eficacia à las funciones de un ministerio tan esencial à la felicidad de los pueblos, y à la salud de los Estados; como puede haber valor de formarles un crimen de una ley, de la qual la sociedad, logra la principal ventaja? Que! ¿consideraciones políticas obligarán à ciertas clases de ciudadanos à la ley del celibato; los Paganos mismos no habrán jamás hecho de él un crimen, quando no procedia de la libertad de las costumbres, antes sí, le imponían por obligacion rigurosa de religion à las sacerdotisas (1) que se consagraban à ciertas divinidades; y los pretendidos bienhechores de la humanidad, que forman todos los dias tantos celibes licenciosos, que se constituyen los apologistas de la depravacion de las costumbres, para defender los derechos de la libertad, esos pretendidos

(1) Las Vestales.

reformadores, inflamados repentinamente de un supuesto zelo por la poblacion, se atreverán à declamar aquí contra el unico celibato, que tiene à un tiempo la virtud por principio, y el bien publico por fin, y que por su feliz influencia sobre la religion y las costumbres, fomenta notablemente la poblacion, lejos de disminuirla? Una contradiccion tan sediciosa solo puede tener su origen en un fanatismo que quisiera aniquilar el Evangelio, para sofocar sus remordimientos. Pero, será siempre glorioso à la religion de Jesu-Christo tener semejantes adversarios; y no se necesita otra prueba de las utilidades que saca de la ley del celibato, que el deseo unanime que manifiestan de quererle abolir.

Inducido la religión de los vestales...  
 siempre de la ley del celibato...  
 con el fin de...  
 una ley...  
 de la libertad...  
 de la ley del celibato...  
 de la ley del celibato...  
 de la ley del celibato...



rosidad de sujetarse à la ley de la continencia, à fin de entregarse con mas libertad y menos distraccion, y por lo mismo con mayor eficacia à las funciones de un ministerio tan esencial à la felicidad de los pueblos, y à la salud de los Estados; como puede haber valor de formarles un crimen de una ley, de la qual la sociedad, logra la principal ventaja? Que! ¿consideraciones políticas obligarán à ciertas clases de ciudadanos à la ley del celibato; los Paganos mismos no habrán jamás hecho de él un crimen, quando no procedia de la libertad de las costumbres, antes sí, le imponían por obligacion rigurosa de religion à las sacerdotisas (1) que se consagraban à ciertas divinidades; y los pretendidos bienhechores de la humanidad, que forman todos los dias tantos celibes licenciosos, que se constituyen los apologistas de la depravacion de las costumbres, para defender los derechos de la libertad, esos pretendidos

(1) Las Vestales.

reformadores, inflamados repentinamente de un supuesto zelo por la poblacion, se atreverán à declamar aquí contra el unico celibato, que tiene à un tiempo la virtud por principio, y el bien publico por fin, y que por su feliz influencia sobre la religion y las costumbres, fomenta notablemente la poblacion, lejos de disminuirla? Una contradiccion tan sediciosa solo puede tener su origen en un fanatismo que quisiera aniquilar el Evangelio, para sofocar sus remordimientos. Pero, será siempre glorioso à la religion de Jesu-Christo tener semejantes adversarios; y no se necesita otra prueba de las utilidades que saca de la ley del celibato, que el deseo unanime que manifiestan de quererle abolir.

Inducido la religión de los vestales...  
 siempre de la ley del celibato...  
 como el que...  
 una costumbre y...  
 los vestales...  
 los vestales...  
 los vestales...  
 los vestales...

ARTÍCULO II.  
*De la influencia de la Religion de Jesu-  
 Christo sobre los progresos de los  
 conocimientos humanos.*

Aunque la religion sea perfectamen-  
 te distinta de las ciencias humanas, no  
 obstante, como todas las ciencias tienen  
 un origen comun en la razon soberana,  
 que es Dios, debe haber también entre  
 ellas una analogía nesesia. A la ma-  
 nera que la razon sirve à la religion,  
 ilustrando el espiritu sobre la divinidad  
 del Evangelio, asi también la religion  
 sirve à las ciencias y à las artes, rec-  
 tificando las luces de la razon. Vamos  
 à probarlo.

Para ayudar el espiritu al descubri-  
 miento de las luces, es preciso ponerle  
 en un estado de calma, que le hace  
 mas capaz de aplicacion, y menos sus-  
 ceptible de preocupaciones. Para dar  
 actividad y energía à los talentos, es  
 menester elevarlos por la consideracion  
 de grandes objetos, por motivos que

sean propios para interesarlos, é ins-  
 pirarles nobleza y fuerza. Las pasiones  
 turban el alma, dividen el espiritu por  
 una confusion de deseos, de temores,  
 de proyectos, de embarazos, de in-  
 quietudes; la fatigan, la desvanecen  
 por el amor dominante de los bienes  
 que persiguen; la arrastran, no por la  
 vista de lo verdadero, sino por la im-  
 pression del sentimiento, que pasa siem-  
 pre mas allá de lo verdadero, y ponen  
 por lo mismo los mayores trabajos à los  
 progresos de los talentos y de los co-  
 nocimientos humanos. La religion quita  
 todos estos obstaculos; condena la pe-  
 reza y la indolencia, que enflaquecen  
 el alma; prohíbe los placeres ruidosos  
 que la confunden, y le conserva toda  
 su energía para los objetos mas dignos  
 de ella. De esta suerte, entregado el  
 hombre à sí mismo, menos distraído y  
 mas capaz de meditar, profundiza las  
 verdades, las combina, conoce los co-  
 lores que las distinguen del error, exá-  
 mina la naturaleza de las cosas, su  
 curso, sus progresos, sus variaciones,  
 sus relaciones, y dá mayor enlace à



sus ideas, y á sus descubrimientos, para componer el todo de un sistema bien discurredo.

¿Conviene aun dar mayor vuelo al genio? ¿De que elevacion, de que nobleza será susceptible un alma, que obrando solo por el instinto de sus pasiones, y limitando toda su felicidad à la de los brutos, nada espera despues de la vida presente? En el hombre animal el genio se encoge y se enbrutece: Por lo contrario; todo es grande en el alma del christiano, su espiritu, lo mismo que su corazon, se ennoblece naturalmente por las grandes ideas de la fé; y por la generosidad que ella inspira. Elevado à la calidad de hijo de Dios, considera unicamente desde lo alto del cielo, todo lo que acontece sobre la tierra; y desde este superior grado de elevacion, los proyectos, los pensamientos de los hombres, su grandeza, su poder, todo lo que se pasa con los siglos, es nada, comparado con los vastos designios del Criador acerca la formacion del reyno eterno de Jesu-Christo. Al lado del imperio celestial del hijo

de Dios, todos los reynos desaparecen: El universo entero no es mas que un atomo en la inmensidad de sus obras: La formacion y destruccion de los imperios, no son mas que una sombra; la duracion de los siglos, no es mas que un instante en la eternidad, y todo lo que debe perecer queda siempre infinitamente debaxo de lo inmortal. Solo el Dios que penetra el alma del Christiano, puede llenar la inmensidad de sus deseos. Vennga despues el genio à inflamar esta grande alma: ¿Que nobleza, que fuerza, que elevacion, que valor no imprimirá en sus producciones? El primer Poeta lyrico (1) emprende su vuelo al empireo, quando el fuego de su alma se enciende à la voz de los Profetas; el mismo nos lo enseña. El genio de Rafaël, y de Miguel Angel, parece animado de un fuego divino en las obras maestras que consagran à la religion. ¿Que distancia entre la eloquencia de nuestros Oradores profanos, y la de los

(1) Juan Bautista Rousseau en el prefacio de sus Odas sagradas.

Oradores evangelicos (1)! sea que la religion instruya à los pueblos en los pulpitos christianos; sea que en las augustas assembleas de sus Ministros ponga sus sagradas palabras en la boca de los Pontifices, para hablar à nuestros Reyes! Que objeto mas capaz de inspirar lo sublíme; que las grandezas de Dios, el brillante reyno de su Unigenito, la magnificencia de sus obras, la gloria de su imperio, la inmensidad de sus misericordias, el terror de sus juicios! Seria posible imaginar algo de mas grande que el orden de su providencia, relativamente al Reyno de Jesu-Christo? que las bellas máximas de su moral, que los grandes designios de su infinita sabiduria en los inefables misterios de la redención? que la magestad de un culto consagrado por el sacrificio del Hombre-Dios? que las virtudes y los triunfos de sus Santos? que la santidad del Pontifice eterno, que se inmola é

(1) No hablo de aquellos que deshonoran el pulpito por una ridicula ostentacion de su talento.

mismo en nuestros altares, y que es siempre vivo en el cielo à fin de interceder por nosotros? ¿Que motivo mas poderoso para conmovernos, para persuadirnos, para inflamarnos, y producir los grandes animos, que el interes de Dios, de su religion, el mayor interes del hombre, la inevitable alternativa de una felicidad, ó una infelicidad eterna? No, no, digolo audazmente, jamas el genio, tratando estos magnificos objetos, jamas poniendo en obra estos grandes motivos, se verá destituido de fuerzas, y de elevacion, sino quando dominado por el amor propio, querrá substituir al espiritu evangelico, el espiritu de ostentacion, este espiritu brillante, que siempre vano y frivolo, siempre infinitamente pequeño por su naturaleza, se hace tambien infinitamente ridiculo en los objetos en que la sublimidad de la eloquencia no ha de brillar sino por esta noble sencillez que corresponde à la magestad de una religion divina.

Entre las ciencias humanas, la moral y la política ocupan sin contradiccion



el primer orden , porque son las que procuran el primer bien del hombre : Y acabamos de ver , que no hay moral ni política mas sábias ; que las que son conformes al espíritu del Evangelio.

La metafísica era casi totalmente desconocida antes de Jesu-Christo. No habia absurdo que no le hubiesen imaginado los Filósofos acerca la creacion del mundo , el principio que le habia producido , la naturaleza y las operaciones del alma. Jesu-Christo nos hace conocer el *Sér* criador , principio de todos los séres ; nos hace conocer los séres inteligentes creados á su semejanza ; y estas nociones , aunque en sí imperfectas , á causa de la flaqueza de nuestra inteligencia , nos introducen como en un nuevo mundo. Los sistemas absurdos de los antiguos Filósofos se desvanecen ; empezamos á ver , y á caminar con seguridad en la carrera de los séres metafísicos ; y si reviven todavía entre nosotros las extravagancias de la antigüedad , que la luz de la fé habia hecho desaparecer , es unicamente en esa clase de pretendidos espíritus fuer-

tes , que habiendo renunciado al Evangelio , se abisman siempre mas y mas en las densas tinieblas que la fé habia disipado.

La verdad es el mérito esencial de la historia. La religion , enemiga del disimulo y de la mentira , manda al Historiador exâminar los hechos sin parcialidad , y exponerlos sin disfráz. Le coloca sobre el espíritu de partido que ciega , y sobre las consideraciones humanas que corrompen. Cítese una sola historia , que considerada segun las reglas de una sana crítica , sea mas respetable que la de nuestros libros santos.

El espíritu humano adelanta con mucha lentitud en el conocimiento de la física ; y solo despues de multiplicadas combinaciones , ensayos , y errores , llega á ciertos descubrimientos en el sistema de la naturaleza : Sus mas admirables invenciones han sido efecto de la casualidad : Pasmado á cada paso de algun fenómeno , nada ve quando intenta hallar la causa. El Físico observa lo por menor , exâmina los progresos de los vegetales , disea los cadáveres , calcula el curso de los astros ; repetidos ex-

perimentos le conducen á algunos resultados, escapandose á su vista lo demás; y quando se pregunta á sí mismo ¿de que manera se perpetúan las especies? por qual virtud las semillas reproducen y multiplican los individuos? de que modo unos glóbos inflamados pueden correr la inmensidad de los cielos, sin apartarse jamás de la ruta que les está trazada? como circúlan con tanta rapidéz al rededor de nosotros, sin consumirse, ni encontrarse? como leyes en sí muy simples pueden producir tantas maravillas, conservar la armonía del universo, y vivificar toda la naturaleza? quando se pregunta, si el mundo ha siempre existido, ó bien, si los primeros elementos que le componen, existian ya de toda la eternidad antes del mundo? como, si todo ha empezado á ser, todo ha sido producido? como un Sér criador habria prescrito leyes á los séres insensibles? ¿como habria podido hacerse obedecer de ellos? La razon abandonada á sí misma, anda palpando en las tinieblas; y el Físico no habia hecho mas que disparatar, quantas ve-

ces habia probado de responder. La fé viene á suplir la insuficiencia de nuestras luces, y sin entrar en el detalle menudencial de las operaciones de la naturaleza, ordinariamente mas curioso que útil, la registra por mayor, descubre verdades las mas importantes, y nos pone en el camino para ir mas allá de los conocimientos humanos.

Un Sér eterno ha criado el cielo y la tierra. El solo ánima todo lo que respira, ó se mueve en la tierra y en los cielos; él solo ha puesto en los séres vivos, lo mismo que en los que vegetan, semillas de fecundidad que los reproducen, y los multiplican; él solo ha señalado á cada sér el lugar que debia ocupar en el mundo: Dando leyes á la naturaleza, se hace obedecer en virtud de esta voluntad omnipotente que ha sacado todos los séres de la nada; y manda á todo con el imperio que conviene al Criador del universo. *Habló, y todo fué hecho.*

Al favor de estos principios todo se concibe en el sistema general del mundo físico. Mas ¿eran precisos grandes



esfuerzos para recurrir á esta primera causa? Si por cierto; para subirse tan alto, y descender con seguridad del cielo á las criaturas; para fixar con intrepidez los rayos del Padre de las luces, sin asombrarse, sin espantarse del abismo inmenso de la sabiduría, del poder supremo que le circuye de todas partes, y que el hombre no podia comprender; era preciso que la razon, tomando al mismo Dios por guia, se elevase hasta él sobre las alas de la fé. Era preciso para concebir de él una idea tan sublime, tan magnífica, tan luminosa, que este primer Sér hablase al hombre con el imperio supremo que sujeta el espíritu humano por la autoridad de su palabra, y le penetra de su luz quando habla de sí mismo.

La historia de Moysés sobre la creacion del mundo, nos explica naturalmente los hechos que teniamos debaxo los ojos sin conocer la causa. Recorriendo las antiguas generaciones, vemos los diferentes pueblos que se reúnen por grados en ramas comunes; vemos las artes y las ciencias que van menguan-

do á proporcion, y nos conducen á tiempos remotos, de los cuales el origen nos era desconocido. Moysés nos llama al primer tiempo en que el mundo empezó, y en el qual los descendientes del primer hombre, divididos luego en familias, despues en otras tantas naciones, han poblado insensiblemente la tierra; y comprendemos entonces como las artes y las ciencias, que eran la obra del hombre, se han sucesivamente perfeccionado entre las naciones. Vemos en las cimas de los montes, conchas, plantas maritimas, peces petrificados, y pedimos la razon; la historia del diluvio nos la explica. El curso de los astros habia enseñado á los hombres á dividir el tiempo en años, meses, y dias; pero ¿quien les habia enseñado á dividirle tambien en semanas? ¿como un uso, que no tenia fundamento alguno en el orden físico, se ha tan generalmente establecido en todas las naciones? ¿no debia este uso derivarse de las primeras familias que poblaron la tierra? La causa de esta institucion, que la razon no podia co-

nocer. Moysés nos la descubre en la grande época del séptimo dia que ha terminado la creacion del mundo.

Los mismos misterios, que de golpe parecian ofuscar la razon con sus tinieblas, le sirven de luz y de guia; pues que no tan solamente nos hacen conocer verdades que habiamos ignorado, si que tambien nos desengañan de los errores que habiamos generalmente adoptado; favoreciendo asi el progreso de las ciencias, y enseñandonos de este modo, que muy á menudo ignoramos lo que creemos saber, nos advierten contra la precipitacion de nuestros juicios, que nos descarría; nos acostumbran á distinguir las ideas dispartadas, que pareciendo confundirse, desvian la razon en busca de la verdad. La existencia del hombre despues de la muerte, era inexplicable por el espíritu humano; porque no teniendo nocion alguna de las substancias espirituales, las comparaba á una materia sutil, y en ninguna manera concebía, que el alma pudiese subsistir despues de la disolucion del cuerpo. Pero la fé, habien-

donos hecho conocer la espiritualidad de los séres inteligentes, ha demostrado, que siendo nuestra alma de una naturaleza distinta de la materia, la disolucion del cuerpo no debe obrar el aniquilamiento del alma.

Todavia por una consecuencia de las preocupaciones de una imaginacion extraviada, que confundia la naturaleza del cuerpo con la de los seres inteligentes, parecia imposible, que tres cosas que eran distintas entre sí, se identificasen en una tercera: La fé, haciendonos conocer el misterio de un solo Dios en tres personas, nos desengaña de este error. Parecia imposible que dos substancias, sin perder nada de su integridad, pudiesen reunirse en una sola persona; y la fé nos saca del engaño, enseñandonos que la naturaleza divina y la naturaleza humana subsisten en la misma persona de Jesu-Christo. Entonces aprendemos á distinguir los diferentes generos de unidad, que son relativos á la naturaleza de los séres. Vueltos de esta suerte al camino, y considerando nuestra propia naturaleza, recono-



cemos que las operaciones de nuestra alma, aunque sobremanera distintas, son sin embargo una misma cosa con ella: Sentimos que el alma y el cuerpo, que son dos substancias realmente diversas, subsisten no obstante en nosotros en una sola y misma persona. Pero quando queremos ir mas lejos para analizar y definir la idéa que creíamos tener de la personalidad, de la qual teníamos la experiencia por el sentimiento interior, se escapa á nuestra inteligencia. Los misterios de la santa Eucaristía solo tránstornan al pronto nuestra razon, en quanto contradicen las falsas preocupaciones que nos desvían. Antiguamente se atribuían á los cuerpos las calidades sensibles de la materia; y la fé viene á enseñarnos que estas calidades son, al contrario, enteramente distintas, pues que subsisten tambien en la santa Eucaristía despues que las substancias del pan y del vino se han aniquilado. Hallandonos asi obligados á volver sobre nuestros pasos, una sana filosofía nos convence seguidamente de que las especies que parecían inheren-

tes á los cuerpos, no eran en realidad mas que modificaciones del alma. Pero ¿ un cuerpo puede en un mismo tiempo estar en diferentes lugares? ¿ puede encerrarse en un cortísimo espacio? ¿ puede transferirse á un lugar, sin pasar por el medio que le separa? Ibamos luego á decir que no, y en este momento la fé nos detiene, y nos enseña, que aquello se verifica realmente en la santa Eucaristía; que Jesu Christo se ha manifestado en el cenaculo quando las puertas estaban cerradas (1); que los cuerpos adquieren despues de la resurreccion, calidades sobrenaturales, que aunque incompatibles con el orden actual del cuerpo físico, no lo son absolutamente con su naturaleza; y quando queremos disertar, profundizar, no podemos definir lo que es el lugar, el tiempo, y el espacio. Forzados en fin á confesar que no conocemos sino ciertas propiedades de los cuerpos, la razon misma nos impone silencio quando intentamos pasar mas allá; y nos conven-

(1) Juan 20. v. 26.

ce mos de esta importante máxima que corrige la precipitación de nuestros juicios, que obvia una multitud de errores, y que nunca debería olvidarse en la carrera de los procedimientos humanos, á saber, que la Sabiduría eterna, habiendo ordenado nuestras luces sobre nuestras necesidades actuales, solo nos ha dado nociones proporcionadas para conducirnos durante el corto espacio de la vida presente; y que habiendo sepultado todo lo demás en una profunda noche, á fin de reservar la llena luz para una vida venidera, nos fatigaríamos inutilmente si quisiesemos llevar nuestra vista sobre objetos que no le está permitido al espíritu humano conocer.

Así la fé, á la qual se acusa de angustiar las luces del espíritu humano, extiende al contrario la esfera de sus conocimientos, ilustrándole con una nueva luz, confesada por la misma razón, y descubriéndole nuevas verdades, á las quales no podía la razón llegar. Así la fé, á la qual se acusa de apagar el fuego del genio, le dá muy mayor ener-

gía y elevación, por las grandes ideas de una religion magestuosa; le preserva de los descarríos, por los límites que le prescribe, y le vuelve á camino quando se desvía. Así el freno que la fé impone á la curiosidad del espíritu humano, bien distante de poner barreras á los progresos de sus conocimientos, le impide consumirse en vanas indagaciones, le conserva todo su vigor para las que pueden serle útiles, y dirige su vuelo á fin de llevarle mas lejos en el descubrimiento de las verdades, que deben ser siempre el objeto del genio. La bruxula no manda al Piloto sino para indicarle su ruta; y el que desea llegar al puerto, no pensará en echarla á la mar para ejercitarse en el arte de la navegacion, con peligro de naufragar.

Mas ¿la religion de Jesu-Christo no condenará las artes á la inercia, condenando el amor de las riquezas, del luxo, y de los placeres, que ponen los talentos en actividad? La religion reducirá sin duda el número de los Artesanos que se multiplican en detrimento de la sociedad y de las costumbres; y



ce mos de esta importante máxima que corrige la precipitación de nuestros juicios, que obvia una multitud de errores, y que nunca debería olvidarse en la carrera de los procedimientos humanos, á saber, que la Sabiduría eterna, habiendo ordenado nuestras luces sobre nuestras necesidades actuales, solo nos ha dado nociones proporcionadas para conducirnos durante el corto espacio de la vida presente; y que habiendo sepultado todo lo demás en una profunda noche, á fin de reservar la llena luz para una vida venidera, nos fatigaríamos inutilmente si quisiesemos llevar nuestra vista sobre objetos que no le está permitido al espíritu humano conocer.

Así la fé, á la qual se acusa de angustiar las luces del espíritu humano, extiende al contrario la esfera de sus conocimientos, ilustrándole con una nueva luz, confesada por la misma razón, y descubriéndole nuevas verdades, á las quales no podía la razón llegar. Así la fé, á la qual se acusa de apagar el fuego del genio, le dá muy mayor ener-

gía y elevación, por las grandes ideas de una religion magestuosa; le preserva de los descarríos, por los límites que le prescribe, y le vuelve á camino quando se desvía. Así el freno que la fé impone á la curiosidad del espíritu humano, bien distante de poner barreras á los progresos de sus conocimientos, le impide consumirse en vanas indagaciones, le conserva todo su vigor para las que pueden serle útiles, y dirige su vuelo á fin de llevarle mas lejos en el descubrimiento de las verdades, que deben ser siempre el objeto del genio. La bruxula no manda al Piloto sino para indicarle su ruta; y el que desea llegar al puerto, no pensará en echarla á la mar para ejercitarse en el arte de la navegacion, con peligro de naufragar.

Mas ¿la religion de Jesu-Christo no condenará las artes á la inercia, condenando el amor de las riquezas, del luxo, y de los plácères, que ponen los talentos en actividad? La religion reducirá sin duda el número de los Artesanos que se multiplican en detrimento de la sociedad y de las costumbres; y

por lo mismo una multitud de ciudadanos á quienes los apuros de la indigencia, ó el deseo de la fortuna, hacen tributarios del fausto y de la sensualidad de los ricos, será entregada á trabajos que enriquecerán la sociedad sin favorecer la corrupcion de las costumbres. La muchedumbre desaparecerá; los Artesanos gobernados por el genio, sobresaldrán; y respetando siempre la virtud, pues que se suponen religiosos, se aplicarán á obras que darán lustre á la nacion, que procurarán la comodidad de los ciudadanos, y que siendo arregladas segun la decencia de las condiciones, servirán á la sociedad sin serle funestas.

Los talentos, es cierto, no serán excitados por las pasiones que la religion reprueba; pero sin excluir el motivo de un interés personal, que no podría vituperarse, quando es moderado, serán tambien estimulados por el amor del bien público, y por el deseo de servir á los ciudadanos, á la patria, al Rey, y á la religion. No se ha de juzgar de la energía de las virtudes sociales, por

el estéril entorpecimiento en que un funesto egoísmo las ha reducido; debe juzgarse de ellas por la fuerza que el alma tomaría en los grandes intereses, en las vistas sublimes de una religion toda divina, quando no siendo violentada, ni estrechada por la frivolidad de los objetos terrenos, se elevaría hasta la eminencia correspondiente á la dignidad de su naturaleza. Es cierto que los nobles sentimientos de que será penetrada, no inflamarán su genio en las fabulosas invenciones que lisonjean las pasiones, porque la religion, siempre verdadera, siempre santa, es tambien siempre enemiga del vicio. Es cierto que influirán muy poco sobre las artes menos útiles; que nada influirán sobre las frívolas, ó dañosas, porque la religion que se dirige siempre á un fin digno de ella, no podría inspirar al genio, quando este se degrada para envilecer al hombre, y hacerle infeliz; y aun en ello se manifiesta mas la sabiduría de la ley evangelica, que por un lado, sin nada otorgar á las pasiones, hace servir las para el bien de la socie-



dad, y por otro, siendo su único objeto el bien del hombre, da la mayor elevacion, la mayor actividad á los talentos, á las artes, y á las ciencias, á proporcion de los servicios que hacen á la humanidad y á las costumbres, y los abandona en el momento que pasan á ser dañosos. Ah! ; perezcan primero para siempre todas las artes, si es que no pudiesen existir sino para desgracia de los pueblos!

Mas ¿tenemos acaso necesidad de discusion para demostrar el feliz influxo de la religion de Jesu-Christo sobre las artes y las ciencias? Echémolos tan solamente una ojeada sobre los Filósofos de nuestros dias. ¿Entre estos mismos hombres, que tratando de política, de metafísica, de historia natural, &c., habian adquirido una cierta celebridad que les era muy debida, hay uno solo que no se haya deshonrado por sus absurdos y por sus extravagancias, hasta llegar á hacerse ridiculo en sus mismas ciencias, quantas vezes ha querido contradecir á las verdades que la religion le habia ense-

ñado (1)? Pasémos los ojos sobre la faz de la tierra, mirémos la religion en todos los climas que ocupa, y veremos las ciencias y las artes nacer y perfeccionarse, los pueblos civilizarse, los reynos florecer sucesivamente en Francia, España, Inglaterra, Germania, en las naciones del Norte, por fin, en todos los países de nuevo mundo, á medida que extiende en ellos su luz: Verémos, por lo contrario, los pueblos ya civilizados por las artes y las ciencias, caer en la ignorancia, en la barbarie, á tenor que la religion se aleja de su horizonte; y no hay en el dia país alguno del mundo, en que las naciones sean mejor civilizadas, en que los gobiernos sean mas suaves, mas justos, mas estables, en que las artes, y las ciencias se hallen en mas alto grado de perfeccion, que aquellos que son ilustrados con las luces del Evangelio.

(1) La prueba de este hecho se halla en un grado de demostracion en la excelente obra de *las Cartas Helvianas*, por el Abate Barruel.

Pasémos aún mas adelante, y suportámos que por alguno de estos desastrosos acontecimientos, que llegan por intervalos hasta en los imperios mas florecientes, la Europa cae en la ignorancia y la barbarie. Todo será perdido por las ciencias y las artes, si la fé se apaga: Todo será salvado, si todavía hace brillar su luz: Sus Ministros, esparcidos por todas partes, se aplicaran tambien en todos los parages á instruir al pueblo y hacerle conocer las leyes sagradas que deben arreglar sus costumbres: Le hablarán del Criador, de su providencia, de sus juicios, de sus misericordias: Le pondrán á la vista la eternidad de una vida futura, las recompensas prometidas á los justos, los suplicios reservados á los malos, el exemplo de un Dios redentor, las virtudes de los Santos que su Divina Magstad ha coronado. Estas lecciones tocan demasiado directamente los intereses del hombre, para dexar de hacer una fuerte impresion en el hombre razonable, si es todavía religioso; y á fuerza de repetirlas, la religion ablan-

dará las costumbres, inspirará humanidad, moderacion, y justicia. Reuniendo los Christianos en el lugar santo á fin de instruirlos, y tributar en comun su culto público á la Divinidad, les acostumbrará insensiblemente á mirarse como los hijos de un mismo padre. Les enseñará á ayudarse y amarse recíprocamente; y de esta suerte ocupandose sus Ministros en hacer hombres Christianos, trabajarán al mismo tiempo en formar ciudadanos virtuosos. El Clero, obligado á instruirse, porque se encuentra en estado de enseñar, meditará los libros santos, leerá la historia de la Iglesia, estudiará sus leyes, su tradicion, los idiomas de las rogativas públicas. Muchos se aplicarán tambien al estudio de las lenguas originales. Los principales pasages de la historia antigua se conservarán en los libros santos; y la continuacion se hallará en parte en los anales de la Iglesia. Siendo el conocimiento de la astronomía necesaria para determinar los dias en que deben celebrarse los misterios de la resurreccion de Jesu-Christo, se conservarán á lo



menos los primeros elementos. El Clero, ejerciendo el ministerio de la palabra para instruir, y para defender los dogmas de la religion, se habituara naturalmente à bien hablar, à bien demostrar, à bien analizar, à bien discurrir. Distribuidos por todas partes los Pastores, con el objeto de llevar à los pueblos socorros espirituales, y teniendo delante sus ojos el tierno espectáculo de los enfermos abandonados, tomarán nociones, à lo menos generales, de la medicina para socorrerlos (1). La arquitectura, la escultura, la pintura, la música, aunque degradadas, vivirán sin embargo para erigir templos al Señor, decorarlos, y solemnizar en ellos las festividades religiosas. El Evangelio subsistirá siempre para servir de luz à la administracion civil, para calmar la inquietud de los ciudadanos, instruir los Reyes sobre la justicia que deben

(1) Aun tambien en estos tiempos, quantos pobres restarian sin socorro en las Parroquias distantes de poblados, si los Parrocos no fuesen à auxiliarios!

à los pueblos, estrechar los vinculos de la concordia que unen los Príncipes con los vasallos, y que aseguran los imperios.

Pero ¿no sería todo esto una ficcion que yo me imagino? Nada menos que ello: es una historia que refiero. Toda la Europa estaba ardiendo; la Francia en particular, era víctima de las divisiones, y de los desordenes de la anarquia, quando la invasion de las naciones del Norte acabó de desolar este reyno. Los pueblos robados y asesinados, ocupados à defenderse, y à proveer à sus necesidades mas urgentes, olvidaron luego las ciencias, y las artes: Pero quedó la religion; y como es por su constitucion independiente de las revoluciones humanas, permaneció en toda su integridad, y salvó al pueblo. Si los vicios y las supersticiones hicieron progresos funestos, nunca obtuvieron la sancion de la Iglesia. El escandalo que penetró hasta el santuario, no pervirtió jamas su doctrina: Aún en medio de las mas grandes disoluciones, se vieron siempre las altas virtudes. La luz, que se apa-

gaba en todas las demas partes, se concentró en los Ministros de la religion: El Clero, dedicado por su clase al estudio, conservó el germen de las ciencias humanas; cultivó las letras, se aplicó al conocimiento de las leyes, de la filosofía, y hasta de la medicina. El mal gusto que se introduxo, no impidió que las demas nociones subsistiesen. Si en estos tiempos de esterilidad el genio no produjo, se aprovecharon las producciones de los antiguos, se estudiaron sus libros; y los Monges en sus retiros emplearon su oportunidad en transcribirlos. Para perpetuar el ministerio de la enseñanza, los Obispos establecieron escuelas cerca de sus Iglesias; y siendo aquellas destinadas á la instruccion de los Clerigos, el dogma, la moral, la disciplina, todas las materias que tenían relacion con las funciones eclesiásticas, fuéron el objeto de sus estudios; de modo, que hallándose estos enlazados con los conocimientos humanos, se enseñaron al mismo tiempo todas las demas ciencias. Los Obispos asignaron á los Maestros un salario pro-

porcionado, sobre las rentas eclesiásticas, y presidieron ellos mismos la enseñanza. Los Monasterios tuvieron tambien sus escuelas, haciendose casas de educacion. De estas diferentes escuelas, que fueron como otros tantos Seminarios, por la religion y las costumbres, se vieron salir una multitud de hombres grandes, que llenaron con distincion los primeros puestos de la Iglesia y del Estado. Los Obispos en los Concilios, y en los Sinodos, hicieron sabias constituciones para la conservacion de la fé, la reforma de las costumbres, la subsistencia de la disciplina, la administracion de su propio gobierno; y los Príncipes adoptaron muchos de sus decretos á fin de arreglar la administracion de justicia. Los Sacerdotes encargados del cuidado de las parroquias, mantuvieron en las villas en los campos, en todas las clases de ciudadanos, los conocimientos esenciales de la moral; conservaron el culto publico; llamaron sin cesar los pueblos á la religion; les inculcaron los principios de conducta que miran á la felicidad par-



particular de los ciudadanos, y à la conservación del orden social. El Clero, siendo el único cuerpo instruido, y por lo mismo el mas capaz de servir al Estado por sus luces, en un tiempo en que se reputaba por sabio al que sabía escribir, se aprovechó para el bien del Estado, de los conocimientos que habia adquirido. Los Príncipes llamaron à su lado los Clerigos, para valerse de sus consejos; los emplearon con feliz suceso en las negociaciones de importancia, y en las demas funciones del gobierno civil; los incorporaron à los tribunales de la Magistratura, para administrar justicia; y aun para hacer mas útil su ministerio, les comunicaron tambien una parte de su autoridad, y les concedieron privilegios particulares que se dirigian al bien general de los ciudadanos.

El furor de los combates se habia apoderado de todos los espíritus; las Potencias de Europa ardían en una guerra la mas obstinada; los grandes vasallos del reyno se habian transformado en pequeños tiranos, despues que se

hubieron sacudido el yugo de la monarquía; la guerra se hallaba extendida por todas partes, y no habia punto alguno de seguridad. El pueblo esclavo, y dividido baxo las banderas de los Señores en otras tantas partidas enemigas, se veía forzado à prodigar su sangre para asegurar la dominacion de sus Déspotas. El Monarca no teniendo ya bastante poder para hacerse obedecer, tampoco tuvo la fuerza necesaria para proteger; las leyes restaron sin actividad, y solo la fuerza era la suprema ley. Al favor de estas divisiones intestinas, vinieron pueblos bárbaros à desolar impunemente los Estados de los Príncipes Christianos. Una nacion feroz, dueña ya de la mayor parte de la Asia, dilataba sus conquistas por el lado de la Europa, y rompiendo las debiles barreras que aún le oponía el imperio de los Griegos, amenazaba invadirlo todo.

La religion, no pudiendo apagar de golpe el fuego de la guerra, procuró al pronto ciertos intervalos de paz, por medio de la *Tregua-Dios*. Se ob-

servaron sus decretos, porque era todavía respetada, y el pueblo empezó à respirar. A fuerza de instruir de reprehender, de repetir las máximas del Evangelio, logró calmar los espíritus, y reconciliò insensiblemente las naciones de Europa, que estaban divididas entre sí. Los Soberanos Pontífices, en calidad de padres comunes, se sirvieron del respeto y confianza que inspiraba la dignidad de su carácter, para constituirse los mediadores de la paz entre los Príncipes Christianos, que unidos ya por los vínculos de una misma fé, se hallaron tambien mas dispuestos à hacer cesar sus recíprocas contiendas, para obrar de acuerdo contra su enemigo comun. Finalmente, despues de muchas negociaciones, muchos trabajos, y muchos siglos de una constante aplicacion, los Papas llegaron à formar una poderosa confederacion para conjurar la tempestad; y la famosa victoria de Lepanto (1), que abatió la fie-

(1) Se sabe que esta victoria, conseguida el dia 7 Octubre del año 1571, se

reza de los Otomanos, puso para siempre una barrera insuperable à sus conquistas.

Entretanto los Príncipes recobraron su autoridad; los grandes vasallos volvieron à entrar sucesivamente baxo la dependencia; se restableció el orden; y hallandose, por decirlo así, remontados sobre una base mas sólida los ramos del gobierno, tuvieron tambien un proceder mas firme y mas constante.

A medida que la religion restablecia el orden y la paz, la razon iba recobrando sus derechos; la luz que se habia concentrado en el Clero, se difundía sobre las diferentes clases de los ciudadanos. Las escuelas de las Cathedralas dieron principio à las Universidades: Fuese extendiendo la instruccion, y como à su tenor se hizo menos necesario el Clero para las funciones civiles, se le fué exõnerando sucesiva-

debió principalmente al zelo de Pio V., que formó la liga contra los Turcos, dirigió la empresa, y contribuyó con inmensas sumas à los gastos de la guerra.



mente de la autoridad que el Príncipe le había confiado; de modo que à excepcion de algunas plazas que todavía ocupan los Clerigos en los tribunales seculares, se encuentran hoy reducidas todas sus funciones al ministerio apostólico, del qual ¡ojala que las desgracias de los tiempos no les huviesen jamas precisado á salir! Mas entonces no preveía el Clero, que llegase tiempo, en que se le formase un crimen del ascendiente, que la religion y la superioridad de las luces le habian dado sobre el espíritu de los pueblos y de los Soberanos, para servir al Estado: No sospechaba que se le calumniasen los servicios que habria hecho en las funciones publicas del gobierno civil, quando sus luces habian sido necesarias; y que se le tachase de inútil á la sociedad, quando se limitaría en las funciones del apostolado, y se le culpase de haberse inmiscuído en la administracion civil, quando se le habia llamado al auxilio del gobierno: No imaginaba, que él solo, que habia conservado la luz, y salvado del naufragio las ciencias, fuese el único

acusado de la barbarie y de la ignorancia de su siglo, y que se le hiciese responsable del mal gusto que se habria introducido en todas las clases de los ciudadanos, porque no habria podido librarse del contagio general: No podia pensar que la misma religion de Jesu-Christo, esta augusta bienhechora de la humanidad, que era la luz del mundo, que dexaba por todas partes vestigios de la caridad, de la sabiduría de su divino Legislador, fuese delatada por pretendidos sabios, al tribunal de la razon, como à enemiga de la razon misma, como á complice de la ignorancia de los pueblos, y complice de todos los vicios contra los quales fué entonces el unico recurso, porque no habiendo siempre hallado al hombre razonable, tampoco habia logrado siempre hacerle virtuoso.

¡Nos lamentamos de que los escándalos han penetrado hasta al santuario! Pero ¿desde quando se ha pretendido, que la santidad de un estado debiese dar las virtudes? ¡Nos lamentamos de los abusos! Pero ¿si alguna vez se abu-

sa del nombre de Dios para justificar los crímenes, no se abusa también todos los días de las leyes mismas que condenan los abusos? no se abusa de la misma autoridad que debe hacer respetar las leyes? no se abusa de los talentos, del crédito, de la fortuna &c.? ¿De que en fin no se abusa, supuesto que los vicios no son mas que abusos de los beneficios del Criador? ¿La ley que dexa libre el hombre, puede jamás obligarle á ser mejor? ¿los desordenes mismos de los Christianos, que el impío imputa á la religion, no debe al contrario la religion atribuirlos al impío, toda vez que los Christianos solo se hacen viciosos, violando las sagradas leyes de la religion que profesan, y poniendo en práctica la moral, que el impío propaga? Suponganse también todos los desórdenes que él achaca al Clero, suponganse aún mas escandalosos; entonces se hará todavía mas evidente, que la integridad de una religion infinitamente santa, y siempre intacta entre las manos de los mismos Pontífices de quienes censura los desor-

denes, es uno de los extraños fenómenos que no pueden explicarse sino por la omnipotencia de aquel, que ha prometido á sus Apostoles, *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos*; que ha dicho á la mar, *tú llegarás hasta allí, y vendrás aquí á romper tus ondas.*

### CONCLUSION DE LA OBRA,

*En la que se demuestra por una breve recapitulacion, la justa relacion de la Ley de Jesu-Christo, con las necesidades del hombre.*

Queda pues evidenciado hasta aquí, que la religion de Jesu-Christo, lejos de estar en oposicion con la naturaleza, como se atreven á publicarlo sus enemigos, no era posible imaginar una religion que fuese mejor adaptada á la naturaleza del hombre, ni mas conforme á los primitivos deseos del corazon humano, que indicandole sus necesidades, y su destino, le advertian al pro-



sa del nombre de Dios para justificar los crímenes, no se abusa también todos los días de las leyes mismas que condenan los abusos? no se abusa de la misma autoridad que debe hacer respetar las leyes? no se abusa de los talentos, del crédito, de la fortuna &c.? ¿De que en fin no se abusa, supuesto que los vicios no son mas que abusos de los beneficios del Criador? ¿La ley que dexa libre el hombre, puede jamás obligarle á ser mejor? ¿los desordenes mismos de los Christianos, que el impío imputa á la religion, no debe al contrario la religion atribuirlos al impío, toda vez que los Christianos solo se hacen viciosos, violando las sagradas leyes de la religion que profesan, y poniendo en práctica la moral, que el impío propaga? Suponganse también todos los desórdenes que él achaca al Clero, suponganse aún mas escandalosos; entonces se hará todavía mas evidente, que la integridad de una religion infinitamente santa, y siempre intacta entre las manos de los mismos Pontífices de quienes censura los desor-

denes, es uno de los extraños fenómenos que no pueden explicarse sino por la omnipotencia de aquel, que ha prometido á sus Apostoles, *estar con ellos hasta la consumacion de los siglos*; que ha dicho á la mar, *tú llegarás hasta allí, y vendrás aquí á romper tus ondas.*

### CONCLUSION DE LA OBRA,

*En la que se demuestra por una breve recapitulacion, la justa relacion de la Ley de Jesu-Christo, con las necesidades del hombre.*

Queda pues evidenciado hasta aquí, que la religion de Jesu-Christo, lejos de estar en oposicion con la naturaleza, como se atreven á publicarlo sus enemigos, no era posible imaginar una religion que fuese mejor adaptada á la naturaleza del hombre, ni mas conforme á los primitivos deseos del corazon humano, que indicandole sus necesidades, y su destino, le advertian al pro-

pio tiempo de sus debéres. Un corto analysis de lo que se ha dicho, hará conocer todavía mejor esta importante verdad, que debe ser el resultado de la obra.

Los deseos de la naturaleza racional, no pudiendo derivar sino de su autor, deben necesariamente ser justos, y dirigirse á un bien real, que sea digno del hombre, y digno de Dios; pues que de otra suerte, estarían en contradicción con la santidad del Criador. Este bien debe pues estar al alcance de todos; pues que de otra manera, los deseos serían irracionales, y contrarios á su bondad. Este bien debe ser posible á todos, y posible por medios legítimos; pues que de lo contrario, la misma razon que inclina siempre necesariamente al bien del hombre, nos incitaría al mal, para llegar al verdadero bien, lo que sería repugnante á la sabiduría divina. ¿Quales son pues estos deseos primitivos de la naturaleza, que se dirigen á un bien real, á un bien que está al alcance de todos, y que todos pueden adquirir por medios legítimos? ¿Quales

estos deseos *innatos*, que viniendo del Criador, deben siempre estar de acuerdo con la recta razon, y la sana moral? Se reducen á tres, que son el principio de todas nuestras voluntades, á saber, el deseo de la felicidad, el deseo de la grandeza, el deseo de la inmortalidad: Deseos inseparables del corazon humano, pues que el hombre se ama necesariamente á sí mismo; deseos irresistibles, que encuentro en el corazon del hombre mismo que se degrada por la infamia del vicio y las baxezas de la servidumbre, pues que se alzaré siempre contra la idéa del envilecimiento que le abate; en el corazon de este impío, que tiembla á la sola idéa de la nada, y que tan solamente la invoca en la muerte, á fin de escaparse de una justicia rigurosa que teme aún mas que la nada misma. Busque pues el hombre la felicidad, busque la grandeza, busque la inmortalidad, á las quales está llamado, y á las quales se siente arrastrado por el impulso irresistible de su naturaleza; mas ¿en donde las ha colocado el Criador? Las pasiones le ofrecen los place-



res sensibles como suprema felicidad; pero estos placeres no son mas que delirios momentáneos, que depositan en el fondo del alma, los disgustos, las confusiones, los remordimientos y la vergüenza: Buscan la grandeza en el fausto del orgullo, en el luxo de las riquezas, en la brillantéz de la reputacion, en las distinciones de las clases, de las dignidades, del nacimiento; pero ¿todas estas gracias, puramente exteriores, podrán jamás constituir su verdadera grandeza? Aspiran á la inmortalidad de un nombre en los fastos de la historia; ¿pero que es esta inmortalidad, por aquel que ya no existe en la tierra? ¿y aun estos bienes, tan frívolos como son, han estado jamás en el poder del hombre? Las pasiones, pues, nos engañan desviando nuestros deseos ácia un fin que no podría ser el objeto de la naturaleza racional, ni el de su Criador. Mas, no conociendo las pasiones otro bien, tampoco pueden indicar otro fin; y desde entonces los deseos primitivos de la naturaleza, estos deseos tan sábios, tan legítimos en su origen, con-

fundiendose con los deseos de las pasiones, corrompen al hombre, le degradan, y un primero error se hace el principio de todos sus extravíos, y de todas sus desgracias.

Jesu-Christo viene á iluminar los deseos de la naturaleza, no para entibiarlos, sino para exáltarlos, engrandecerlos, dirigirlos, ilustrandoles acerca su verdadero fin.

« Tu deseas ser feliz, dice al hombre, tu deseas ser grande, deseas ser inmortal; y yo te he criado para serlo. Estos deseos yo los he puesto en tu corazon, para indicarte tus destinos: Conozco la dignidad de tu naturaleza, y tus deseos no te desviarán. Tus pasiones solamente te engañan, no por desear demasiado, pero si por no desear lo bastante; ellas te arrastran á la tierra, y tu has de vivir para el cielo. Solo aquel que te he criado puede hacerte feliz. Yo solo puedo recompensar las virtudes que proceden de mí: Levanta los ojos, dilata tu corazon, y yo llenaré la inmensidad de tus deseos, por la pleni-

tud de mis dónes. Yo que soy la ver-  
 dad por esencia, penetraré tu espiri-  
 tu de mi luz; yo que soy la fuente  
 de todo bien, saciaré tu sed de la  
 felicidad, por la posesion de mí mis-  
 mo. El amor, uniendote á mí, te ha-  
 rá verdaderamente grande, por la  
 conformidad de tus deseos con mi vo-  
 luntad, por la viva semejanza de tu  
 alma con mis perfecciones; y la muer-  
 te que terminará tu vida mortal, no  
 hará mas que asegurar tu felicidad, fi-  
 xando tu corazon en la justicia. En  
 vez de esta inmortalidad imaginaria,  
 que es nada para el hombre, coloca-  
 ré la inmortalidad dentro de tí, vi-  
 viendo yo mismo eternamente en tu  
 corazon por la caridad. La recompen-  
 sa que te prometo, la prometo á to-  
 dos; y el medio de merecerla, el úni-  
 co digno de mi santidad, el solo con-  
 forme á la dignidad de tu naturaleza,  
 es amarme sobre todas las cosas, y  
 amar á los hombres por respecto de  
 mí.

A estas palabras reconozco la voz de  
 aquel que hizo en otro tiempo lucir la

luz en medio de las tinieblas. Alum-  
 brado por la antorcha de la fé, cesa la  
 ilusion de mis sentidos, y no veo otro  
 bien fuera, ni dentro de mí, que aquel  
 que encierra en sí todos los bienes en  
 la plenitud de su esencia. Arrebatado  
 enteramente al seno del Eterno, aper-  
 cibo un nuevo orden de cosas; siento  
 la perfecta conformidad de la ley de Je-  
 su-Christo, con mi último fin, con los  
 deseos y las necesidades de mi natura-  
 leza, con mi verdadera felicidad, con  
 mi verdadera gloria. Esta ley se halla  
 tambien tan esencialmente atada con  
 la sabiduría de Dios, con su bondad,  
 con su justicia, que no le era posible  
 dar otra ley sin ofender sus divinos  
 atributos, sin destruir todo el plan de  
 la creacion, todos los designios de su  
 providencia. Y de esta conformidad de  
 los deseos primitivos de la naturaleza,  
 con el fin de mi creacion, con la santi-  
 dad de mis debéres, con los derechos

inagenables del Criador, deriva toda  
 la moral de su Evangelio.  
 Siendo destinado á vivir eternamente  
 feliz de la felicidad de los espíritus, y



por la posesion del mismo Dios, este Dios, Criador de mi sér, debe ser tambien el centro de todos mis deseos, y el último fin de todas mis obras: Debo amarle de todo mi corazon, creer en su palabra, descansar en sus promesas, esperar en su misericordia, cumplir con sus preceptos. Las pasiones, que atan el corazon á la tierra, á los honores, á los placeres, á los bienes del mundo, le apartan de Dios; y por lo mismo no pudiendo ellas mas que perderme, debo reprimirlas, para no perecer; debo debilitarlas por privaciones, á fin de sujetarlas mejor; debo huír las ocasiones del mal, para no exponerme á caer en él: Todo el hombre terreno debe ser inmolado, para dexar vivir en mí el hombre nuevo, que ha nacido en la sangre de Jesu-Christo (1), y solo seré verdaderamente libre, á proporcion del imperio que ejerceré sobre mí mismo. Si busco la vida fuera de Dios, me entrego á la muerte; si muero á mí mismo, encuentro al contrario la vida en

(1) Rom. 6. v. 6. 7.

Dios. Amando á Dios sobre todas las cosas, amaré al proximo á quien él me manda amar, amaré á los hombres ingratos y perversos, amaré á mis enemigos, y les haré bien por respecto á él; pero, no amaré á mis deudos, ni á mis amigos, sino segun él, y nunca mas que á él.

Viva cada uno de esta suerte conforme al espíritu de Jesu-Christo, y entonces en la situacion en que la providencia le ha colocado, en el interior de las familias, así como en el comercio de la sociedad, en la obscuridad de una vida privada, igualmente que en las funciones de la administracion pública, será todo lo que debe ser; y baxo el gobierno del padre comun de todos los hombres, hijos de una misma familia, cada qual se hallará baxo la proteccion de todos.

Por todas las demás partes se declama contra el egoísmo sin conocerle: El Cristiano es el único que le distingue y evita sus escollos. Se hace consistir el egoísmo en el amor dominante del interés personal; y es un error; pues que

es propio de la esencia del hombre amarse á sí mismo, y desear su felicidad. El verdadero egoísmo consiste en el amor de un interés exclusivo, que se hace por precision enemigo del bien de otro. Asi pues, este amor exclusivo será siempre el vicio dominante del corazón humano, mientras que el hombre buscará su felicidad en los bienes de la tierra, supuesto que no puede poseerlos sino por la exclusion de los demás hombres. Pero coloque su felicidad en la posesion de Dios, en este goce que se obra por el amor, por la vision del mismo Dios, por la comunicacion de su gloria; entonces pudiendo todos participar de igual dicha, sin nada disminuir de la posesion de los demás, el amor dominante de nosotros mismos y de nuestra felicidad, lejos de ser el enemigo del bien de otro, se hará inseparable de la beneficencia, porque la posesion de Dios, que ha de formar la felicidad del hombre, debe ser la recompensa de la caridad, que hace amar al proximo.

Además del bien esencial, hay asi

mismo bienes de segundo orden, que sirven á las necesidades de la vida presente, y al merecimiento de una vida por venir. La religion favorece tambien para procurarlos.

La vida y la salud son un don precioso del cielo: La religion nos manda conservarlas para llenar los debéres que Dios nos impone, y ella misma procura la conservacion de estos dones, disponiendo la moderacion, el trabajo, la templanza. Por lo contrario, las pasiones precipitan el curso de nuestros dias, multiplicando los goces de la vida: El exceso de los placeres aceléra las enfermedades de la vejez, y acaba por un estado de entorpecimiento, de afliccion, y de tristeza, en que el hombre no siente mas que el disgusto de los placeres, y el peso de su propia existencia.

La estimacion pública, que es un bien personal, contribuye tambien á la conservacion de las costumbres, en quanto honra la virtud. El nacimiento y la dignidad determinan las distinciones; pero la estimacion es un homenaje que el corazón rinde tan solamente



al mérito. La religion pues, que produce todas las virtudes, procurará tambien la estimacion de los hombres.

La fortuna, los honores, las dignidades, son bienes que proporcionan medios de socorrer al indigente, proteger al débil, contribuir al bien público. Las intrigas, las baxezas, las injusticias lograrán quizás alguna vez llevar de un golpe al malo hasta el cúmulo de la fortuna; pero abrirán al mismo tiempo debaxo sus pies, el abismo que se le ha de tragar. La religion de Jesu-Christo, que es la amiga de todos los hombres, rara vez favorece estas rapidas fortunas, que nunca procuran una existencia feliz, y casi siempre se forman de la desgracia de otro; mas recomienda el trabajo, la aplicacion, la observancia del debér; inspira la justicia, la beneficencia, la rectitud de corazon, que merece la confianza pública, y nos conduce por un camino mas seguro, á una fortuna suficiente al estado de cada qual, esto es, hasta el punto en que manda pararse la ambicion, conciliando en ello el bien personal,

con el de la sociedad civil. Las pasiones enpobrecen, disminuyendo los medios, y multiplicando las necesidades: La religion enriquece, reduciendo las necesidades, y aumentando los recursos.

Los placeres inocentes son necesarios al descanso del cuerpo, y á las recreaciones del espiritu. La religion solo permite recreaciones inocentes, que sirven de diversion á nuestras penas, sin causar al alma desasosiego; solo permite placeres que descansan el espiritu, sin fixar el corazon, y que pasan sin dexar inquietud: Los indica, los arregla, procura el mas puro, el mas durable de todos los placeres, la paz de la buena conciencia. El voluptuoso, habituado á los movimientos convulsivos de los torbellinos que le arrastran, se ve obligado, para buscar un instante de gozo, á arrojarle fuera de sí mismo en medio de las pasiones tumultuosas que le embriagan, y que despues del primer momento de su borrachera, no dexan mas que disgustos y remordimientos.

Las mismas pasiones que forman nuestros tormentos, prometiendonos la feli-

cidad, aumentan tambien nuestra sensibilidad para con los males que nos causan, y no dexan medios para aliviarlos. ¿Nos debe pues sorprehender, que entregandose entónces á su desesperacion, el hombre que padece, atente contra sus dias, quando ya no tiene valor de sobrellevar las desgracias de la vida?

No tan solamente previene Jesu-Christo los males que nos ocasionan las pasiones, si que tambien los suaviza por el espiritu de mortificacion que nos inspira, y por la esperanza de las recompensas que nos promete.

Las artes y las ciencias que ilustran el espiritu, y sirven al bien de la sociedad, son asi mismo un bien para el hombre; y la religion no solo facilita los progresos, mas aún obvia los abusos, moderando nuestros deseos, dirigiendo las luces de la razon, é indicando al hombre los límites en que debe pararse, á fin de evitar los desvíos de su vanidad; y despues de haberle asi dispuesto á recibir la impresion de las verdades que estan al alcancé del espiritu humano, le hace á demas conocer verdades

á que este no podia llegar, y las quales influyen como por un reflexo de luz, sobre todos los conocimientos humanos.

Al deseo de la felicidad se junta el de conocer el camino que conduce á ella, y Jesu-Christo viene á manifestarnosle; mas para dexarnos guiar de su luz, debiamos primeramente creer en él. A este fin empieza por someter el espiritu á la fé, antes de instruirnos, y luego establece por medio de la fé, la mas sublime, mas sabia, mas luminosa de todas las religiones, sobre el misterio inefable que parecia una locura á los ojos de la sabiduría humana. Allí desde lo alto de su cruz nos enseña, que siendo llamados á reynar juntamente con él en el cielo, todos los reynos de la tierra son nada para nosotros; que siendo muertos con él al mundo, no debemos vivir sino con él en una nueva vida. Allí nos hace conocer, qual es la grandeza de un Dios, que no puede ser honrado de un modo digno de él, sino por la mediacion de un Dios igual á su Padre; nos ense-



ña qual es la enormidad del pecado, que unicamente podia expiarse por los tormentos de un Hombre-Dios; qual la dignidad del hombre rescatado por la sangre de un Hombre-Dios; qual la grandeza de las recompensas venideras, que son el fruto de sus merecimientos. Nos dice sobre la misma cruz, que habiendo sido elevados á la dignidad de hijos de Dios, debemos llevar su semejanza; que habiendose dado á nosotros le debemos amar de todo corazon, que habiendo derramado su sangre por todos los hombres, debemos amarlos á todos como á nosotros mismos; que habiendonos obtenido sus gracias para cumplir sus mandamientos, no debemos desmayar por nuestra flaqueza; que siendo aún vivo á la derecha de su Padre, á fin de interceder por nosotros, podemos alcanzarlo todo por su mediacion y por sus meritos. Se hace, por fin, sobre su misma cruz, el modelo mas santo de la ley mas perfecta, el modelo de esta caridad que es la perfeccion de su ley, y que nos dicta todos los deberes del hombre; del hombre de todas las

edades, de todas las condiciones; del hombre de todos los tiempos, de todas las circunstancias; del hombre privado, del hombre social, del hombre político. Y esta ley, que es para todos los hombres, y para todos los tiempos, esta ley que debe elevar al hombre al grado mas sublime de grandeza, á la suprema felicidad, á la verdadera inmortalidad; esta ley, que debe llenar así todos los deseos de la naturaleza, Jesu-Christo ordena á sus Apostoles que la anuncien á todas las naciones, prometiendo asistirles con la potestad de transmitir su mision á sus sucesores, para perpetuar su doctrina hasta la fin de los siglos.

Pero esta ley es al mismo tiempo tan indivisible, y tan esencialmente enlazada con la constitucion de la Iglesia, que es su depositaria, que no se pueden separar, sin destruir todo el edificio; porque, si se sale una vez de la sucesion apostólica, á quien Jesu-Christo ha confiado el deposito de la fé, y la autoridad del gobierno; si se pasa baxo la instruccion de otros maestros; si

se enseña otra doctrina, ya no es Jesu-Christo quien enseña y quien gobierna; porque tan solamente ha dado su mision, y ha confiado su autoridad à su Iglesia. Si la Iglesia pudiese errar sobre un solo punto, podria tambien errar sobre los demas. Entonces cada qual tendria el derecho de exâminar y de juzgar lo que ella habria exâminado y juzgado; y no obstante la solemnidad de sus decisiones, cada qual decidiria segun su espiritu particular, acerca lo que debe creer, y lo que ha de practicar: Ya no habria unidad, ni en la doctrina ni en el gobierno; porque tampoco habria autoridad suficiente para sujetar el espiritu à la obediencia: Semejante à un navío sin Piloto durante la tempestad, así el espiritu humano, no teniendo guia cierta ni visible, su curiosidad no conoceria freno ni tendrian termino las disputas. Luego los misterios que hacen temblar la razon, luego las maximas de una moral que se opone à las pasiones, serian entregadas à la arbitrariedad, inmediatamente encalladas, y por ultimo se perderian. El

misterio de la encarnacion, que abraza todos los demas misterios, hallandose sujeto à discusiones, quedaria reducido à problema; Ya no se conoceria ni el pecado original que ha corrompido la naturaleza humana, ni la bondad de un Dios que ha venido à repararla, ni las gracias sobrenaturales que nos ha obtenido para hacernos cumplir sus mandamientos. Entonces su ley, pareciendo impracticable, deberia convertirse de celestial como es, à carnal y terrena, à fin de acomodarla à las fuerzas de la naturaleza humana. Entonces distinguiendo solo confusamente los impulsos de la conciencia, que vienen del Criador, de los deseos desordenados de la concupiscencia, que dimanar de la depravacion de la naturaleza, se desfiguraria una moral hecha demasiado austera, para hermanar la ley del debér, con las inclinaciones del corazon humano; y como la moral es esencialmente una, al igual de la fé, seria necesario derribar los principios, quando no se quisiesen admitir las consecuencias.



Asi la moral del Evangello, no existiendo en su integridad; tampoco existiría en alguno de sus puntos: Porque si la ley de Jesu-Christo dispensase una sola virtud, si permitiese una sola infidelidad, ya no sería absolutamente santa: Si hubiese una sola perfeccion posible, que no derivase de sus máximas, sería imperfecta; si pusiese un solo mandamiento, que no fuese razonable, si diese un consejo que no hiciese al hombre mejor, sería falsa; y en todos estos casos sería contraria à la sabiduría, à la santidad, á la verdad, que deben caracterizar una religion divina.

Juntense todos los sabios de la tierra, medíten, disputen, combínen para imaginar una religion tan esencialmente única, esencialmente santa, esencialmente sabia, en fin una religion tan perfecta en cada una de sus partes, y en su todo; una religion que abrace un plan mas vasto y mas justo en todas sus relaciones, que estribe sobre una base mas sólida, sobre verdades mas luminosas; que encierre objetos mas elevados, máximas mas sabias y mas sublimes; que reúna

tanta simplicidad y tanta grandeza; en la que todo tira á hacer glorificar al Sér supremo, y á hacer al hombre mejor; y la qual, de consiguiente, nada contiene que no sea grande, que no sea sabio, que no sea justo, que no sea santo; una religion que inspire tanta generosidad, tanto valor, pero nunca la audacia, ni la presuncion; una religion que sea mas conforme á los deseos *innatos* de la naturaleza razonable, mas luminosa en sus principios, mas eficaz en sus medios y en sus motivos, mas noble y mas sublime en su espíritu; en una palabra, una religion que sea mas adecuada à la dignidad del hombre, à sus necesidades, á su flaqueza. Busquen una religion mas amiga de la humanidad, de la sociedad, del orden público; una religion que úna los hombres y las sociedades por vinculos mas dulces y mas indisolubles, que tenga un proceder mas firme, mas solido, mas invariable. Jesu-Christo manda las grandes virtudes, invita el hombre á la mas alta perfeccion, y nunca mas allá de lo que permite la naturaleza humana. Promete las

mas altas recompensas; y estos medios que son los solos dignos de Dios, los solos dignos del hombre, los solos analogos à la sabiduria de sus máximas, à la santidad de su espíritu y à la magnificencia de sus promesas, se hallan siempre al alcance de todos.

Las ciencias humanas unicamente se perfeccionan por el tardío progreso de las luces. Jesu-Christo nada toma de los sabios que le han precedido, pues que toda su moral gira sobre la abnegacion de sí mismo, que jamas los sabios habian conocido; pero la verdad mana de él como de la fuente; todo queda dicho quando él ha hablado, à la manera que todo ha sido hecho en el momento que lo ha mandado; y despues que ha establecido su Evangelio, no ha sido posible añadir ni quitar un solo punto, sin desnaturalizarle. Los sabios se han siempre apartado mucho de su objeto, quando han querido decir algo de mas: Unos para hacer el hombre feliz, le han embrutecido en la borrachera de los placeres sensibles; otros para elevarle mas alto de lo que podia

llegar, han querido variar hasta la naturaleza del corazon humano, y no han hecho mas que enardecer su orgullo: Han querido hacerle insensible al dolor, y le han formado un crimen de su compasion. Jesu-Christo lleva por lo contrario la virtud al mayor grado posible, y la mas alta virtud se encuentra siempre en el poder del hombre: Nos manda amar à los hombres, y aplaude los sentimientos de la compasion: En vez de sofocar este precioso germen de beneficencia, la excita, la encarga, la recompensa: En vez de condenar la sensibilidad del dolor, que se halla unida por vinculos indisolubles à la naturaleza del hombre, exórta al valor de la paciencia; inspira tambien la alegria en las mortificaciones, por el deseo de consagrarse à Dios, obedeciendo à su santa voluntad; y en vez de la vana ostentacion, que afecta parecer lo que no es, da à la verdadera sabiduria esta magnanimidad heroyca, que presentandose con las flaquezas inseparables de la humanidad, somete todas las facultades del alma, à la voluntad de su Criador.



La antigüedad nos ha conservado la memoria de dos amigos que se disputaban la gloria de morir el uno por el otro: Pero la gloria de un tal amor sería contraria al orden natural. Jesu-Christo, infinitamente mas sabio, nos manda amar á todos los hombres, y nos hace amar á nuestros enemigos como á nosotros mismos.

Para asegurar la felicidad y la libertad de los ciudadanos, una falsa política ha imaginado igualar todas las clases: Mas, aun quando semejante igualdad fuese posible, nunca sería estable, y por lo mismo sería viciosa la legislación. Jesu-Christo dexa subsistir las clases, y la desigualdad de las fortunas, que mantienen la emulacion, y concurren á la armonía de la sociedad, por los vinculos de la dependencia; pero, de otra parte establece una especie de igualdad mas noble, mas grata al corazon del hombre, mas preciosa á la humanidad, mas favorable al orden publico, inspirando la caridad, que une todos los ciudadanos como hijos de una misma familia de la qual él es el pa-

dre, que derrama sobre el indigente la sobreabundancia del rico, y hace servir el poder de los grandes á la proteccion de los flacos. Los desordenes de la sociedad no nacen de la desigualdad de las condiciones, sino de los vicios que las depravan, y que Jesu-Christo ha condenado.

Para defender los vasallos contra la opresion del despotismo, los Filósofos modernos les atribuyen el derecho de juzgar á sus Soberanos, y de hacerles descender del trono. Pero esto sería llevar sobre la sociedad el incendio de las guerras civiles, y sumergir los pueblos en la confusion de la anarquía, sin remediar el abuso del poder. Jesu-Christo instituye sobre los Reyes una autoridad que lleva la marca de su divina mision; autoridad que sin arrogarse derechos contra la soberanía, sin salirse de la dependencia en que debe estar en el orden civil, reyna en su alrededor sobre ellos en el orden de la religion; autoridad que les habla en el nombre de Dios vivo, á la qual no les es permitido hacer callar; que se muestra

siempre la protectora incorruptible de la justicia, y es el único dique que los pueblos oprimidos pueden oponer á la tiranía de los Despotas.

El amor del bien público era en concepto de los antiguos, un cruel egoísmo patriótico, que hacía consistir la gloria en destruir las naciones, para extender los límites de un imperio. Un Filósofo de nuestros días (1) ha formado un principio de su moral; pero no ha conocido que las virtudes sociales pudiesen todavía abrazar un mas vasto círculo. Jesu-Christo quiere, al contrario, que todas las naciones sean miradas como familias de un mismo pueblo, del qual es el supremo Monarca; y ordenando el amor de preferencia para con la patria, prescribe al propio tiempo la justicia, y la beneficencia para con todos. De esta suerte los pueblos todos no forman á los ojos del Christiano mas que una sola poblacion: Los Ministros que los gobiernan son los pastores de un mismo y solo rebaño: Quan-

(1) Helvet. en el libro del *Espiritu*.

do los intereses temporales le dividen, la religion predica á unos y otros un Evangelio de caridad; sujetando la ambicion que los desune, calma el fuego de la guerra; la Cabeza de la Iglesia, padre comun de los fieles, se constituye un mediador natural para hacerla cesar; y si la religion logra hacerse oír, concluirá con la paz.

Entre los antiguos sabios, la moral se hallaba casi siempre separada de la Divinidad. En la religion de Jesu-Christo, Dios solo es el principio, el centro, el fin de todas las virtudes, y su ley santa el fundamento de toda la moral.

Para anunciar al Universo esta ley celestial, envia Dios su Unigenito, llevando sobre sí los caracteres augustos de su divina mision. Prometido á los hombres desde el principio de los tiempos, y vaticinado sucesivamente por los Profetas, cumple el Enviado del cielo todos los sagrados oraculos en su persona; pasma á Jerusalém por sus prodigios y sus virtudes; y no menos entre las ignominias de su muerte, que en la gloria de su resurreccion, ma-



siempre la protectora incorruptible de la justicia, y es el único dique que los pueblos oprimidos pueden oponer á la tiranía de los Despotas.

El amor del bien público era en concepto de los antiguos, un cruel egoísmo patriótico, que hacía consistir la gloria en destruir las naciones, para extender los límites de un imperio. Un Filósofo de nuestros días (1) ha formado un principio de su moral; pero no ha conocido que las virtudes sociales pudiesen todavía abrazar un mas vasto círculo. Jesu-Christo quiere, al contrario, que todas las naciones sean miradas como familias de un mismo pueblo, del qual es el supremo Monarca; y ordenando el amor de preferencia para con la patria, prescribe al propio tiempo la justicia, y la beneficencia para con todos. De esta suerte los pueblos todos no forman á los ojos del Christiano mas que una sola poblacion: Los Ministros que los gobiernan son los pastores de un mismo y solo rebaño: Quan-

(1) Helvet. en el libro del *Espiritu*.

do los intereses temporales le dividen, la religion predica á unos y otros un Evangelio de caridad; sujetando la ambicion que los desune, calma el fuego de la guerra; la Cabeza de la Iglesia, padre comun de los fieles, se constituye un mediador natural para hacerla cesar; y si la religion logra hacerse oír, concluirá con la paz.

Entre los antiguos sabios, la moral se hallaba casi siempre separada de la Divinidad. En la religion de Jesu-Christo, Dios solo es el principio, el centro, el fin de todas las virtudes, y su ley santa el fundamento de toda la moral.

Para anunciar al Universo esta ley celestial, envia Dios su Unigenito, llevando sobre sí los caracteres augustos de su divina mision. Prometido á los hombres desde el principio de los tiempos, y vaticinado sucesivamente por los Profetas, cumple el Enviado del cielo todos los sagrados oraculos en su persona; pasma á Jerusalém por sus prodigios y sus virtudes; y no menos entre las ignominias de su muerte, que en la gloria de su resurreccion, ma-

nifiesta constantemente su divinidad. Sus virtudes y sus milagros son advertidos, por testigos oculares, que sellan con su propia sangre su testimonio; lo son por una multitud de Judíos que se convierten; lo son en todas las partes del mundo, por la enseñanza pública de las primitivas Iglesias que los Apóstoles y sus Discípulos han fundado; se hallan referidos en los escritos de los mismos Apóstoles y de sus discípulos; y estos escritos se encuentran comentados y traducidos desde su edición: Las copias de los originales, así como las de sus traducciones, y de los comentarios, repetidas una infinidad de veces, y esparcidas por toda la tierra, son otros tantos testigos que deponen por todas partes á favor de la integridad y de la autenticidad de los libros santos, y que hacen mas imposible la falsificación, á medida que mas se alejan de su origen.

La religión manifestada en este código celestial, esta religión que tuvo nacimiento en la sangre de su divino Legislador, que se perpetúa, que se

propaga sucesivamente en todos los países del mundo, que se conserva siempre pura é inmutable, que produce en todos los tiempos las mas altas virtudes, pública tambien en todos los siglos, por su santidad, su perpetuidad, su inmutabilidad, su eficacia, su fecundidad, la asistencia del Todo-poderoso que la ha fundado. De todas partes alumbrada, de todas partes convierte; se adapta por sus diferentes relaciones, por sus diversos rayos de luz, á todos los genios, para hacer conocer á todos su divino origen. Las almas sencillas encuentran en ella las virtudes de que llevan en el fondo de su conciencia las mas preciosas semillas: Los genios mas elevados descubren en ella una sublimidad que los pasma y los confunde: Los corazones sensibles son atraídos por el espíritu de caridad que les inspira: Los sabios se convencen tambien de su divinidad, por la certeza de los milagros, y de los acontecimientos que los Oráculos han predicho: Los impíos mismos, publicando que el Evangelio es impracticable, rinden sin quererlo, un verda-



ro homenaje á la virtud divina que le hace practicar: Y como la religion de Jesu-Christo es tan esencialmente una, que no se la puede quitar un solo punto, sin destruirla enteramente; asi tambien las pruebas de su divinidad, se hallan tan esencialmente enlazadas con los primeros principios de la recta razon, que no se pueden controvvertir, sin que se hagan vacilar todas las bases de los conocimientos humanos.

En efecto, si fuese posible que el concurso de todas las señales de la mision divina de Jesu-Christo, los milagros de su poder, la hermosura, la sabiduría de su moral, la perpetuidad, la estabilidad de su reyno, el cumplimiento de tantas profecías, fuesen meramente obra de la casualidad, no habría providencia que velase por el bien de los hombres, y podría decirse tambien, que las maravillas de la naturaleza no son mas que resultados naturales de un concurso fortuito. Mas, si no huviese providencia, tampoco habría ley primitiva que mandase la obediencia á la autoridad de los Príncipes; y

de consiguiente todas las leyes humanas, no teniendo otro apoyo que sobre la autoridad del hombre, tampoco tendrían la sancion suficiente para atar las conciencias, y solo la fuerza debería gozar el imperio de la ley. Si los hechos que refiere la historia santa pudiesen ser contestados, no habría hechos algunos historicos de los cuales no se pudiese dudar; pues que no se encuentra uno que esté fundado sobre testimonios tan incontestables, ni sobre una tan autentica tradicion. Si fuese licito revocar en duda la sinceridad de los testigos que dan el exemplo de todas las virtudes, y que mueren para dar testimonio de lo mismo que atestiguan, no habría testigos de quienes no se pudiese sospechar, no habría títulos, ni monumentos, de los cuales se pudiese afirmar la autenticidad. Si por el efecto de una imaginacion exáltada, una multitud de testigos hubiesen creído ver, oír, tocar, lo que no era, ¿como podríamos asegurarnos de la realidad de lo que creemos ver, ú oír? ¿sobre que títulos, sobre que testimo-

nios, sobre que pruebas, asegurarán los Magistrados la rectitud de sus juicios, para condenar á muerte un criminal? Que! ¿la repentina curacion de los enfermos, de los estropeados, de los ciegos de nacimiento, la multiplicacion de los panes, la resurreccion de los muertos, será un efecto natural de causas desconocidas? ¿Un hombre que se ha visto espirar en los suplicios, resucitará, y se subirá al cielo por un efecto natural de las leyes del movimiento? ¿No habrá cosa alguna cierta en el orden de la naturaleza? ¿Todas las nociones de la física y de la historia, todos los principios del gobierno, todo el orden de la justicia, todas las virtudes sociales, se pondrán en problema, y el hombre quedará reducido á la desesperacion de no saber nada?

En vano para ofuscar las brillantes señales de la mision de Jesu-Christo, se intentará asemejarlas con las maravillas de las fábulas; la sola comparacion hará conocer mas su diferencia.

Los antiguos Legisladores han pretendido ser inspirados del cielo: ¿Pe-

ro que señal han dado de la inspiracion divina? ¿los vicios de su legislacion, los desordenes y los absurdos que la misma ha consagrado, no descubrían, al contrario sus imposturas? Jesu-Christo predica la mas santa y mas perfecta de todas las leyes, y prueba la verdad de su mision, por las señales mas evidentes.

El Paganismo ensalza sus oráculos: ¿Pero, qual es el oraculo que haya jamás anunciado un solo acontecimiento imposible de ser previsto? En la religion de Jesu-Christo, se halla la inmensa cadena de acontecimientos sucesivos, que el espiritu humano no podia imaginar, de acontecimientos dependientes de una infinidad de causas libres, de acontecimientos predichos y verificados, que son otros tantos rayos de luz esparcidos muy antes en los Profetas, y los quales vienen á reunirse como en un centro, para formar el magnifico quadro de Jesu-Christo y de su Iglesia.

La fabula cuenta sus prodigios: ¿Pero citará jamás uno solo bien averiguado, que lleve la marca de la sabiduría



y de la omnipotencia divina? Jesu-Christo obra los mas grandes milagros; los obra del modo mas sencillo, los obra todos para el bien del hombre, ninguno por ostentacion: Todos se hallan adverdados por testigos oculares, que dan las pruebas mas relevantes de su sinceridad; y muchos de estos milagros se encuentran tambien confesados por los enemigos mismos de Jesu-Christo.

Un Senador Romano asegura firmemente en la asamblea del pueblo, que Romulo se le ha aparecido en la noche entre los dioses, prometiendo á Roma el imperio del mundo; y por este medio calma el furor de los Soldados, que sospechaban que los Senadores habian hecho perecer á Romulo. Pero solo hasta despues de siete siglos, y quando ya Roma se habia hecho señora del universo, aventura este razgo historico un Escritor (1), sin atreverse á afirmarle. Jesu-Christo despues que huvo espirado sobre la cruz, aparece á sus Discipulos durante quarenta dias, aparece á mas

(1) Tito Livio.

de quinientas personas juntas, y estos mismos son los testigos que le han visto; estos testigos, de los quales muchos han conversado y comido con él, son los que lo declaran. La asercion del Senador salva al Senado. Los Apostoles atestiguan la aparicion de Jesu-Christo á expensas de su propia vida; y en el tiempo en que el universo entero está conjurado contra la religion de Jesu-Christo, publican la promesa que les ha hecho, de que todas las naciones vendrán á adorarle, y que su imperio se perpetuará hasta la consumacion de los siglos.

Que un Conquistador predique su religion en el Asia, con la espada en una mano, y el alcorán en la otra; y que continuando sus sucesores en predicarla del mismo modo, los pueblos semi-barbaros, embrutecidos por los vicios mas groseros, abracen una religion toda carnal, que favorece las pasiones mas brutales, nada hay de mas natural. Pero, que los Apostoles de un Dios crucificado prediquen una ley que contradice todas las pasiones, y que solo pro-

mete en este mundo cruces y persecuciones; que la prediquen en medio de las naciones mas corrompidas, y que estos hombres pobres, sencillos, despojados de todos los medios humanos; que estos hombres que encuentran los Reyes, los sabios, las preocupaciones, las supersticiones, en fin todas las pasiones del corazon humano y todas las potestades de la tierra, conjuradas contra ellos, triunfen de todo, y extiendan el reyno de Jesu Christo todavía mas allá que los mas grandes Conquistadores de la tierra; que todos los reynos del mundo pasen, y que el reyno de Jesu-Christo, fundado por doze pescadores, quede firme é inalterable; un prodigio tan singular no podrá jamás explicarse, sino por la omnipotencia de aquel que exerce un imperio absoluto sobre el universo entero.

Se admira el valor de estos hombres de sangre que han soportado constantemente los trabajos y las fatigas de la guerra, arrojado á todos los peligros, y triunfado de todos los obstaculos, para fundar vastos imperios. Mas ¿no ha-

bia en el corazon del hombre un agente natural, capaz de exaltar y sostener el valor? Si, no hay duda, y este agente era un amor desordenado de sí mismo, el deseo de dominar, de avasallar, de atesorar, de admirar al universo, de cubrirse de gloria, y de transmitir su nombre á la posteridad. Pero, formar una empresa tanto mas grande y mas difícil, y para ejecutarla, sacrificar todo el interés del hombre, que es por otra parte el mobil de los grandes espíritus, sacrificar el interés de las riquezas y de la gloria, entregarse el mismo á los oprobrios y á los suplicios, ah! ; tamaño heroísmo no será jamás obra de otro agente, que de la virtud divina! Por mas que el incredulo para justificar su obstinacion, alégu su buena fé, podrá esta resistir la evidencia de las pruebas? Llamémos aqui su propia conciencia: Respóndanos, ó mejor responda á aquel que sondéa el corazon y los riñones. Ah! ¿de que le serviría engañar á los hombres y engañarse á sí mismo, puesto que no puede ocultarse á los ojos de Dios? Respónda-



se á sí mismo, y responda á Dios: ¿No ha empezado por perder las cossumbres, antes de perder la fé? ¿No ha deseado sacudir un yugo que incomodaba sus inclinaciones, antes de renunciar el Evangelio? ¿Se ha aplicado á conocer la religion de Jesu-Christo, antes de blasfemarla? ¿Porque pues tanto apresuramiento, tanta predileccion por las obras que la vuelven irrisoria? porque tanta indiferencia por los apologistas que la defienden? ¿No lee mas bien por el deseo de confirmarse en la incredulidad, que por el de instruirse? ¿Como los mismos principios que de otra parte no se atrevería á contestar, no son mas que problemas, quando sirven á probar la mision de Jesu-Christo? ¿Porque contradecir con tanta obstinacion los hechos señalados en la historia mas autentica del universo, é ir luego despues á buscar en las extremidades del mundo, en las historias mas sospechosas, autoridades para combatirla? ¿Porque esta horrible confederacion contra una religion, de la qual se ve obligado á respetar á lo menos las máximas, y pro-

pagar al mismo tiempo con tanto zelo, la filosofía de una moral impura y matadora, de la qual se estremecería si la viese practicar á su esposa, á sus hijos, á sus criados, á la sociedad en que vive, á los Magistrados de quienes implora la justicia, al Principe de quien desea la gracia? ¿Porque guardar el silencio sobre las máximas atroces de la incredulidad, y destacarse con tanto furor contra las pretendidas supersticiones, que si existiesen serían á lo mas puramente frívolas? ¿Porque pedir la tolerancia para con los corruptores de la sociedad, y derramar el odio contra los Ministros de una religion por todos terminos enemiga del vicio, por todos respectos amiga del hombre? Ah! es que el impío quiere vengarse de una religion que acibára sus placeres por las amenazas de un Dios vengador del crimen. No esperemos pues que nos responda. Su pretendida buena fé no es mas que un vano pretexto. No le falta la luz; faltale si, la rectitud del corazón. *Todos los caminos del Señor, son misericordia, y verdad, para los que buscan su testa-*

mento y sus testimonios (1), esto es, su alianza, y los mandamientos de su ley. Pero esta misma ley es una piedra de escandalo para aquel que huye de la luz. Los Fariséos piden nuevos milagros para creer. Jesu-Christo les responde: *El que quisiere hacer la voluntad de mi Padre, conocerá, de la doctrina, si es de Dios, ó si yo hablo de mí mismo* (2). Y hé aqui lo que debemos decir tambien al incredulo, quando nos pida nuevas pruebas, mientras que cierra voluntariamente los ojos á la luz. Busque sinceramente la verdad; y la verdad que hoy teme de ver, se le presentará naturalmente, quando deseará con sinceridad conocerla, y estará resuelto á seguirla.

(1) Psal. 24. v. 10. — (2) Juan. 7. v. 17.

Cap. I. Del Legislador de la Ley Evangelica, y de los Misterios que nos ha revelado.	Pag. 3.
Art. I. De la Persona de Jesu-Christo.	4.
Art. II. De las verdades que Jesu-Christo nos ha revelado.	27.
Cap. II. De los primeros Preceptos de la Ley Evangelica.	42.
Art. I. Primer Precepto de Jesu-Christo: Amar á Dios sobre todas las cosas.	43.
Art. II. Del segundo Precepto de Jesu-Christo: Amarnos á nosotros mismos por Dios.	59.
Art. III. Del tercer Precepto de Jesu-Christo: Amar al proximo por el amor de Dios.	64. <sup>R</sup>
Cap. III. De los principales debéres que Jesu-Christo nos prescribe con respecto al orden público.	82.



- Art. I. De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los casados, y á los amigos. ibid.
- Art. II. De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los padres y madres, y á los hijos. 98.
- Art. III. De los debéres que Jesu-Christo prescribe á los Soberanos y á los Vasallos, á los Amos y á los Criados. 109.
- Cap. IV. De las tres virtudes que sirven de fundamento á la moral de Jesu-Christo, opuestas á las tres pasiones que son el origen de todos los vicios. 121.
- Art. I. De la mortificacion de los sentidos, que Jesu-Christo nos manda. 122.
- Art. II. De la pobreza de espíritu ordenada por Jesu-Christo. 130.
- Art. III. De la humildad de corazón, que Jesu-Christo nos manda. 135.
- Art. IV. De la perfeccion Evangelica, y de las Ordenes Religiosas á que ha dado origen. 144.
- Art. V. De los motivos por los quales Jesu-Christo nos anima á la practica de sus divinos Mandamientos. 167.
- Cap. V. De la Iglesia y de los auxilios que nos dá para cumplir con la Ley de Jesu-Christo. 171.
- Art. I. De la Constitucion de la Iglesia. 172.
- Art. II. De los socorros que Jesu-Christo ha preparado en su Iglesia para hacernos practicar sus mandamientos. 186.
- Cap. VI. De los beneficios que la Religion de Jesu-Christo procura á la sociedad civil. 212.
- Art. I. De la feliz influencia de la Religion de Jesu-Christo sobre los bienes de la vida presente. 214.®
- Art. II. De la influencia de la Religion de Jesu-Christo sobre los progresos de los conocimientos humanos. 248.

Conclusion de la obra, *En la que se demuestra por una breve recapitulacion, la justa relacion de la Ley de Jesu-Christo, con las necesidades del hombre.*

283.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

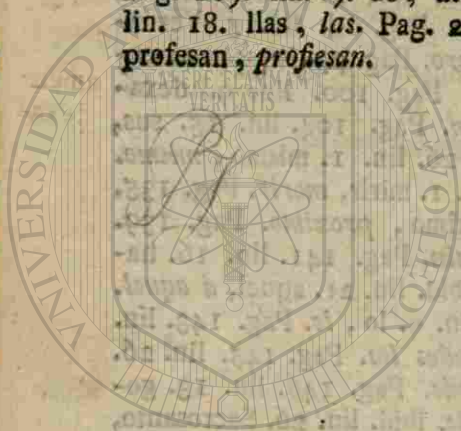
DIRECCION GENERAL DE

## ERRATAS.

Pag. 14. lin. 18. tristeteza, ( lee ) *tristeza*. Pag. 40. lin. 5. Relevandonos, *Revelandonos*. Pag. 62. lin. 5. Verdadero, *verdadero*. Pag. 77. lin. 22. amendo, *menudo*. Pag. 100. lin. 9. dexaban, *dexasen*. Pag. 104. lin. 15. sus, á sus. Pag. 126. lin. 1. mlsmo, *mismo*. Pag. 129. lin. 1. mirar, *morir*. Pag. 135. lin. 16. proximo, *proximo*. Pag. 139. lin. 3. su, *sin*. Pag. 141. lin. 16. habia, *habrá*. *ibid.* lin. 21. aquel, á *aquel*. Pag. 142. lin. 9. lo, *le*. Pag. 143. lin. 13. todos, *todos los*. Pag. 145. lin. 26. pueden, *puede*. Pag. 146. lin. 13. gozar, *gozar de*. *ibid.* lin. 26. Sacrosanto, *Sacramento*. Pag. 151. lin. 17. el, *al*. Pag. 154. lin. 7. á, *y*. Pag. 156. lin. 24. instruccion, *institucion*. Pag. 176. lin. 9. saliendo, *saliendose*. *ibid.* lin. 18. Secretarios, *Sectarios*. Pag. 180. lin. 21. á, *en*. Pag. 184. lin. 16. por, *por la*. Pag. 212. Cap. VII., *Cap. VI*. Pag. 235. lin. 20. mandarle, *mandarles*. Pag. 241. lin. 20. elevacion, *ele-*



vacacion. Pag. 242. lin. 9. incerto, *in-*  
*cierto*. Pag. 244. lin. 16. sellar á su,  
*sellar su*. Pag. 249. lin. 12. los ma-  
yores trabajos, *las mayores trabas*.  
Pag. 269. lin. 9. de, *del*. Pag. 272.  
lin. 18. llas, *las*. Pag. 282. lin. 18.  
*profesan, profesan*.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

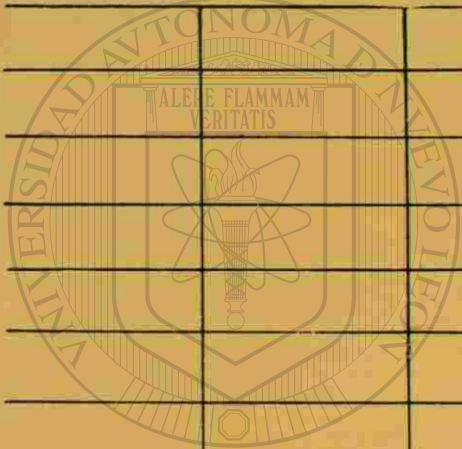
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta  
antes de la última fecha abajo indi-  
cada.

BV4620

P4

v.2

132953

AUTOR

PEY, Abate

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE QUERÉTARO  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

